EL ÚLTIMO EDÉN

ALGUNAS DE LAS PÁGINAS MÁS BELLAS DEL PARQUE NATURAL DE CAZORLA, SEGURA Y LAS VILLAS

Los cuentos de la abuela

Índice

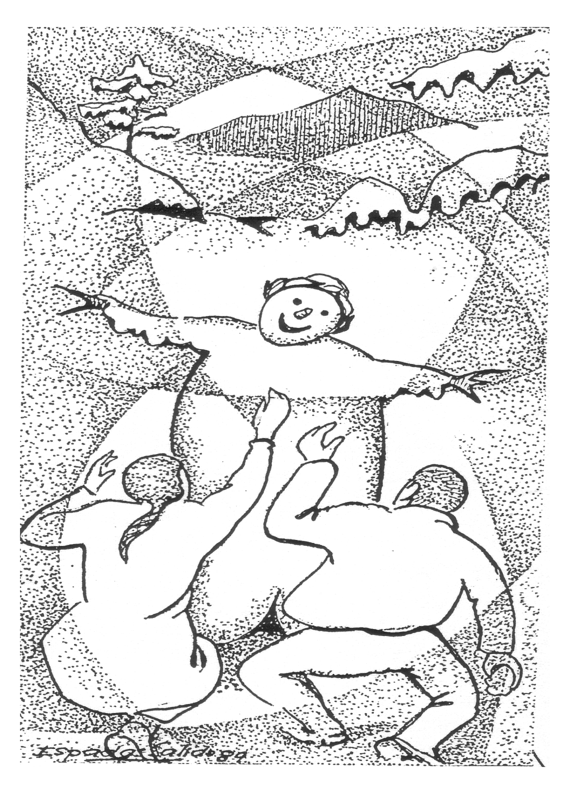
Pasó el tiempo. Llegaron las vacaciones en el colegio y a los pocos días llegaron los calores del verano. Sus amigos vinieron y a lo largo del verano organizaron varias excursiones por los que ellos creían eran los rincones más bellos de la sierra. Se encontraron con turistas, con guardas forestales, con muchos coches por las carreteras y pistas forestales y también con algunos pastores. Se bañaron en los ríos, en el Charco del Aceite por debajo del Pantano del Tranco, en la Piscina de Hornos, en la Peña del Olivar, en Amurjo, en el río Madera y también en el Guadalquivir por donde los campings y los turistas. Conocieron el río Borosa y subieron un día hasta el nacimiento del río Aguasmulas. El verano se fue terminando y sin que ellos se dieran cuenta se presentó el mes de septiembre y luego el mes de octubre, el comienzo del colegio otra vez y así avanzó el tiempo tan aprisa que enseguida llegó la Navidad, los Reyes Magos y otras vez el colegio.

Aneluz crecía y se llenaba de sabiduría con las cosas que leía en los libros del colegio, con lo que aprendía de las personas mayores que le rodeaban y con las excursiones que continuamente organizaba con sus amigos por todos los rincones y caminos de las gran sierra hoy Parque Natura de Cazorla, Segura y las Villas.

Después de las vacaciones de Navidad la abuela le dijo:
- Ahora sí ha llegado el momento de que sepas algunas cosas.
- ¿Qué cosas?
- Te las voy a contar en forma de cuentos y luego un día hablamos más despacio.
- Como tú quieras abuela. Yo escucharé con atención todas las historias que me cuentes y luego te preguntaré. Como me has dicho luego un día nos sentamos y despacio me aclaras todas las dudas que vaya teniendo ¿te parece bien?
- Me parece que es lo mejor.
- Pues de acuerdo abuela.
Dijo la niña y aquella misma noche la abuela le contó algunos de los relatos que siguen a continuación:

LOS NIÑOS DEL VALLE

¡Un juego de luz!



El niño vivía precisamente en aquel rincón en compañía de sus padres. Los padres eran pastores contratados a sueldo y en aquel lugar llevaban ya más de doce años. No tenían más hijos que a Pedrito y él no había nacido ni en la ciudad ni en Cazorla; vino a este mundo en Bujaraiza, el pequeño pueblo del Valle del Guadalquivir, la más bella aldea de toda la sierra. Mas el niño apenas conocía a su pueblo; recién nacido, sus padres se lo llevaron a la finca y allí creció en compañía de los corderillos, las flores de las praderas, las nubes pajarillos y el viento. Pero el niño sufría una privación: no podía gozar ni del canto de los

pájaros ni del sonido de su nombre cuando su madre lo pronunciaba; era sordomudo de nacimiento y como sus padres no tenían dinero para andar de médicos aceptaron los hechos dándole cariño y dejando las cosas como estaban.

Pero el niño sí poseía un gran atractivo: Era hermosísimo; tenía cara redonda con piel fina como el viento, nariz chata y pequeña y ojos oscuros como la noche; su pelo era negro y por labios tenía dos ascuas que ardían de vida y según iba creciendo aumentaba en gracia y belleza. Muchas tardes, su madre se lo llevaba a jugar a las praderas y al abrazarlo, entre la hierba y las flores, lo besaba lleno de amor y le decía:

-Este trozo de cielo que tienes aquí yo me lo como cualquier día.

Grisel lo conoció en Bujaraiza la edad de cinco años, una mañana de otoño, cuando sus padres lo llevaron por primera vez a la escuela. El niño en contra de lo que muchos habían pensando, enseguida fue querido por todos los compañeros de aquella escuela.

- Es mirarlo y uno se queda prendido en su encanto.

Decía todo el que se acercaba a él. Y entre aquellas personas estaba Grisel que, desde el primer momento, quedó cautivada por su atractivo. Por aquél entonces ella tenía diez arios y seis meses y desde el primer día ocupó un asiento junto a él. Luego, ella, casi todos los días, se iba con él dándole compañía hasta su casa y, otras veces, su madre le salía al encuentro a mitad del camino. Siempre ella, al despedirlo, lo besaba como si fuera un adiós para la eternidad. El le devolvía este cariño palpando los carrillos de su amiga, achuchando su nariz al tiempo que sonreía.

Precisamente, una de las cosas que más le gustaban a él era achucharle la nariz. Sucedía de la siguiente manera: Grisel lo cogía, lo sentaba sobre sus piernas, con sus manos lo abrazaba por la cintura y se ponía a jugar mirándole los ojos fijamente. Tanto él como ella, dibujaban en sus bocas mil pucheros y a continuación Pedrito repetía el mismo juego de siempre: primero abría mucho sus ojos sonreía feliz, satisfecho y levantaba su pequeña mano hasta la altura de la cara de Grisel. Con mucha suavidad comenzaba poco a poco a hundir su dedo índice en la punta de la nariz de su

compañía Ella seguía quieta con sus ojos fijos en los del niño pero según el dedo iba presionando sobre su nariz, empezaba a sentir el gozo por dentro. También despacio y con amor, entraba en escena dejando asomar la alegría a sus labios y a partir de aquí era cuando comenzaba el auténtico gozo para el pequeño.

Según su dedo se hundía, iba apareciendo la sonrisa de Grisel y según ésta asomaba, crecía y crecía la dicha en el corazón del niño A mayor presión, más belleza en aquella sonrisa y más cantidad de amor en el corazón de Grisel para él. Y él, que no podía oír el sonido de las palabras, sí era capaz de entender el lenguaje del corazón de su amiga a través de aquella sonrisa. El ni se lo agradecía repitiendo el juego una y otra vez hasta que al final se retorcía sobre sí mismo, recostando su cabeza sobre su amiga y durmiendo su cuerpo contra ella. Era este un momento de sumo placer para Grisel.

En cuanto el niño se le aplastaba contra su corazón, ella lo abrazaba con sus manos y lo achacaba más, besaba su cara y cuando éste se quedaba quieto, gustando el calor de su cariño, también ella dejaba de

aprisionarlo contra sí. A partir de ahora empezaba otro de los momentos bellos de aquellas dos criaturas. El primero casi se quedaba dormido durante largo rato en aquel regazo. Ni siquiera los ojos movía. Sólo se oía su respirar y el leve latido de su corazoncillo. La segunda, Grisel, con él, allí tan cerquita de su alma, tumbada bajo las sombras de los pinos, junto a la corriente del pequeño arroyuelo o entre las flores de las praderas, miraba fija el azul del cielo.

A veces, se movían las hojas de los árboles rozadas por el viento; otras veces cantaba un ruiseñor allá en las zarzas o una mariposa dibujaba zigzags azules por encima de su cara. Algo más lejos, se oía el balar de los corderillos buscando a sus madres o los ladridos de los perros. Y Grisel, herida hasta lo más hondo por las infinitas melodías de estas eternas sinfonías, se quedaba extasiada en el más hermoso de todos los sueños; se sentía la más dichosa de todas las niñas; no echaba de menos ni apetecía ningún otro juego o placer. Por aquellas tardes, muchos fines de semana, al salir de la escuela los viernes por la tarde, se iba con el niño, pidiendo permiso antes en su casa para no regresar hasta el lunes. Y en estas ocasiones, en cuanto los dos llegaban

a la finca, comenzaban a ser felices. Saludaban a los padres. Al calor del fuego de la chimenea se estaban mucho rato y cuando ya iba la noche avanzada y decidían acostarse, Grisel siempre preguntaba:

- ¿Podemos salir a dar una vuelta? Hace una noche preciosa.

- Concedido pero ten cuidado.

Respondía el padre de aquel niño. Ella, entonces, se llenaba de gozo. Se levantaba, buscaba el abrigo de Pedrito, se lo ponía y luego se envolvía en el suyo; lo cogía de la mano y se echaban al campo. En sus paseos por el campo casi siempre escogían noches de luna clara. Y el brillo de la luna era lo primero que les emocionaba; luego, el aroma de la hierba, la pureza del viento llenando las praderas y los grillos.

En silencio, los dos juntos, caminaban buscando el río, Según atravesaban el campo, sus pies rozaban las matas de hierba llenas de rocío y esto les hacía felices. Se tropezaban con los topillos que huían sendilla adelante o retozaban entre el trébol y seguían, absortos, los vuelos de los murciélagos. Junto al río buscaban una piedra para sentarse y frente al charco de aguas limpias, se quedaban

mucho rato siguiendo el juego de la luna colándose por entre las adelfas para reflejarse en el líquido de viento.

En el barranco retumbaba el canto del mochuelo, los agudos trinos del ruiseñor, los graznidos de las zorras al bajar del monte, las inacabadas sinfonías de los grillos y el misterioso chillido de la corneja. Apretaba en sus manos las del niño lo tumbaba sobre su pecho y una vez más se dejaban prender por los mil profundos secretos de la noche. Hay algo eterno en este mundo, que me llena y me atrae; lo palpo y lo gusto, lo tengo aquí conmigo y sé que es bello como nada. ¿Por qué con tanta fuerza me aprisiona y me absorbe?"Se decía en sus meditaciones y al poco comenzaba a ponerse melancólica. Rato después, en su mente, se encendía una luz y entonces ella apreciaba con claridad la diferencia, casi infinita que hay entre el mundo que gustaba su alma y el otro donde vivía con los humanos. En el primero había mucha más fascinación que en el segundo. Y a partir de aquí, le entraba grandes deseos de hacer algo para que sus amigos y las demás personas también conocieran y gustaran la belleza de aquello que sentía. Le parecía que era importante y podía servir para mucho. Ya que pasaba

un rato, dos horas o tres, dejaban el juego y subían la pequeña cuestecita, recorrían la llanura y entraban en la casa.

- ¿Sois vosotros?

Preguntaba la madre del niño

- Sí, señora Nieves, somos nosotros que regresamos.

Respondía Grisel, toda resuelta y feliz.

- ¿Cómo es hoy la noche?

- Es deliciosa; da gusto estar fuera, respirar su aire y oler las flores.

- Me alegro que lo paséis bien pero ahora debéis acostaos porque es tarde.

- Enseguida nos acostamos; en cuanto prepare a Pedrito su vaso de leche.

- Caliéntala un poco en el rescoldo de la cocina.

- Ya lo estoy haciendo.

Y un rato después, Grisel ayudaba al niño a tomarse su cena. Ella, siempre que se quedaba en casa de su amigo, dormía en la habitación próxima a la de su compañía

- Buenas noches, señora Nieves.

- Buenas noches y que descanses.

Al día siguiente, sábado de nuevo correteaban todos aquellos campos. Todo el día lo dedicaban a jugar con los corderillos, a buscar nidos de pajarillos, a cortar ramos de flores, a construir casitas en la orilla del río junto a la corriente y subir y bajar el cerro para sentarse después en lo más alto y allí quedarse mucho rato mirando al horizonte y soñando. Muchas veces las tormentas les cogían en pleno campo y ninguno de los dos corrían. Dejaban que la lluvia cayera y empapara sus cuerpos y luego se iban a ver el arroyo correr con sus aguas turbias y sus olas rizadas. Cuando salía el sol y el arco iris se derramaba sobre los pinares de la llanura, lo observaban despacio y a los dos les entraban ganas de ir hasta el sitio donde aquellos colores caían. Luego, se entusiasmaban con las nubes blancas y negras que surcaban el cielo y cuando acordaban, el sol empezaba a tornarse rojo sobre las cumbres llenando de oro y fuego la tarde.

Mil juegos más como éste y otros, Grisel vivió en aquellos campos con su amigo. Pasó el tiempo y se hizo mayor. Estaba para cumplir los doce a once y cinco meses, cuando ella se fue de aquel rincón y a partir de

aquí cesaron los juegos con el niño. Pero no del todo, porque al volver cada año la navidad y en los veranos, siempre se acercaba a visitarlo y a estar con él todo el rato que podía. Y en estas ocasiones, siempre de nuevo surgían las andanzas de los tiempos de atrás y nacían otras nuevas. En estos abrazos con el campo, lleno de noches profundas, de vientos cálidos, de silencios graves y de cantos de tórtolas, fue donde el alma de Grisel aprendió a llenarse de Dios, de dulzura y de sencillez. Aquí, ella aprendió el gusto por lo bello e inmaculado y a oír el silencio y a través de él, la Voz de lo eterno. Desde este inusitado espectáculo de flores, hierbas, lluvias y nubes desde donde a ella se le imprimió, en lo hondo de su alma, el sello de la bondad y la luz. Aquel sello cuya huella definitiva la haría diferente a las demás muchachas de aquellas sierras y de los pueblos enclavados en ellas.

Ahora, esta tarde, cuando de nuevo se acercaba, una vez más, al bello rincón que daba morada a su amigo, hacía ya casi seis meses que lo había visto por última vez. Y esta tarde, mientras iban avanzando y divisaban la blanca casa en el centro del paisaje, se acordó del día de

los tres pollitos de perdiz. Hablando con sus amigas, les decía:

- Era un hermoso día de primavera. La hierba de la pradera estaba verde y grande y destellaba frescor y aroma. Las anémonas y las campanulas se mecían en sus tallos al paso del viento; las ramas del romero esparcían sus aromas hacia el barranco y los pajarillos trinaban contentos saltando de rama en rama y de árbol en árbol. Toda la llanura y el cerro estaba llena de mariposas, pequeños abejorros, orugas y saltamontes. El Guadalquivir bajaba aplastado entre las zarzas y su corriente hoy se transparentaba como el viento. Arriba, en las cumbres de las cordilleras, los gruesos pinos se recortaban sobre el horizonte y sus ramas temblaban pesadamente movidas por la leve brisa. Era un día bonito y cálido y de él, Pedrito y yo nos habíamos aprovechado a tope. Al final de la tarde, cuando todavía el sol baña de plata la alfombra que tapizaba el campo, los dos nos dispusimos a bajar del cerro. En sus laderas, sentados frente a la puesta del sol, habíamos estado casi dos horas. En estos momentos nos cogimos de la mano, abandonamos la roca y saltando por encima de una de las

matas de sabina, emprendimos una pequeña carrera pendiente abajo.

El padre del niño estaba junto al corral de las ovejas y éstas pacían serenas recogiéndose hacia la majada. También allá, tumbados junto a la casa, estaban los perros mastines y en la casa trajinaba la madre de Pedrito. El y yo veníamos gozosos tanto cuanto más velocidad tomábamos en la carrera. De pronto, lo solté de la mano, me adelanté con los brazos abiertos atropellando la hierba. En medio minuto, llegué al final de la inclinación y me eché a rodar hierba adelante pero enseguida me volví buscándolo. El también bajaba veloz con sus brazos abiertos, totalmente recto hacia mí. No esperé un segundo, me incorporé, me puse frente a él extendiendo a tope mis brazos y lo acogí de lleno en mi pecho. Los dos rodamos por la llanura llenándonos de polen y puñados de pétalos de florecillas. Primero nos reímos, después nos alegramos de estar allí en l suelo y luego nos miramos el uno al otro, intentando descubrir algo. Justo en este momento oí el piar de los pollitos.

- ¡Espera!

Le dije con mi mano apoyándome en el suelo e incorporándome. Concentré mi atención y volví a oírlos. Por sus timbres diferencié pronto que eran pollitos de perdiz. Tendí mi mano a Pedrito, le ayudé a que se levantara y luego lo fui guiando con cautela hasta el sitio de donde salían las llamadas. Antes de llegar, a cinco metros, él los vio. Emocionado, me tiró del brazo y señora con el dedo. Enseguida los descubrí. Eran dos y saltaban asustados queriendo irse. Corrimos hacia ellos y en segundos nos pusimos a su lado. No tendrían más de dos días de vida y estaban caídos en un pequeño barranquito y, al mismo tiempo, enredados en ramas de hierba. El primero en coger urjo en sus manos fue Pedrito; luego yo cogí el otro y lo observamos. No tenían ni heridas ni estaban dañado en ningún otro sitio pero desde luego, eran preciosos. Su pequeño pico, algo redondo, sus delgadas patas y sus frágiles alitas, sin plumas, les hacían casi de ensueño. Sus cuerpos eran menudos y estaban cubiertos de pelusillas amarillentas y sus ojos chiquitos, parecían dos diamantes vivos. Pedrito me miró y yo a él y nos comprendimos. Nos dijimos que en lugar de dejarlos allí siendo como eran, tan pequeños nos los llevaríamos para cuidarlos. Así que con ellos en las manos,

empezamos a irnos por la llanura hacia la casa. Un momento antes se había puesto el sol.

Cuando llegamos, les dimos un poco de pan mojado y después los pusimos en una caja pequeñita de cartón. En pocos días crecieron mucho; empezaron a comer solos; trigo, alpiste y otras semillas y cuando ya podían volar, una tarde, los llevamos a la llanura y allí les dimos libertad. Recuerdo lo bello y emocionante que fue aquel momento para Pedrito y para mí. Sentimos pena porque les habíamos cogido cariño pero en el fondo, estábamos contentos. Sabíamos que debían ser libres en aquellos campos para atravesarlos con sus vuelos rápidos y señoriales.

Aquí puso Grisel punto final a su relato. Había sido seguido con interés por todos sus amigos pero hoy, tanto ellos como Grisel, mientras se acercaban a la casa, iban notando que el viento frío del norte, comenzaba a soplar cada vez con más fuerza. Según se acercan a la casa advierten que allí ocurre algo. En el cerrillo ven a dos o tres hombres que se mueven por entre el monte. Otros tres se alejan por la senda que va de la casa al río y en la

puerta de la casa hay varias mujeres. Grisel conoce una de ellas. Esta, en cuanto ve a la muchacha, se viene a su encuentro y la abraza temblorosa.

- ¿Te has enterado de lo ocurrido?

- No sé nada. ¿Qué pasa?

- Ha sido Pedrito; falta de casa desde esta mañana temprano y nadie sabe dónde está. Cuando ayer por la tarde empezó a nevar, se le perdió su gaviota y todos creemos que salió a buscarla.

En cuanto oye la noticia, Grisel no espera un minuto. Entra en la casa, abraza a la madre del niño, la anima un poco y sale fuera.

- ¿Quién me acompaña?

- Todos.

Responden sus amigos sin tardar.

- Pues prestad atención: Félix y Rosa que vayan por la senda que va dirección norte. Al llegar a la llanura, mirad despacio árbol por árbol alrededor de sus troncos; Rafa, Cristina y Mary-Carmen, que hagan otro tanto pero por el lado sur; mirad también detrás de los peñascos y las matas. Tere y yo, nos iremos por el lado este, para recorrer el río y sus alrededores. Conozco bien ese terreno. Si alguno descubre algol que dé voces.

Los grupos parten hacia los puntos fijados. Son las cinco de la tarde, hace mucho frío; sigue soplando el viento, el sol ya está muy caído. La nieve es espesa; aunque se ha derretido por algunos sitios; en las matas, encima de las rocas y algún trozo por las sendas y las laderas que miran al poniente. Tere y Grisel llevan puestas sus botas de cuero camperas que les llegan hasta las rodillas. Suben un poco hacia la aldea de Bujaraiza para encontrarse con el río y empezar a recorrerlo desde lo alto.

Lo de la gaviota de Pedrito había sucedido de esta manera: Cinco meses atrás, en el mes de julio, una tarde estaban jugando junto al río a la altura de la casa. Andaban por entre las sombras del gran bosque de álamos, frente a la corriente, cuando vieron una bandada de gaviotas; subían río arriba y venían como asustadas. Grisel fue la primera en extra ver por allí una bandada de gaviotas. Nunca antes habían visto esta clase de pájaros por estos lugares. Alertó a Pedrito y los dos se pusieron a observar la evolución de la bandada. Y la bandada, en número de unos cien, al llegar a la altura de la casa, giró

en remolino. Dieron vueltas y luego comenzaron a descender. Al mismo tiempo, las del centro del remolino, se elevaron por encima de las otras y las que iban a ras de tierra, comenzaron a pararse sobre la arena. Fueron poco a poco seguidas de las que surcaban el aire y en diez minutos, toda la bandada estaba posada junto al río.

A Pedrito y Grisel, les entró curiosidad y cuatro minutos después ya estaban donde las aves habían tomado tierra. No querían espantarlas mas esto fue lo que ocurrió. Nada más acercarse y ser vistos, revolotearon asustadas y rápidamente se alejaron del sitio al que habían llegado. En estos momentos fue cuando ocurrió lo interesante. El niño fue el primero en descubrir que allí, cerca del río, se había quedado una de las aves. Se lo indicó a Grisel tirándole de la mano y corrieron, persiguieron a la gaviota de un lado para otro hasta que al final la cogieron; enseguida vieron que estaba herida, tenía sangre en un ala, en un muslo y varias plumas rotas.

Cargaron con ella hasta la casa y en cuanto llegaron, la curaron, le cortaron las plumas de las alas para que no pudiera volar hasta que no sanara y pocos

días después, aquella ave se hizo mansa y simpática. Se acostumbró a Pedrito y a Grisel y detrás de ellos iba para cualquier sitio que se movieran. El niño era feliz con este pájaro jugando con él horas y horas sin cansarse. Cinco meses más tarde, estaba sana y las plumas le habían crecido, mas ni siquiera hacía por irse. Era amiga del ni de los mastines, de las ovejas, de las gallinas y no paraba en todo el día de revolotear de un lado para otro. Al final, siempre volvía al regazo de Pedrito.

Grisel y Tare comenzaron su búsqueda mirando tras los peñascos, explorando los alrededores de las matas de sabina, lentiscos y aulagas. Descubrieron, despacio, las sombras de los majoletos, los entrantes del río y todos los recovecos de las zarzas y rosales silvestres. Pasó una hora y no hallaron ni. un peque rastro; ni siquiera una señal. A lo largo de este rato, en más de una ocasión, estuvieron tentadas de dar voces y llamarlo por su nombre pero cayeron en la cuenta que Pedrito no podía oír. Esto les angustió mucho y empezaron a tener miedo. La noche se les echaba encima, el viento helaba cada vez más y soplaba con fuerza. Junto al río, encima de una roca, se subieron y

durante un rato buscaron con sus ojos por toda la ladera, el barranco y la peque llanura. Nada, ninguna señal; sólo el viento helado recorriendo la soledad del paisaje y gimiendo sobre los pinos del bosque y las copas de los álamos.

- Creo, Grisel, que debemos regresar. Se está haciendo de noche y las dos solas por aquí nos perderemos.

- Por mi parte no abandono. Hasta que no lo encuentre o sepa de él no me iré de estos lugares.

-Pues lo que podemos hacer es volver a la casa a por luces.

- Eso está bien pero mejor es que vayas tú sola; así vendrás antes. Yo, mientras tanto, seguiré río abajo hasta la curva. A él le gustaba mucho venir por aquí.

- Bueno, haré eso pero no te alejes mucho, volveré enseguida.

Y Tere despidió a su compañera. Subió buscando el camino con el propósito de coger luces y regresar pronto. Pero Tere no conocía bien aquellos campos y hasta que dio con la pequeña senda, tardó mucho. En este tiempo el viento aumentó de fuerza y la oscuridad hizo acto de presencia a lo ancho de todo el bosque. Ella

se arañó los brazos y las rodillas, las manos se le quedaron frías como el hielo, la nieve le entró por las botas y el cuello del abrigo; el agua le empapó las ropas y con el viento frío, por momentos se iba congelando. Pensó volver para atrás y quedarse con Grisel pero aunque la llamó varias veces, ésta no contestó. Ante estos resultados se dijo a así misma que debía seguir y un poco más tarde descubrió luces junto a la casa. Oyó las voces de Cristina y Mary-Carmen y esto le dio ánimo. Siguió parándose de vez en cuando para llamar a los de la casa. Al final, estos la oyeron y dos de aquellos hombres salieron a su encuentro. Cuando por fin llegó a ellos, hacía más de dos horas que había dejado a Grisel. Enseguida explicó la situación de la compañera que, en el río, le esperaba.

Rápidos volvieron a la casa; informaron al padre del niño de lo que pasaba, cogieron nuevas luces y se lanzaron hacia el río. Tere no se quedó atrás a pesar de su cansancio, ahora le preocupaba mucho su amiga. La expedición salió hacia el río en medio del viento que seguía en aumento; silbaba al estrellarse con los pinos y arrastraba la nieve de los cerrillos. Grisel bajó hasta la

curva del río. Exploró detenidamente la “Playa de Las Gaviotas,” así llamada por ellos desde el día de la bandada, miró bajo los álamos, donde ellos solían sentarse en las tardes de sus paseos, registró los pequeños refugios que ofrecían las rocas y luego quiso subir hasta lo alto del cerrillo, un poco al oeste. Recordó que en una ondulación del terreno sobre la loma del cerro, existía un rincón muy amado por Pedrito. Eran unos lentiscos espesos cerca de unas rocas. Entre unos y otros el terreno ofrecía como una especie de sala confortable que tenía por techo las ramas de una vieja encina. Allí, en invierno, se estaba más calentito y daba menos el viento. En verano era un sitio fresquito y resguardado del sol y además resultaba un mirador excelente.

Recordó “El Refugio de Las Tres Encinas,” y pensó que estaría allí. Quiso despegarse del río, mas se dio cuenta que por allí no había ninguna senda y a través del campo, la nieve era muy espesa. El viento soplaba con fuerza y, sobre todo, la noche ya estaba encima. Se acordó de Tere y pensó que no tardaría en llegar. Por eso decidió no quedarse allí parada. Siguió bajando pegada al río con intención de coger la pista forestal que cruzaba un

poco más abajo; pero antes de llegar al camino, fue, de repente, sorprendida por algo que no esperaba: Era la visión del Hombre de la Bolsa. Lo vio a lo lejos que venía hacia ella. No se alarmó, más bien le entró alegría.

- ¡Hola Grisel!

Le dijo ya que estaba cerca de ella. Notó que se acercaba de nuevo en forma de amigo e impregnado de mayor bondad y dulzura.

- ¿Qué haces por aquí?

- No te sorprenda, vengo a ayudarte.

- ¿En qué me puedes ayudar?

- Te voy a llevar a donde está tu amigo Pedrito.

- ¿Lo sabes?

- Yo sé muchas cosas; conozco lo que hay en la mente de cada una de las personas de este mundo; conozco tu corazón pero ahora ven y dame la mano; te conduciré a donde está el fino.

Grisel extendió su mano, el hombre se la cogió y se puso a andar cerro arriba. Enseguida se dio cuenta que atravesaban la ladera en línea recta sin ninguna dificultad a pesar del viento, la nieve y el bosque.

- Lo que sí quiero es saber con certeza por qué has venido.

El cielo se llenaba de nubes.

- Es bueno que sepas una cosa; desde ahora en adelante, estaré siempre contigo. Siempre que tú te pongas a hacer el bien a los demás, yo estaré presente. Esta noche quiero decirte algo nuevo. Tú sabes que la belleza del rostro de una muchacha, con el tiempo se marchita y desaparece. Tú sabes que también desaparecen las ganancias materiales, los amigos y casi todo aquello que se puede ver con los ojos; tú sabes que al. Final de la vida, quedan siempre pocas cosas; y ese final, aunque ahora lo creas lejano, también llega siempre. Sin embargo, Grisel, tú sabes que hay cosas que se ganan una vez y duran toda la eternidad. No las marchita el tiempo ni se gastan. A esto quería llegar; desde hoy hasta el fin de los tiempos, voy a quedarme contigo, voy a estar a tu lado queriéndote y dándote mi cariño pero procura que tus esfuerzos y tus luchas se orienten siempre a conseguir lo que no se marchita nunca. Este es mi mensaje. Atención a ello y no lo confundas; tiene su señal y tú la debes conocer. Porque vivir al modo de los otros, hacer lo que hacen ellos, es fácil pero no es bastante; te

lo digo; tú no vivas para no vivir después; lo que importa es vivir para vivir siempre.

Aunque el viento soplaba recio y al romperse contra la ladera y los árboles, llenaba de lamentos todo el barranco, Grisel había oído con toda nitidez. Ella tenía la sensación de que aquellas ideas se fraguaban primero en su alma y aquel hombre llegaba después y se las traducía en palabras. Aquellos sentimientos les pertenecían. Todo cuanto había dicho estaba con ella, había ido con ella desde siempre. En aquel rato tampoco sintió ni frío ni cansancio. Sus pies pisaban la nieve y ni lo notaba y aún menos notaba frío en sus manos ni en su rostro; ni siquiera notaba la oscuridad de la noche a pesar de su densidad. También su miedo interno había desaparecido y ni estaba preocupada por la suerte de Pedrito. Tenía la sensación de que todo estaba bien; era exactamente como tenía que ser y nada iba a romperse ni a desaparecer.

Llegaron a lo alto del cerro, se acercaron a la espesura de unas matas y dijo a su compañera

- Ahí tienes a quien buscabas; te estaba esperando.

Señala con sus manos al rinconcillo que arropaban las ramas del monte Miró y vio al ni acurrucado sobre unas piedras al calor de un pequeño promontorio de tierra y rodeado de nieve. Se lanzó hacia él, apoyó su rodilla en el suelo, lo levantó con sus manos y lo estrechó en su pecho. Lo apretó fuerte, le besó su cara, atrajo su cabeza hacia su corazón y hundió sus frías mejillas en la cara de Pedrito como queriendo darle vida. Al coger sus manos vio la gaviota; el niño la tenía sujeta en sus brazos y al mismo tiempo estaba acurrucado sobre ella. Siguió apretándolo y al notar que no reaccionaba, por su mente cruzó un pensamiento: “muerto” Y al ser consciente del sentimiento, en lugar de ponerse a comprobarlo, lo apretó más y más. Se le llenaron los ojos de lágrimas y ni sabía por qué; éstas mojaron el rostro del nido y rodaron hundiéndose en la nieve. Alzó su cabeza y preguntó al hombre:

- ¿Está muerto?

Pero al hacer esta pregunta se dio cuenta que el hombre de la bolsa ya no estaba. Se había ido sin dejar ninguna señora y sin pronunciar palabras de despedida. Ella creyó que tenía que ser así. Mas, justo ahora, oyó la voz de su amiga Tere. Dejó a Pedrito y la buscó incorporándose.

- ¡Estoy aquí!

Vio las luces que se dirigían hacia ella y luego oyó otra vez a Tere.

- Dinos por qué sitio subimos y si te pasa algo.

-Podéis subir por el camino; yo estoy exactamente en el Mirador de Las Tres Encinas. Pedrito está conmigo; subid pronto, por favor.

- Enseguida estamos ahí.

En el barranco el grupo se organizó. El padre del niño se puso al frente. No se fueron rectos hacia Grisel; hubiera sido necesario subir el cerro completamente de frente y esto era duro a parte de la nieve y el viento; tampoco tomaron el camino que Grisel les había dicho. El padre de Pedrito conocía bien el terreno y tomó el que creía mejor para luchar contra la nieve y el viento. El padre del niño se vino por el arroyuelo que nace en la unión de dos cerros y caminó paralelo a él vaguada arriba. Aquella vaguada, durante días y tardes, había sido otro de los rincones predilectos de Grisel y Pedrito. La escogían para sus juegos, para sus carreras y para respirar el aire puro lleno de aromas silvestres tumbados frente al sol. Cuando las laderas de ambos cerros y la llanura del terreno donde nacía, se llenaba de hierba, aquel rincón se convertía en

el lugar más hermoso del Valle. Y en aquel pequeño paraíso, ellos jugaban horas y horas bañados por la luz y el silencio del campo. También habían bautizado aquella explanada. La llamaban "La Explanada de los Manantiales Claros."Le pusieron este nombre en honor a los tres pequeños caños de agua que brotaban justo donde nacía el arroyo. Cuando se lo dijeron a su padre, a éste le gustó y desde aquel día, todos en la finca comenzaron a pronunciar el nombre.

La expedición llega al lugar, tuercen a la derecha y enristran por la loma. El viento les coge de espaldas y les ayuda en el esfuerzo. Es lo que el jefe del grupo ha buscado y además, por aquí la nieve está más derretida. Cuando van a mitad de la distancia entre Grisel y la vaguada, brilla la luz de un relámpago y luego estalla el trueno.

- ¡Lo que faltabas!

Comenta Tere. Cinco minutos después se acercan al Refugio del Mirador. Tere lanza su voz llamando a Grisel.

- ¡Estoy aquí!

Brilla otro relámpago y a su luz, Grisel ve las caras de las personas que han venido en su ayuda. Tere corre

saltando todo lo que a su paso hay y abraza a su amiga. A punto está de llorar a no ser porque Grisel reacciona, suelta a Tere y reclama su atención hacia el niño. A éste, es su padre el primero en abrazarlo. Se tumba en el suelo y lo besa lleno de alegría; apoya su oído en el corazón del niño y dice:

- ¡Vive!

Y esta frase es una explosión de gozo. Derretida en dicha, Grisel abraza uno por uno a sus amigos y ahora sí llora a riendas sueltas.

- ¡Gracias a Dios!

- Desde luego que sí.

Y justo al terminar de pronunciar estas palabras, otro relámpago llena de luz todo el Valle. El trueno estalla casi encima.

- Agilicemos el descenso.

Propone el padre. Son las doce de la noche. El cielo se ha llenado de nubes. El viento arrastra ramas, nieve y las nieblas, poco a poco van cubriendo el Valle. La noche se cierra en truenos y lluvias.

El padre levanta al niño y alumbrado y seguido por el grupo, comienzan a bajar por la ladera en busca de la

casa. El viento les coge de frente y por la loma y vaguada es muy fuerte. El padre se pone al frente del grupo y baja ocultándose, un poco, en la loma dirección recto a la casa. Destella otro relámpago y segundos más tarde, el zumbido del trueno casi los deja sordos. Todos ven como las ramas del Gran Pino del Mirador, saltan por los aires. Algunos trozos caen junto a río y otros ruedan ladera adelante empujados por el viento y la nieve.

- ¡Dios santo!

Exclama Tere asustada agarrándose a Grisel.

- La impresión que tengo es que estamos viviendo un sueño al otro lado del tiempo.

- No te preocupes.

- Es que no parece real.

Y estas últimas palabras de Tere son cortadas por el fulgor de otro relámpago. En esta ocasión de nuevo todos ven dónde ha caído el rayo. En los picos de la roca que hay a la altura de Los Tres Manantiales de la vaguada. Las piedras se abren y ruedan por la ladera. Sus chasquidos se mezclan con el ronco bramido del trueno. Grisel, de pronto, tiene como la sensación de que aquí, en este rincón del Valle, existe la presencia de algo cósmico

y misterioso. Es como si Dios estuviera tocando la Tierra con su mano. Se agarra fuerte al brazo del padre del nido.
- No pasará nada.
Y Ella ahora recuerda las veces que en esta misma ladera, habían sido sorprendidos por las tormentas. Siempre se pusieron empapados; nunca les habían regañado los padres del niño.

Empieza a llover. Han bajado el cerro y por la llanura, se acercan a la casa. Bajo su abrigo, Tere lleva la gaviota de Pedrito. La lluvia aumenta por momentos. La oscuridad de la noche es rasgada por la luz de otro rayo. Cae justo en los álamos de la Playa de las Gaviotas. Uno de ellos se prende en llamas y arde durante unos minutos. Las ramas en llamas se van por el viento dando lugar a un espectáculo fantástico. Justo en las décimas de segundo que dura la luz del rayo, ante los ojos de Grisel se abre algo impresionante. Por el norte, el cielo se parte en dos trozos; se abre en forma de cortina y por detrás aparece la ciudad de ANELUZ. Los grandes bosques de robles y abetos que el Hombre de la Bolsa le había descrito en otras ocasiones, las montañas que les circundaban y la honda belleza de la CIUDAD. El nombre de ANELUZ

estaba escrito, en forma de corona, sobre la ciudad y en lenguas de fuego. El Hombre de la Bolsa estaba sentado en el centro de la gran ciudad. Un poco más lejos, avanzando hacia la ciudad, se vio a sí misma. El Hombre la miraba y le tendía la mano. Y ella, la que ahora caminaba junto a Pedrito, tuvo la sensación de que entre esta noche donde se veía entrando a la Ciudad de ANELUZ, y la noche en la cual caminaba por el planeta de los humanos, había mucho tiempo por medio. Y allí, en el centro de la GRAN CIUDAD DE ANELUZ, se hacía una pregunta: “¿Por qué aquella noche de Pedrito, escogieron mi nombre para introducirlo en el recinto de los inmortales?

Y la misma pregunta se la hace esta noche de tormenta en el Valle donde el niño vive, justo cuando llegan a la casa de éste. Pedrito sigue durmiendo y ahora por su cara, chorrea la lluvia. La gente al verlos llegar se amontona diciendo:

- ¡Está muerto!
- ¡No! parece dormido.
- Quizá esté inconsciente por el frío.
- Sí, porque con esta noche, no sé qué habría sido de él.

- Creo que fue Grisel la primera en verlo.

Todos quieren saber qué pasa, quieren tocarlo, besarlo; la madre lo estruja contra sí, lo besa, lo palpa y enseguida se pone junto al fuego. En la chimenea arden varios troncos de pino. Brilla un nuevo relámpago y la luz llena todos los rincones de la casa. Es otro rayo que cae a cien metros, sobre un pino de la llanura.

- ¡Qué noche, Díos mío!

- Mamá, estoy asustada.

Exclama Grisel acurrucándose en los brazos de su madre que también ha venido desde el pueblo.

-Si no lo llevamos a la aldea cuanto antes, se morirá.

- Mientras no entre en calor no lo sacamos de aquí.

Grisel, Tere y sus amigas miran al ni y también se calientan secándose las ropas y esperan con el corazón en un puño. A los quince minutos de estar aquí Pedrito mueve su cabeza; luego sus manos.

- ¡Está vivo!

Exclama Grisel abrazándolo.

- Pedrito, soy yo, tu amiga. ¡Qué alegría mamá!

Continúa diciendo Grisel fuera de sí por la emoción del momento queriendo abrazar a todos a la vez. A su madre, a la madre del niño a sus amigas, a Pedrito. Lo mira, lo

toca, lo arropa y a cada movimiento de éste, ella se llena do alegría y más alegría. Tiembla nerviosa entre emocionada y asustada. A uno de los movimientos del ni ella abre sus dos blancas manos y entre ellas coge la cara de Pedrito. Le achucha delicadamente a ambos lados y luego se inclina; lo besa en pleno rostro durante mucho rato y sin prisa, deja que el calor de sus mejillas caliente la cara del niño. Por unos segundos siente en su piel la respiración de la criatura, las palpitaciones de su pequeño corazón. Recuerda los ratos de gozo y felicidad que tantas y tantas horas han compartido juntos y todo esto le motiva un extraño sentimiento. El alma se le llena de amor y con todo su ser desea meterse dentro de la pequeña criatura para que así sienta y vea cuánto es el cariño que le tiene. Necesita demostrarle que no le ha abandonado, que está aquí con él como siempre.

Pasan dos minutos y levanta un poco el rostro para mirar los ojos del niño sin que sus manos suelten su carita. Comprueba, asombrada, como su compañía de juegos, abre los ojos, la mira fijo, dulcemente complacido y moviendo sus labios dice:
- Gracias, Grisel, sabía que me habías oído.

Un inmenso fogonazo de luz, borra de todo el Valle y toda la estancia de la casa, la densa oscuridad de la noche dejando casi ciegos a todos los que están junto al niño. Revienta el trueno dando la sensación de que la tierra se hunde hacia el fin del cosmos. Silba el viento estrellando la lluvia contra la casa y crujen las ramas de los árboles. El rayo ahora ha caído a menos de treinta metros de donde está Pedrito. Grisel se queda de piedra. Todos han oído las palabras del niño; han sonado con claridad y nitidez y a continuación ha estallado el trueno.

Ha ocurrido un milagro; el niño está hablando; el cielo lo anuncia con voz de trueno para que la señal no quede confundida. Y todos tienen la sensación de que el milagro ha sido arrancado del cielo por la fuerza del amor. Lo ha arrancado Grisel; esto está claro. Pero esta gente, todos los que han presenciado y oído el fenómeno, inmediatamente saben que el milagro está aquí, no porque Grisel sea más santa que ellos, sino porque ama más. Todo el mérito está en el amor.

Grisel, que se ha quedado con la cara del niño entre sus manos, en cuanto pasa un rato, pregunta:

- ¿Cómo estás Pedrito?

- Estoy bien.

Y ahora todos comprueban que además de hablar puede oír perfectamente. Y a partir de este momento nadie se asusta ni se asombra por lo que oyen y ven.

- ¿Donde está la gaviota?

- La tiene Tere.

- Me alegro que tampoco haya sufrido nada.

Diez minutos más tarde, cesó el viento. No volvió a caer más ningún rayo en el Valle; en poco rato todo el campo se llenó de silencio y paz. Luego, rompieron este silencio y a lo largo de mucho rato estuvieron hablando de mil cosas mientras la noche pasaba y las llamas del fuego chisporroteaban en la chimenea.

EL SUEÑO MÁS BELLO

“Recién había entrado el otoño. Las lluvias vinieron retrasadas pero sin embargo, los guíscanos nacieron. La niña aquella tarde se adentró en los pinares con su cesta trabada en el brazo. Por la noche había nevado. Las cumbres del Yelmo estaban blancas. Casi hasta los límites de la nieve llegó y como eran los primeros copos del día y estaban tan brillantes, se entusiasmó tanto que hasta se olvidó de las setas. Por aquí carámbanos de cristal chorreando y reluciendo al sol; por allí mil ramas de pinos y robles bordadas con finos cristales, más allá, árboles clavados en las rocas vestidos de blanco como lo de la navidad. Y al verlos tan bellos recortados sobre el azul del cielo, se acordó precisamente de este día.

El corazón se le llenó de sonidos de navidad con olor a turrón y retumbar de panderetas. Subió hasta un pequeño collado donde la hierba crecía verde y sobre ella la nieve dormía en rodales menudos. Desde lo hondo del valle, por el barranco, se alzó un vellón de niebla fría. “¿A dónde irá?” Se pregunta sentada en una roca con sus ojos volando tras la niebla que gatea cerro arriba. Al llegar a lo alto se derrama de la misma forma que chorrea un

helado cuando con el calor se derrite. Los árboles de las cumbres, se van borrando poco a poco entre el blanco vapor de agua."¡Qué bonito!" Se dice la niña cada vez más embelesada en el paisaje, hoy engalanado con trajes de ensueños. Y en estos momentos, por su mente, cruza un pensamiento: "Si subo hasta lo alto de las cumbres, sin duda que el horizonte será más grande y veré cosas más bellas pero allí la niebla se espesa; me tapará los barrancos y los bosques y además este pico no es el más alto del Parque, por lo cual será imposible que pueda gozar de la visión de todas las laderas, arroyos, cumbres y bosques que ahora mismo hay en estas sierras. Reflexionó mientras seguía observando desde su roca. "¿se puede hacer?" Vuelve a preguntarse. En estos momentos una ráfaga de viento, se estira desde lo hondo del barranco, al llegar a ella, la abraza, la zarandea con fuerza, forma una cinta blanca larga y desde lo alto de la cumbre, la lanza hacia la niña. Sobre la hierba se derrama el extremo; una voz recia pregunta:

- ¿Estás asustada?
- Asustada no, extasiada sí. Nunca he visto un espectáculo tan bello.

- Acabas de tener un deseo que el viento y yo vamos a convertirte en realidad. Sube.
Y la niño se acerca a la cinta, ésta la envuelve y enseguida se la lleva hacia las cumbres.
- Quédate aquí quieta y observa.

La pequeña obedece a la niebla cada vez más absorta y al mismo tiempo, repleta de placer. El viento sopla lanzando graves aullidos. El blanco vapor de agua desde los barrancos se alarga hacia el cielo, teje cintas en forma de caminos anchos. Tres de ellos forman un arco iris y dejan caer un extremo sobre las cumbres del Pico Yelmo y otro sobre el Pico Cabañas. Otras cintas se extienden, también en forma de arco iris, desde el Pico Almagreros hasta el Almorchón sujetando a la primera. Una tercera, clava su extremo en el Pico Blanquillas y el otro en el de la Banderillas, desde Almagreros al Tejos, otra y así desde el Blanquilla al Almorchón, desde éste al Yelmo, Gilillo y Calarillas. En muy poco rato se construye una inmensa bóveda y el camino que se apoya sobre el Yelmo, a los pies de la niña, dice:
- Te vamos a llevar al mirador de tus pequeños; sube.

La pequeña obedece a la nube, se abraza y en unos segundos la niebla se la lleva a lo más alto del arco más grande, en el mismo centro entre el Yelmo y el Cabañas, a 3000 m. de altura por encima de los montes del Parque. El punto exacto cae en lo Alto de la Campana, por el nacimiento del Río Aguasmulas.

- ¡Oh qué bonito!

Exclama la niña asomada al mirador. Todas las sierras, las inmensas y bellas sierras del Parque Natural de Cazorla, Segura y Las Villas, están a sus pies y las domina con sus ojos; por las laderas, repletas de pinares verdes y por los barrancos, surcadas de mil arroyos de aguas limpias y espumas color leche; las cumbres de todas las cordilleras están vestidas de blanco. En estos momentos la niño se acuerda de su madre, sus amigas, de todas las personas que conoce.

- ¿Las puedo traer a este fantástico mirador para que gocen y vean estas maravillas?

Pregunta a la niebla que le sujeta.

- No es posible.

- ¿Por qué no?

- Este privilegio se te ha concedido sólo a ti como premio a tu corazón limpio y en agradecimiento a tu buen

comportamiento con la naturaleza. Nunca hiciste daño a nadie ni a nada y esto vale mucho. Si lo dices a las personas mayores y las traes aquí, pasará lo de siempre: montarán sus negocios, traerán sus coches, pondrán tiendas, arrancarán las flores y al final, romperán lo que tanto te gusta y nos gusta.

La niña lo comprende. Poco después, la misma niebla la devuelve al su collado verde. Algo más tarde baja por el pinar, camino de su casa, con la cesta vacía de guíscanos pero el corazón lleno de felicidad. Desde este día guarda el secreto en su alma. Ahora, esta mañana árida de agosto, es otro este rincón. Está solo, seco, cruje el pasto y el sol cae sobre él quemándolo monótonamente. Sólo se ve tu recuerdo palpitando en el viento; lo demás es silencio aprisionando a los paisajes y al horizonte. Ni siquiera chorrillos de agua corren por los arroyuelos. Es otro mundo. El verano y tu ausencia dejan sobre estas sierras desolación, dureza, crueldad.

Me voy y al pasar por el Mirador Rodríguez de la Fuente, de nuevo por ahí te veo, frete al gran valle con el Guadalquivir en lo hondo. Tampoco aquí hay nadie hoy y

sin embargo, el oscuro cerro del Almendral sí es el mismo. Al verlo, una vez más siento rabia y pena. Es la pequeño cárcel que los humanos han construido para encerrar a los animales que vivían en libertad por estas montañas. Los hombres, siempre son los hombres los que tienen que romper y destruir lo que Dios ha creado para que viva en libertad y en sus mundos. Aquí en este rincón encerraron, hace tiempo, una pequeño manada de animales sólo para que otros humanos puedan verlos mientras dan un paseo por un camino adornado con fuentes y bancos. Nunca visité este parque ni tampoco nunca me gustó este rincón a pesar de la hermosura de sus paisajes, sus luces y sus contrastes. La presencia humana lo estropea todo como tantas cosas en el planeta tierra. Siempre desde luego, desde razonamientos de bien para la humanidad. Sin embargo, con qué brutalidad descubro una y otra vez la enorme diferencia que hay entre tus juegos de bosques y sus obras de hombres adultos. Paso de largo, remontando el collado, y a la izquierda, me deslumbran las paredes blancas del edificio que da entrada al Parque; bajo los pinos, color metal, brillan los coches. Algo más adelante un gran letrero anuncia el Hotel Bujaraiza, el centro de rehabilitación de

toxicómanos y apartamentos. Otra incongruencia más en el centro de los pinos que llenan el valle.

Es bello, muy bello este pequeño barranco a pesar de las blancas construcciones y el sol que lo quema a estas horas del día. Cuando el pantano se llena, por la llanura que hay más abajo del Hotel Bujaraiza, se remansa el agua en playas preciosas. Hoy, la sequedad acentúa la aridez de este extraño día cargado de tu ausencia. Al otro lado del río están las Sierras de Mirabuenos. Para mí uno de los rincones más bellos de todo este Parque. Se extienden por la cordillera de Las Banderillas, desde el Río Aguasmulas hacia el pueblo de Hornos y las cumbres del Pico Yelmo. Los bosques de estas sierras son la prolongación de los que existen por Roblehondo, el barranco del Río Borosa, el Arroyo y el Alto de La Campana, el Río Aguasmulas, El Arroyo del Hombre, Arroyo de Las Grajas que es en realidad el que atraviesa la Sierra de Mirabuenos teniendo por cabecera los picos de Puntal, 1483m. Picón, 1541m. y Monte del Hombre con l626m. En la ladera Norte del Pico Puntal, ya casi en las cumbres, existe un gran bosque de espesos robles todos centenarios. Entre ellos, en unas pequeñas

praderas, nace un limpio manantial conocido por Fuente del Roble. Cerca hay un comedero de buitres leonados donde varias veces he subido para fotografiarlos. Arriba, en todo lo alto del monte, se alza el pequeño refugio para el vigilante de incendios casi dándose la mano con el que hay en la cumbre del Banderillas.

Al Este del Pico Puntal, cae el gran Barranco del Lobo por donde nace el Arroyo de Las Espumaredas y entre los picos de Pedernaleros con l544ni. Tolaillo con 1609m. El propio Barranco del Lobo tiene por cabecera los Picos Cuevas con 1495m. y Picón atrás mencionado. Todo este gran barranco está lleno de multitud de cortijos y aldeillas muchas de alias abandonadas desde hace tiempo. Son conocidas con los nombres de: Las Canalejas, rodeada por cuatro grandes y hermosos picos; Puntal, Canalejas, Picón y Aguaciles todos ellos con más de 1500m. Más en lo hondo del barranco está la aldea de Cortijo de la Puerca, Las Espumaredas más hacia el Este y multitud de cortijos por todo el barranco por donde corre el arroyo. Por detrás del Pico Puntal, junto al Cerro del Lobo con l774m. se esconden las pequeño aldeas de Los Archites y Casas del Rincón.

En el Arroyo de Fuente del Roble, más abajo de donde nace el manantial, en el mismo cauce del arroyo, existen siete u ocho casas en ruinas donde en otros tiempos debieron vivir varias familias. El tiempo ha destruido todo pero aun se conserva por allí, entre pinos y encinas, el olivar que cultivaban y pegado al cauce se pueden ver los bancales de tierra donde sembraban sus huertas. Tanto este rincón como los otros que he mencionado atrás, están rodeados de bosques riquísimos y salvajes de madroñeras, brezales, pinares y densos romerales. Vuelvo a repetir que este trozo del Parque, no pequeño sino de gran extensísimo, es quizá el más hermoso de todas las sierras que conforman el gran Parque natural. Hoy, junto al Guadalquivir, juega un grupo de niños y otros se van por la llanura persiguiendo mariposas. Por la carretera encuentro un grupo de scouts cargados con sus mochilas y tiendas. Suben hacia la Torre del Vinagre. Dos enormes cerros van apareciendo ante mí; espeso el monte chorrea por sus laderas y se hunden hacia el barranco del Río Aguasmulas, el Valle del Guadalquivir. Recuerdo este rincón. En mi cuaderno de campo dejé anotado lo siguiente

LATIDOS DE ETERNIDAD

Hay algo que no acabo de entender: sus silencios, sus largos silencios.



También en ocasiones se porta como si le faltara poco para encontrarse con algo grande y lleno de alegría. Por la noche, al calor del fuego de la chimenea, me dice:

- En este mundo hay muchas cosas que el tiempo desmorona y sepulta para siempre por más grandes y hermosas que nos parezcan en el momento de vivirlas. Sin embargo, hay otras que permanecen siglos y siglos llenas de luz y fuerza. Elige en tu mente las cosas que no pasan nunca y vívelas aunque para ello tengas

que renunciar a todo lo otro: a tus padres, hermanos y te digan que eres un loco. Aunque te digan que eres un raro y que no tienes corazón ni sentimientos, vive lo que llevas dentro y sed tú mismo.

Lo escucho atento; me sorprende oírle estas palabras; es como si le sucediera algo.

- No dejes nunca que tu corazón se llene de tierra. Sigue tu camino. Llévate a tus seres queridos dentro del alma y llora por ellos mientras avanzas por la senda en busca de tu propia identidad. Llóralos en la noche mientras tiritas envuelto en la soledad. Sufre y si es necesario, desmorónate en tristeza pero no decaigas, no vuelvas atrás, no seas cobarde, no abandones ni renuncies jamás a lo único que es de verdad importante.

Me doy cuenta que entre frase y frase se interrumpe. Es como si quisiera echar muchas Cosas fuera y las palabras se le quedaran peque Se le estremece el alma, la congoja le aprieta la garganta. Veo que por sus mejillas le caen lágrimas. Sorbe la nariz, le tiemblan los labios. Me mira queriendo decir algo. Es como si dentro del alma llevara un gran dolor. Quiero

preguntarle pero no sé cómo. Me inspira mucho respeto todo lo suyo. En silencio me mira y lo miro. Pasa un rato largo. Creo que va a hablar para contarme su secreto. Es casi media noche cuando mueve sus labios y dice:
- Que descanses en paz esta noche.
Se tumba junto al fuego, se envuelve en la manta. Oigo sus hipíos y luego me da las espaldas. Lo siento llorar durante largo rato. Durante largo rato, los tizones chisporrotean sin parar.

Me despiertan, al día siguiente, los pastores. Ya el sol está saliendo por la loma de los pinares. Ladran los perros y las ovejas saludan al nuevo día. Enseguida lo busco y no está junto a mí, no veo ni su manta ni su zurrón. Me levanto de un salto. Miro buscándolo y no lo encuentro, salgo fuera, no lo veo.
- ¿Dónde ha ido?
Le pregunto a los pastores.
- Aún no había amanecido cuando lo vimos recoger su manta; silencioso salió y bajó hasta el arroyuelo; avanzó por la sendilla y se perdió entre los robles y los pinos de la curva.
- ¿Cuál es el arroyo?

- Ven, te lo enseño

Salimos fuera. Caminamos un trecho hasta lo alto del cerrillo.

- Por allí bajó. Junto a la fuente estuvo un rato sentado; bebió y se lavó la cara; luego caminó hasta perderse en la curva entre el monte.

- Gracias.

Y corro hacia el lugar. Llego a la fuente; junto a ella descubro sus huellas, los berros están tronchados y algunos con las puntas cortadas. Siento ganas de llamarlo, mas enseguida me digo que no servirá de nada. Sigo la sendilla que baja por el borde del cauce. El bosque es denso compuesto de enebros, sabinas, pinos, madroños, robles, encinas, durillo, cornicabra. Según la senda se adentra, el bosque se espesa, es más oscuro y frío. Los tallos verdes sujetan los rayos de sol dando lugar a una oscuridad densa y húmeda. El aire está intensamente cargado de perfume. Están abiertas todas las florecillas del durillo, las de los madroños los arrayanes y las del tomillo. Unas a otras se prestan aromas y entre todas impregnan el viento de suavidad y magia.

También el frescor del agua deslizándose por las peñas pone su nota de encanto a todo lo que respira en este rincón en los primeros bostezos de la mañana. Mil pájaros trinan y se camuflan por entre las ramas de los pinos y al yerme alzan vuelo. Las abejas van de un lado para otro, de una flor a otra, buscando el polen, llenando el viento de olor a cera y miel. El rincón, según me voy adentrando en él me llena de asombro. Algo hay aquí que lo hace diferente a los demás paisajes de estos montes. Sus silencios, sus sombras, su forma llena de extraña vida, su clima frío, me hiere dentro. Estoy intranquilo por la pérdida del ancianito cuando ahora este paisaje me sale al encuentro, a estas horas húmedas y rosadas, para impresionarme.

Atravieso un buen trozo de bosque siguiendo la sendilla por entre las ramas; sigo bajando dando una curva con el arroyo; entro más de lleno en el barranco, salto una roca y de pronto me encuentro en un claro. El terreno tiene un gran desnivel; he venido a salir a lo alto de un gran escalón elevado sobre un amplio y hondo barranco quebrado y reducido. Tiene laderas suaves y

extensas que bajan verdes de un lado y otro. Hacia él se hunde el arroyo despeña en abruptas cascadas. Desde donde estoy ahora veo el agua abrirse en abanicos que chorrean por las matas y rocas. Saltan millones de gotitas entre espuma y agua y se alejan perdidas en el viento. El sol les da de frente. El sol ahora ya está bastante alzado sobre el cielo; ilumina los chorreones del arroyo. Lo que estoy viendo parece un sueño Sólo hay transparencia y frescura y todo se me clava en el corazón y con voz de eternidad, me dice que ya puedo prescindir para siempre, del resto de mi vida y del mundo.

No siento ni ilusión ni. Atractivo que me tire hacia ningún otro sitio fuera de lo que tengo antes mis ojos. Si pudiera disponer de mi vida y morir, lo haría con gusto. No quiero seguir hacia ningún otro sitio; no quiero conocer a nadie más. Tengo ahora conmigo todo lo que necesito y por supuesto, libertad y aire limpio. Siento que nada de lo que venga en el futuro será mejor ni me llenará tanto. Abajo, en lo hondo, ya está dando el sol; y allí, en lo hondo, el arroyo sigue saltando formando grandes charcos. Cada vez más, de su líquido, mana limpieza; cada vez más, del monte, mana belleza; cada vez más,

siento dentro de algo extraño e insólito. Creo que estoy más allá de la tierra y de cuanto en ella conozco. Ando invadido de sensaciones y sentimientos nuevos que son como fuerzas que me remontan a regiones extraño. Nada es penoso, ni humilla ni hace que me sienta perdido y solo; es algo pleno y completo. Y de aquí que desee fuertemente quedarme en este lugar y olvidarme del resto del mundo.

Estoy sobre el escalón del monte mirando al barranco cuando de pronto oigo algo que me sorprende; son los sonidos de una flauta. Alguien la toca allá, en medio del monte. Sus notas retumban en el barranco. Escucho atento, la melodía es bella; casi asusta de hermosa y tierna. Sin embargo, su tono es triste, melancólico. Como si fueran gritos de alguien que llora pero lleno de dulzura. Comprendo que detrás de esta música puede estar él. Comienzo a descender por la sendilla. Durante largo rato me sigue acompañando la música. Según bajo me acerco al punto de donde surge, mas al llegar a la mitad del barranco, dejo de oírla. Me entristezco un poco; creo que estoy perdido y me pongo a

llamarlo. Mi voz retumba en el barranco y se funde con el rumor de las cascadas. Nadie responde.

Pasan dos horas; aún sigo en el mismo sitio. Tengo conciencia de que él está por aquí cerca, por esto no quiero ni avanzar ni retroceder. Es casi medio día. El sol brilla en lo más alto del cielo y en el barranco sigue reinando el silencio. Bajo un poco más hacia el arroyo y me paro en la sombra de los robles. En la corriente de un pequeño manantial encuentro un gran rodal de berros, cojo un puñado y sobre la hierba me siento para comérmelos. Ahora no me encuentro a gusto. Me siento como fracasado, como frustrado No me agrada que el ancianito se haya ido de mi lado sin contarme su secreto ni decirme adiós. Miro a mi alrededor y entre la hierba, junto a una piedra, veo la hoja descolorida de una revista. En ella hay una foto en color donde se ven dos hombres andando por la calle en direcciones opuestas. Los dos tienen la cabeza vuelta hacia atrás como observándose el uno al otro y se ve que el primero cojea un poco. Lleva en su mano un maletín; el otro un periódico bajo el brazo, en la mano empuña un paraguas en actitud de abrirlo y sobre su cabeza hay un sombrero al estilo policía. Y es esto lo

que parece. En el fondo de la foto se ve un mostrador, más al fondo la torre de una iglesia y el cielo nublado por encima por donde una bandada de pájaros vuelan alejándose. En la parte de arriba de la foto hay un letrero donde en letras grandes y negras, se lee: “EL EXTRANO CASO DE LOS PERDIGONES ENVENENADOS” por Koston. En los primero renglones de las letras pequeñas, leo lo siguiente

“Recientemente, el disidente búlgaro, el locutor de radio y renombrado escritor Georgi Narkov, murió en Londres víctima de un extraño asesinato.” No leo más. De pronto sucede algo raro en mí; el artículo empieza diciendo: El locutor de radio y renombrado escritor...” y esto me llama la atención, sufro. Es un renombrado escritor y sin embargo yo no he oído hablar de él en mi vida. No lo conozco, no sé quién es. Para mí, ahora mismo, que haya existido o haya alcanzado fama, me deja indiferente. En este momento tengo otro problema y respiro por completo ajeno a todo lo de este hombre. Me da igual su fama y su muerte.

A partir de este sentimiento doloroso, me pongo a meditar. Descubro que no significa nada vivir en este mundo y menos aún ser esto a aquello

Este hombre ha existido, ha sido un famoso escritor pero todo esto ¿qué es? Ni él ni lo suyo me sirve ahora para nada; como si no hubiese vivido nunca. Me digo que hay algo fuera de sitio; me estrujo la mente e intento comprender pero no consigo ver. Sé que hay un misterio que intuyo, quisiera comprenderlo pero no puedo. Esto me entristece. Me recuesto sobre el tronco del roble. Ya es algo tarde, el sol se está descolgando hacia el horizonte. Desde el norte, por encima de las grandes cordilleras del Banderillas y el Yelmo, se van alzando grandes nubes. El barranco sigue limpio de ruidos. Solo se oye el murmullo de las cascadas y los trinos de los pajarillos. Lo recuerdo, caigo en la cuenta que me ha traído hasta este lugar, cuando vuelvo a oír las notas de la flauta.

Me incorporo rápidamente. Los sonidos vienen del lado Norte y noto que no de muy lejos de donde yo estoy.

Me oriento hacia ellos y lo veo. Está sentado mirando la arroyo. Me lleno de alegría, doy un salto grande y grito:
- ¡Eh!
Mi voz resuena en el barranco y llega hasta sus oídos. Deja de tocar. Mira hacia donde estoy y al yerme alza su mano sin pronunciar palabra.
- Espera, que voy contigo.
Le vuelvo a decir. Salto desde el pe hacia el arroyo, gateo por la cuesta apartando el monte, llego al rodal verde donde abundan los narcisos y las margaritas. La hierba reluce de tan verde y tierna y está tupida como si fuera un bosque. Atravieso el rellano, rodeo la roca y me acerco.

Ya que estoy cerca, aparta su flauta, me mira con miradas recias pero aceptándome y sin pronunciar palabra, me acoge. Pidiéndole una explicación le digo:
-Te estoy buscando desde esta mañana temprano.
- Lo siento y te lo agradezco.
- Sí pero puedo entender que huyes de mí, que no quieres mi compañía o que tengo algo que te molesta. Pensé que eras distinto a ellos, sobre todo cuando te oí hablar del modo en que hablaste anoche, me fié de ti, despertaste en mí confianza pero ahora me haces dudar.

- Lo siento, no pretendía lo que me dices.
- Entonces ¿Por qué te fuiste?
- No buscaba hacerte daño.
- Dime el motivo.

Deja de mirarme, dirige sus ojos hacia el barranco, se concentra en las matas cercanas y dice:

-Anoche lloré por algo que no quiero recordar más. Aquella conversación de nuevo me trajo recuerdos; hace tiempo que logré olvidar todo; sin embargo, anoche, volví a perder la paz. Temo empezar a sufrir de nuevo.

- ¿Por qué no me cuentas qué pasa? No contesta. Deja pasar un rato. Luego con pesadez, habla diciendo:

- Lo haré para que lo sepas aunque pase un mal rato. Allá, al otro lado de estas montañas sobre una pequeña loma, mis padres tenían una casa rodeada de una modesta extensión de terreno que era nuestro. Allí nacimos nosotros; mi hermana Milagros, año y medio más joven que yo, mi hermano el mayor y éste que te habla ahora. Aquella finca era la única riqueza que mis padres tenían. Labrando sus tierras, cuidando sus árboles, pastoreando sus ovejas se pasaba todo el año. Nadie más trabajaba allí sino mis padres y mis hermanos. Las

tierras eran más bien pobres y las cosechas escasamente nos daban para comer e ir tirando; pero tienes que saber que no creo que nadie en el mundo haya sido nunca más feliz que nosotros allí, bajo el espeso sol del mes de agosto con el rostro empapado de sudor y el cuerpo lleno de tierra y monte.

Cada día mis padres vendían las cosechas y con su importe y lo que sacábamos de la lana de las ovejas y las partidas de borregos teníamos suficiente para comer y sembrar de nuevo las tierras. No teníamos ni cuentas corrientes, ni apartamentos ni playas. Todo su mundo y riquezas se reducían a su familia, la finca, las cosechas el rebaño los siete mulos para la labranza y nada más. Nunca él había hecho da a nadie, nunca había robado, nunca se había metido en política y del mismo parecer era mi madre. Mas un día, cuando yo estaba para cumplir los quince años estalló la guerra civil en nuestro país. Se llevaron a mi hermano mayor; los campos empezaron a ser surcados por aviones, tanques. Dos meses más tarde, una mañana los soldados con sus camiones y rifles, asaltaron la casa, la destruyeron. Bajo su escombro quedaron sepultados mis padres y mi hermana. Ni

siquiera puede verlos; asustado por las explosiones y las llamas, corrí por los montes y me refugié en los cerros de enfrente. Fue horroroso el dolor que sentí, el miedo y el hambre. Pasados tres días los soldados abandonaron el rincón y yo volví a mi casa.

Pero mi casa ya no era lo de antes. Todo estaba convertido en cenizas, con escombros, soldados muertos por doquier. Puedes imaginarte lo que aquello fue para mí alma, para mi mente. Sin más, así de la mañana a la noche me encontraba sin familia, sin casa, sin cariño Todo me había sido arrebatado y destruido. Se habían llevado las ovejas, habían quemado los carros y los mulos los usaron para arrastrar los cañones. Aquello fue tan duro para mí que durante varios días vagué de un lado para otro por los cerros y los barrancos, loco, perdido en mi dolor, dormido en mi pena.

Por fin, sin saber por qué ni cómo, me alejé de los cerros que tanto quería y me puse a caminar por los montes. Lo que más temía era precisamente volverme a encontrar otra vez con ellos; y esto fue lo que me ocurrió.

Pasado un tiempo, seis o siete meses, vine a parar precisamente a este barranco. Por la noche me quedé a dormir entre las grietas de la roca que hay bajo las ramas del roble. Mi sueño fue roto por los estallidos de los fusiles. Asustado salí de la roca, corrí colina adelante pero no habían pasado dos minutos cuando sentí las ráfagas de las ametralladoras; miré a mi izquierda y lo que vi me llenó de espanto.

Entre unas matas los soldados habían construido unas trincheras. Desde aquí disparaban al cerro de enfrente; pero estos soldados, justo cuando yo pasaba cerca de ellos, fueron alcanzados por las balas de las ametralladoras. Delante de mí cayeron muertos. Saltaron abriendo los brazos, arrojaron los fusiles y cayeron al suelo. Tres o cuatro quedaron tendidos casi a mis pies. Uno de ellos era mi hermano; el que se habían, llevado hacía unos meses. Cayó boca arriba pegado a unas jaras y en mi carrera me tropecé con él. Al verlo me quedé helado. Frené mi huida y miré asustado. Vi como pedía auxilio revolcándose y dando tumbos por el suelo. En uno de aquellos vuelcos me vio; me tendió la mano; me pidió ayuda.

En estos momentos sentí el mayor horror del mundo. El charco de sangre que empapaba la cara y ropas, me producía repugnancia; igual su cuerpo todo roto y sangrando. Por un lado deseaba acercarme a él para abrazarlo besarlo; por otro lado me asustaban sus heridas, la espuma que manaba de su boca. Era algo espantoso; no sabía qué hacer. Allí, de pie, estuve un rato sin notar ni oí lo que sucedía a mi alrededor. En mi interior todo se me revolvía agarrándome con bocados de dolor. Creo que perdí la conciencia y de aquí que me sintiera incapaz de seguir, de quedarme, de llorar, de abrazarlo, de gritar. No sé cuánto rato pasó ni cuantas balas más explotaron; sólo recuerdo que de pronto vi a uno de los soldados correr hacía mí; venía lleno de humo de polvo y de sangre. Me cogió del brazo y me preguntó:

- ¿De dónde eres?

No respondí; él siguió diciendo:

- Vete de aquí; estamos en guerra, en pleno combate; te puede herir, aunque tienes suerte de no haber sido alcanzado ya.

Metió su mano en el bolsillo; sacó una insignia brillante, la enganchó en mi pecho y dijo:

- Esto para que tanto ellos como nosotros sepamos que contra ti no debemos disparar. No eres ni de un lado ni de otro; ahora vete.

Me tiró del brazo, me empujó hacia e1 barranco y comencé a caminar obedeciéndole. Cuando ya bajaba por el cerrillo me di cuenta que las balas pasaban rozándome. Sin embargo caminé y rato después ya estaba en lo hondo. Nadie más me molestó; nadie más me disparó. Por el barranco me quedé varios días. Los sentía unas veces locos y sin freno y otras quietos y silenciosos. Pasados unos días subí por ese arroyo, seguí caminando a través del campo. Si me encontraba con alguien le pedía de comer, si me tropezaba con alguna huerta cogía de sus frutas y verduras y si con sementeras, cortaba sus espigas. Me persiguieron por ladrón, me azotaron, me encerraron, me acogieron en los cortijos y me dieron cama y calor junto al fuego de las chimeneas. De esta forma he vivido hasta hoy. Bastante veces propuse irise a los pueblos o ciudades pero en el fondo no lo hice porque tenía miedo. Siempre he creído que no iba a ser capaz de vivir entre ellos, que no iba a entenderme, que no encontraría la paz.

Y esto es todo cuanto tenía que decirte. Dentro de un momento me voy a despedir de ti para marcharme. Por favor, no me sigas; ya conoces mi secreto; no me pidas ningún consejo. Déjame ir y nada más. Guarda silencio; yo también. Brilla un relámpago e ilumina todo el monte. Estalla el trueno y poco después empieza a llover. El comienza a alejarse. Ni me abraza ni me dice adiós. Lo miro fijo mientras se pierde hacia lo hondo del barranco.

MUERTE SOBRE LAS CUMBRES



- Esta agua es para mi madre que se está muriendo poco a poco. Tiene ya sesenta arios y los médicos le han mando muchas medicinas pero no le sirven para nada; lo único que la mantiene viva y con fuerzas es el agua de estos montes.

Mientras me habla va llenando la garrafa en el chorro que brota de la roca. Baja de lo más alto de las cumbres, aplastada entre las sombras del bosque y gotea por las rocas de la hermosa ladera. Ha venido desde muy lejos y me dice que este viaje lo realiza todas las semanas.

- ¿Qué tiene este líquido para que le siente bien a tu madre?
-Seguramente sólo que es puro, sabe a sierra y no pasa ni por depuradoras ni grifos. En la ciudad ya no se puede vivir con tanta artificialidad y tanta contaminación.

Al oírle esto caigo en la cuenta de algo que desde hace tiempo vengo observando en la sierra: Cada día entra por aquí más gente, coches, camiones. Los que dicen la cuidan y gestionan en estos días, no lo están haciendo bien. Algo, que no acierto a saber qué es, me dice que estas sierras van a acabar mal y esto me duele profundamente. No hace dos horas que he bajado de las cumbres. Como tantas veces, he subido a ver el nido y a llevarle comida al polluelo. Desde hace muchos años, cada día he subido a estas montañas y he llegado hasta este nido. Con el amor más grande, durante mucho tiempo, cada día he dado de comer a los nuevos polluelos del quebrantahuesos. Ellos han sido mis mejores amigos en estas sierras y en agradecimiento a mis atenciones mil veces los he visto, ya adultos, surcando los aires por encima de mi cabeza ofreciéndome sus mejores planeos. Mil veces me han acompañado por los barrancos y las

laderas trazando dibujos con sus sombras por entre los pinares y mil veces más me han llenado de gozo con aterrizajes perfectos cerca de las rocas que he escalado para alimentarlos. También mil veces más los he visto morir atacados por los hombres y otras tantas veces más he encontrado sus nidos rotos y sus huevos destrozados, Poco a poco han dejado de volar por estas sierras y los últimos que quedaban, los tenía o cultos en los lugares más lejanos y escondidos. Con gran dificultad logré hacerme amigo de ellos y gracias a esto he podido ayudarles y salvarlos. Ahora esta mañana vengo de lo más alto de la montaña He llegado hasta su nido pero esta mañana he descubierto que ya no están. Han sido atacados por los humanos y en esta ocasión sé que desaparecen para siempre; era la última pareja que sobrevolaba los montes de estas sierras. Qué rabia siento, qué dolor y qué impotencia antes los responsables de esta barbarie. Sé quienes son y lo que más me duele es precisamente esto, que sean ellos, no los que vienen por aquí a pasar un día a estas montañas sino los que dicen las cuidan y sobre ellas planifican. ¡Qué rabia y qué pena al mismo tiempo!

La última vez que vi este nido aún tenía su polluelo aplastado en él. Había uno sólo, gordo, hermoso y ya tenía las plumas brotadas. Me miró, me saludó como lo hacía siempre: moviendo sus alas y abriendo su pico que era la señal para decirme que tenía hambre. Se acercó luego a mí y le di su alimento. Durante mucho rato me quedé allí con él. Era para mí un placer indescriptible sentirme amigo de estas aves, estar junto a su refugio y contemplar los paisajes desde el balcón de las rocas donde se escondía su nido. Cuando aquella tarde me despedí del ave, también lo hizo como otras tantas veces: piando, moviendo sus alas y saltando de un lado a otro por la plataforma. ¡Qué hermoso, qué libre y qué juguetón era y cuánto a mí me gustaba verlo, estar con él y compartir el tiempo y el viento de estas montañas!

Ahora, esta mañana de aquel rincón de la sierra; estoy meditando la desventura de esta desaparición cuando me encuentro con el que llena agua en el manantial de las rocas. Desde este lugar se ve el cortijo. Está quinientos metros más abajo en lo más alto de un cerrillo entre los pinos verdes. Al mirarlo, en mí alma siento el recuerdo hermoso de algo que es ya sólo

nostalgia. En otros tiempos en el cortijo vivía una familia con sus hijos. De sus juegos, sus excursiones y alegrías, en las mañanas de primavera por este monte a visitar este nido, yo tengo en mí grabadas emociones limpias que ahora a. Oigo una voz que me llama por mi nombre. Viene de entre el monte de la ladera que hay frente al cortijo. La reconozco: Es Evarina. Contesto a su llamada.
- ¡Sube y me ayudas!
- ¡Voy enseguida!
Despido al hombre que recoge el agua y me alejo hacia el cortijo. Por la cuneta de la carretera baja un gran chorro de agua limpia. A la izquierda, junto a otra carretera que se va por el barranco, dos grandes matas de espliego se mecen verdes. El limpio líquido corre por entre ellas y luego se pierde por la sombra de las zarzas. Sobre el asfalto cae también la sombra de los pinos.

Recuerdo uno de los muchos trozos de vida que tengo desparramados por estos montes. Una mañana, la que ahora me llama y yo, nos fuimos corriendo hasta el arroyo grande que baja de la huerta de este cortijo. Se había quedado el día semi-lleno de nubes amigas. Ella las miraba dando la impresión de que no buscaba nada

porque lo tenía todo dentro de sí. Ya hacía muchos días que lo tenía todo dentro y por eso irradiaba tanta paz.

Estaba el campo lleno de flores y las abejas volaban cruzando el aire cálido. Apenas había ruido; sólo el del viento que andaba quieto y el de la llanura con su color verde y olor fresco. Pisando la hierba fuimos andando hasta la curva del arroyo donde estaba el álamo tronchado. Durante largo rato, en este rincón estuvimos jugando los mil juegos sin nombre que siempre jugábamos y que tan bonitos, en todo tiempo, eran tanto para Evarina como para mí. Ya que pasó una hora, me subí por la corriente y la dejé sola en la pequeña llanura de las zarzas. No me echó de menos ni me buscó en un espacio de tiempo bastante largo.

Yo estaba sentado sobre el peñasco redondo que hay en la ladera que baja del cortijo cuando la vi subir arroyo arriba. Se entró por entre las adelfas y se fue derecha al charco azul que hay entre las dos rocas blancas. No sé lo que hizo allí; la espesura de las adelfas me la tapaban y por espacio de una hora sólo pude sentirla confundida con la corriente. Probablemente no

hizo sino lo que tantas y tantas veces y ahora ya tan bien conocía yo: Sólo gozar en su alma la paz que por la corriente iba. Probablemente sólo hizo esto al tiempo que acariciaba el agua con sus manos y los juncos rozaban su carita.

Seguí sentando en el peñasco redondo sin apartar un momento mis ojos de sus juegos. Me sentía a gusto y era feliz porque tenía conciencia de que allí, dentro de mi pecho, latía la eternidad y en el centro de ella, respiraba la presencia del dueño de todo. Aquella tarde, en aquél justo momento, yo ya sabía que cuando se está en presencia de Dios, la felicidad que se siente no es comparable con nada. Todo allí, justo ahora, era así; pero además la niña aún lo hizo más bonito. De pronto, sin que me lo esperara, ya que el sol había avanzado mucho, apareció junto a mí. Se puso a mi lado y me dijo:

- Yo sé una cosa que quiero decirte.

- ¿Qué es lo que sabes?

Y sentándose a mis pies sobre la hierba, respondió diciendo:

-Sé que tú eres muy distinto a todos los demás de esta tierra.

- ¿Quién te ha revelado a ti eso?
- Veo que en tu mente hay una sabiduría que está por encima de todas las otras sabidurías; en tu corazón hay una dulzura que nadie más que tú tienes y en tu alma, en tu alma hay una belleza que no tiene fronteras. Eres distinto, siempre fuiste distinto. ¿Sabes si has sido elegido por Dios?
- ¿Cómo voy a saber yo eso?
- ¿Qué puedes decirme entonces?
- A lo que me has dicho, nada. No tengo ninguna explicación para ello.
Al rato de estas palabras me levanto y caminamos hasta la sombra de los pinos. Intento animarla para que siga con sus juegos y entonces me pide que me siente junto a la corriente. La complazco y los dos tendemos nuestros pies dejando que el charco claro y juguetón nos lave.
- ¿No te preocupa lo que te acabo de decir? ¿No crees que en mis palabras hay un misterio que anda mezclado con todo lo que estás viviendo?
- Aunque sea así, en el fondo no me preocupa.
- ¿Explícame por qué?
- Ya conozco tantas cosas que sé bien que sólo unas cuantas de ellas son las importantes. Las he vivido

poquito a poco y también poquito a poco he ido eligiendo las que de verdad valen.
- ¿Te importa hablarme de ello?
- No me importa porque sé que tú sí puedes comprenderlo. Ahí tienes a tu madre Zarina en la cual tú sabes por experiencia propia vivida en tus carnes, que no todo lo que ella es, a ti te hace feliz.
- No lo entiendo.
- ¿Tú apeteces vivir en su ciudad y hacer las misma cosas que hace ella?
- ¿Y tú?
- Bien sabes que no.
- Algo sé de esto pero no te comprendo bien.
- Es muy sencillo: Yo estoy seguro de lo mucho que vale tesoro que llevo dentro de mí. En todos los momentos de mi vida he tenido conciencia de la presencia de Dios en mis cosas y esto a pesar de que los demás me dijeran lo contrario. ¿Comprendes ahora?
- ¿Quieres decir que es por esto por lo que te deja tan tranquilo la revelación que te he hecho?
- Así es; desde siempre lo he sentido así.
Llego al cortijo que está frente a la carretera al lado derecho. Por la sendilla baja un muchacho joven; trae en

sus manos dos fiambreras grandes de plástico. Al yerme se asusta y me dice;

- Es que mi madre me pidió que le llevara madroños y bayas.

- ¿Para qué son?

- Tengo dos hermanos pequeños que están ahora creciendo y según dice la gente, esta fruta salvaje le va muy bien.

- Yo no soy dueño de nada de lo que hay por aquí.

Al oírme esto se disculpa y sigue bajando. Hasta mi llega otra vez la voz de Evarina.

- Ya voy por aquí.

- Date prisa.

Mientras me acerco a ella me acuerdo de la mañana que decidimos subir a las cumbres de las cascadas. Nos fuimos por la senda que va río arriba, la que pasa junto al cauce y luego sube a media altura. Este camino es más largo pero mucho más bello y emocionante. Al pasar por la cerrada el alma se nos llenó de placer. El gran charco del río, el que se embalsa y luego se estira sereno y azul, hoy estaba rebosante de transparencia meciéndose entre las rocas y los pinos.

Forma un embalse natural aprisionado entre dos gigantescos taludes rocosos; la senda pasa por la torrontera de una de estas paredes y es tan peligrosa y a la vez tan bella, que un mal paso llevaría, irremediablemente, a lo más hondo del charco pero el rincón es de tal belleza que se hace imposible subir a las monta y no pasar aquí.

Desde hace algún tiempo, por algunos pueblos de estas comarcas, se comenta que esta senda y este charco lo van a adaptar para que lo visiten los turistas. No quiero creer que esto sea verdad por el destrozo y la irremediable pérdida que ocasionarían en estos paisajes; pero en fin, bien sabemos que si lo deciden los que mandan, al final saldrán sus proyectos aunque sean los más absurdos. Y aquella mañana al salir de la cerrada y comenzar la ascensión hacia la gran cumbre, nos encontramos con uno de los pastores del valle.

- Anoche murió la abuelita; hoy todos están en su casa dándole el: último adiós, llorándola y preparando el entierro.

Nos dijo. La tremenda noticia nos partió el alma. Conocíamos a la abuelita del valle, desde siempre y para

nosotros era tan querida que de verdad pertenecía a nuestras vidas como la mejor, la más sabia, la más humilde, la más reina de todas estas sierras. Con pena miramos hacia el valle y el corazón se nos llenó de tristeza. Nuestra querida abuelita, belleza de estos paisajes y reflejo puro de eternidad, por fin hoy volando por entre las nubes hacia el cielo ¡Qué bello pero al mismo tiempo qué pena!

Seguimos subiendo ahora ya un poco heridos en el alma pero abrazados con fuerza por el misterio limpio de estas sierras. Así son estos bosques y así han sido y serán siempre las personas que aquí nacen y mueren:
Como trozos de paisajes, como lagos serenos rebosantes de humildad, como valles y praderas fundidos con los paisajes de estas montañas. Y aquella mañana coronar la cordillera de las rocas blancas, brutalmente fuimos sorprendidos por las impresionantes cascadas de las cumbres. Caían anchas, majestuosas, bordadas de espumas de nieve, y cantarinas semejantes a mil coros de ángeles. Nos sentamos frente a ellas y decidimos no seguir subiendo. Era tan linda su visión con aquél cielo limpio, aquél sol de oro y el valle al fondo con la casa de

la abuelita, que sólo nos apetecía quedarnos allí frente a ellas y en silencio.
Aligero el paso. Rodeo el cortijo, subo por la senda, llego a la charca de las rocas. Desde arriba chorrea el agua filtrándose por entre los helechos. Me agarro a las ramas del pino y sigo. En el pequeño rellano, bajo el gran roble, me la encuentro.
- ¿Qué haces?
- Tiene la pata rota. Los guardas se la quitaron al hombre que la cazó.
- ¿Quién era?
- No se sabe. Sólo alegaba que la había cazado para coger su leche. La necesita para su hija que allá en la ciudad se está muriendo de una rara enfermedad; según dicen, la leche de este animal le va bien. Mira que ubre tiene. Seguro que está criando.
- Evarina coge con sus manos la ubre de la cierva. Esta no se mueve, se deja abrazar y hasta parece feliz.
- Ayúdame
- ¿Qué piensas hacer?
- Llevármela al cortijo; la cuidaré hasta que se ponga bien y luego la dejaré libre para que se vaya con los suyos.
- Pero en el cortijo sólo están los padres y ya son viejos.

- Me quedaré con ellos y quizá este puede ser el principio para que vuelvan otra vez aquellos días. ¿Te gustaría quedarte?

Al oír estas palabras a mi mente viene el recuerdo de uno de AQUELLOS días. El padre de Eva me pide que me encargue del rebaño cosa que hago con gusto. Al apuntar el sol abrimos la puerta del corral; siguiendo a las ovejas nos vamos cerros abajo por el monte. Dejamos que la lluvia nos empape; hoy es uno de esos días que no nos importa araos ni tampoco mojarnos. Las nubes nos arropan y en ocasiones sentimos como si hoy ya se rompiera la barrera entre el espíritu y la materia. Bajamos cerro adelante dejando que el viento nos azote. Oímos la ventisca estrellarse contra las rocas, oímos el ruido de la corriente cayendo al charco grande.

- Hubo un tiempo en que me divertía mucho oyendo el ruido de esta cascada estrellándose en el barranco y la voz del viento quebrarse sobre las rocas. Aprendí que tanto el viento como la corriente tienen sus melodías, sus acentos, sus canciones y lamentos.

- ¿Por qué no me lo enseñas? ¿Qué es lo que hace falta para aprender este lengua j e?

- Creo que lo esencial es amar mucho al campo; meterlo dentro del corazón.
- Me gustaría aprender de ti este juego.
- Hoy es un día hermoso para ello y como tú bien has dicho, tiene que ser como si fuera un juego.

Hoy el cielo está oscuro; da la impresión como si ya no fuera a amanecer nunca más, como si se hubiera hecho de noche para siempre. Dejamos la loma, bajamos buscando el charco, cerca de la corriente, en el centro de la lluvia, nos sentamos sin prisa. Las gotas frías caen dulces y agradables; nos mojan, nos empapan; las amamos, las metemos dentro de nuestro corazón. El barranco está oscuro, el silencio del campo es potente. También lo amamos, lo abrazamos en nuestras almas. Poco a poco nos vamos adentrando en la lluvia; poco a poco nos vamos sintiendo alejados de las cosas que nos rodean. El lenguaje de la lluvia nos va calando y empezamos a sentir como si algo hermoso saltara desde nosotros a las nubes o al revés y nos trajera un río de nueva vida. El alma se nos llena de emoción, en el corazón nos arde la paz, nos inunda un hondo bienestar. Empezamos a captar la pequeñez y el latido de cuanto

nos rodea. Sin prisa miramos al río, a las nubes que lleva el viento; sentimos la emoción correr dentro de igual forma que el agua del arroyo. Nos crece el alma como un globo cuando se infla la. Me mira y me dice:

- Creo que algo va a romperse.

- Lo siento como tú y también creo que si la llama que nos arde dentro no se detiene, puede romperse algo dentro de nosotros en cualquier momento.

Y de pronto, sentimos la ruptura. Es como una explosión, dentro de nuestros espíritus pero sin ruidos. Comenzamos a nadar en otra vida, en otro estado sin espacio ni tiempo. Nos mirarnos sin abandonar la quietud y no pronunciamos palabras. Sentimos que hemos llegado a la felicidad, que hemos logrado oír la diferencia de tonos entre la ventisca, la lluvia y el viento. ¡Es delicioso! Gustamos mil cosas nuevas.

- Lo definiría como la verdad pura, la vida, Dios.

- Creo como tú que es así; es Dios. En estos momentos es como si el universo entero estuviera dentro de nosotros dándonos vida y fundido por completo con nuestras almas. Se podría definir como la perfección, el estado exacto y real del amor, de lo esencial. Ahora mismo respirarnos y vivimos dentro de un corazón nuevo.

Nuestro sueño nuestro éxtasis, dura corno media hora. En este tiempo hemos dejado de percibir la realidad externa; nos sentimos por encima de ella. Mas pasado un rato, media hora o una hora, poco a poco volvemos a sentirnos los mismos de siempre. Nos damos cuenta que estamos sentados bajo la lluvia junto a la corriente encima de una roca. La oscuridad sigue densa, la lluvia cae, el viento sopla; sin embargo, ahora ya todo tiene un acento nuevo.

- Desde hace millones de años sobre estos montes han caído las lluvias, desde hace millones de años sobre estos cerros ha soplado el viento, han corrido los arroyos, ha crecido el monte. Quizá otros miles de años más siga lloviendo sobre este campo en medio de esta soledad y silencio; quizá nunca nadie se pare a contemplarlo como nosotros hoy, quizá nunca nadie vuelva a venir por estos barrancos. Pero aunque sea así, nosotros hoy hemos descubierto que tras las gotas de agua y el silbido del viento, hay una gran puerta que conduce a un hermoso paraíso. Es una puerta cerrada e invisible para muchos; mas ella, mientras allá en las ciudades humanas se construyen casas, se organizan fiestas, se firman papeles

y se amontona dinero, títulos y mil cosas más, ella está aquí y existe. Y a partir de hoy sabemos que ella guarda tras de sí, lo mejor de cuanto el alma pueda soñar.

- Ahora comprendo.

- Y sobre todo ahora ya sabes que en cuantos días de lluvia, de sol y viento, se derramen sobre estos montes, sea hoy, mañana o mil años más tarde, hay un misterio, una belleza, un corazón latiendo por cuyas venas corre una vida que nos pertenece y es superior, en mucho, a la que ahora respiramos.

- Gracias por enseñarme estas cosas.

Y algo más tarde bajamos por el río, seguimos al rebaño felices en todos los rincones del alma. Pero hoy, cuando Eva me expresa que quizá este pueda ser el principio de aquellos días y me pregunta si me gustaría quedarme, no le contesto. Me agacho y le ayudo a poner de pie a la cierva. Al tocarla noto que su pelo es suave, mira dulce y se deja querer. Evarina me observa y me pregunta:

- ¿Qué te pasa hoy?

- Estoy triste. Se han llevado el polio del quebrantahuesos, hay mucha gente por aquí recogiendo cosas de estos campos, los guardas andan discutiendo con unos y otros, sabes que ha ardido el bosque de pinos

que más queríamos y además mi padre está grave y por su enfermedad mi madre sufre. Me duele su cruel prisión en aquellos inmensos bloques de pisos de la ciudad.

- ¿Se muere?

- Se está muriendo y desde que se fueron no han vuelto a pisar estas tierras que tanto quieren.

Evarina no contesta. Abraza a la cierva y comenzamos a descender hacia el cortijo.

De entre los pinares de la ladera de enfrente, vemos salir las ovejas.

Son las del pastor que vive por las praderas del Collado de Las Rocas. Al verlas recuerdos estas praderas y como la imagen que de ellas tengo en mi alma, es una imagen dulce y bella, por en mi corazón corre el deseo de irme a visitar este lugar. Decido que hoy no puede ser porque ya el sol casi se oculta por las cumbres de la cordillera; pero me digo que tengo que ir a ver este rincón del Parque cualquier día de estos. Es un rincón tan original, donde hay tanta paz, tanto silencio, tantas llanuras verdes, tantos manantiales y tanta eternidad derramada entre los pinos y el azul del cielo de las

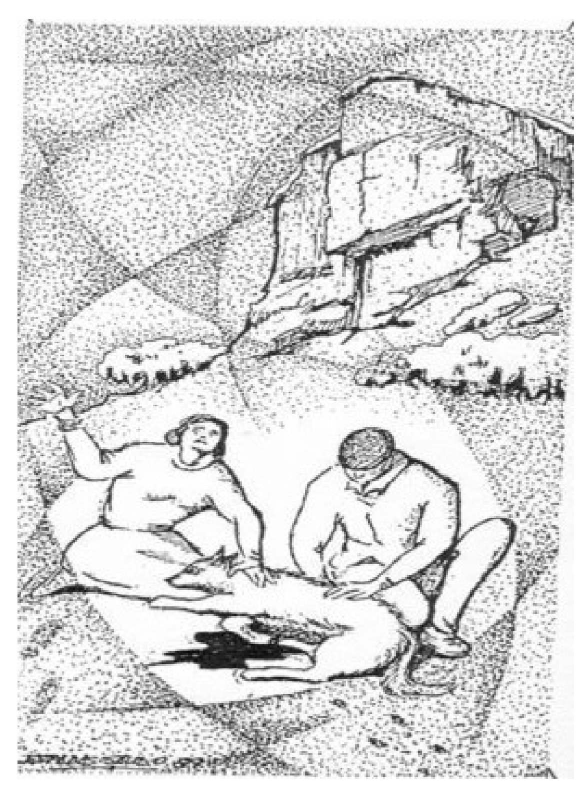
cumbres, que aquí sólo se respira placer. Ese placer sencillo que se cuela en el alma sin sentirlo pero que es tan puro que ensancha y ensancha y casi da la muerte de gozo. Tengo que ir un día de estos a las Praderas del Collado de Las Rocas. Ahora caigo en la cuenta que son para mí como otras tantas cosas de estas sierras:

Bocanadas de aire limpio que mi corazón necesita para seguir viviendo. Las ovejas y el pastor que salen de entre los pinos y se van por el río hacia lo hondo del valle, me lo han recordado. Tantas veces he visto este rebaño pastando en las Praderas, que ya las llanuras verdes de las cumbres son también manadas de ovejas desparramadas silenciosas entre rocas y arroyuelos. En el charco redondo de la corriente que va por debajo del cortijo tres ni juegan. Esconden varios envases de yogur en la cueva de la peque cascada.

- Ahora ya podéis buscar el tesoro. Anuncia uno de ellos; y ahora otro grupo de niños, corren saliendo del bosque y se ponen a buscar lo que los primeros han escondido. Saltan por la corriente lanzando gritos jubilosos. El barranco se llena de risas alegres que se mezclan con los mil tintineos de la corriente.

En el rellano que hay junto a la carretera, está parado el autobús; es uno de los muchos autobuses que por estos días recorren los paisajes de estas sierras. Transportan grupos de escolares con sus maestros. Mientras surcan las carreteras de esta Parque explican y explican sin descanso mil cosas a los niños. De vez en cuando se paran junto a la carretera y se ponen a observar árboles, corrientes, flores, insectos o cualquier otra cosa. Por estos días son muchos los autobuses que, repletos de escolares, van de un lado para otro por las carreteras de estos montes. Mientras abajo, en lo hondo del barranco, donde el arroyo que baja de las cumbres se junta con el río, sigue Rafa. Arranca monte, excava la tierra y la prepara para sembrar. ¡Qué pena me da este muchacho! Hace dos semanas, se vino de la ciudad cansado de no encontrar trabajo por ningún sitio. Se trajo azadas, picos y palas y aquí se puso a labrar la tierra. Sólo pretende llamar la atención a ver si alguien se fija en él y le ofrece un puesto de trabajo y un sueldo.

EL ÚLTIMO AULLIDO DEL LOBO



Voy a contarte algo que sucederá de verdad dentro de unos años. Coto Ríos, Cazorla, el Guadalquivir en su vega desde el nacimiento hasta el Pantano del Tranco y un pequeño rincón dentro de este valle, serán los escenarios. Desde uno de los meses de esa época futura miro hacia este rincón.

La vega del Guadalquivir, desde su nacimiento hasta el Pantano del Tranco, está llena de hermosos bosques y preciosas praderas verdes y frescas. Cerca del Pueblo de Coto Ríos, unos cinco kilómetros hacia el nacimiento, hay una casita blanca. Está junto al camino

entre robles, pinares y rodeada de un arroyuelo. Aquí vive un matrimonio joven. Tienen una hija llamada Azahara. La Peque Azahara para todo el que la conoce. La finca que rodea a la casita es propiedad de los padres de Azahara. Cerca de la casita hay una cortijada con ovejas, cabras, algunas vacas y grandes perros mastines. De esto vive el joven matrimonio y a Azahara le encanta esta forma de vida.

Ella, cada mañana ordeña las cabras, recoge las aceitunas, juega con sus perros, se va por los campos, corta los racimos de uvas cuando están maduras y tiende columpios para pasearse, en las ramas de los quejigos. Los fines de semana se baña en el río con sus amigos. El Río Guadalquivir ahora sí corre y sus aguas están limpias. A Azahara le gusta cultivar la amistad. Su pequeña finca, los sábados por las tardes y los domingos por las mañana siempre anda llena de amigos de los que aman y cuidan la naturaleza. Siempre se ríe en este rincón, se juega, se corre.

Azahara va cada día a la escuela del pueblo montada en su bicicleta envuelta en su abrigo azul. Todo

el mundo la quiere porque ella, además de hermosa y dulce, es muy humana. Tiene ojos chiquitos y oscuros, labios delgados y frescos frente despejada y limpia, pelo castaño y sonrisa semejante a la luz de los campos que le rodea. El signo visible que la diferencia de las otras siempre es su sonrisa. Sonríe llena en todo momento de sencillez y encanto. Desde pequeña sus padres le han inculcado el gusto por la sencillez, la limpieza de alma, el amor y el placer por las cosas bien hechas.

Está para cumplir los diecisiete años cuando un día llega a su finca, procedente del Pueblo de Cazorla, Sergio, un joven de dieciocho años. En Cazorla, al igual que en otros pueblos y ciudades del mundo, la gente ya no es feliz. Muchas cosas motivan esta infelicidad: la falta de agua,1a contaminación, el egoísmo, la materialización de la vida, la supertecnificación, la abundancia de libros, periódicos, televisión, la pérdida de una escala de valores y el sentido de la vida. Por estas fechas todas las noticias de la radio y televisión son tristes. En la gente crece el sentimiento de crisis, de fracaso, escasez de trabajo y también el vacío espiritual. En las ciudades hay muchos

desanimados y otros han perdido el sentido de la vida dándose sólo a divertirse y consumir.

No pudiendo soportar más este ambiente, Sergio huye de él para irse al campo a buscar la paz. En la finca de los padres de Azahara pide trabajo; estos se lo dan; aquí se queda. Durante mucho tiempo trabaja, es feliz. Se gana el cariño de Azahara, juegan juntos, charlan por el campo, se baña en el Guadalquivir, sueñan sueños y cantan canciones. Son felices en medio de la paz y el frescor del bosque. Conocen y saben de los problemas del pueblo de Cazorla, de las ciudades y del mundo. Les preocupan y en más de una ocasión hablan de ellos. Por la noche, el padre de Azahara dedica muchos ratos a comentar con ella las cosas que ocurrían en este rincón, en Andalucía y el resto del mundo.

- Ahora son otros tiempos; las tierras se cultivan, la gente tiene trabajo, dinero, pan. Los campos ‘están verdes y de ellos se sacan riquezas. La gente es más buena que antes. Tienen más sentido común, cultura, amor. Hemos de seguir luchando para que esto impere hasta conseguir que este rincón sea lo que tanto siempre todos hemos soñado.

-Cuánto me alegro que me haya tocado vivir tiempos tan buenos.
- Pero no todo está hecho aún.
- Claro que no está todo hecho. Es necesario que las personas corrijan su rumbo para alivio de ellas y de otros.
Comenta Sergio.
- Te doy toda la razón; vosotros no podéis permanecer indiferentes a las dificultades de toda esta gente. Tendréis que ayudarles.

Sigue exponiendo el padre. Meditan estos consejos. Trabajan en la tinca. Al llegar el verano recogen los frutos de los árboles, sacan las cosechas de la huerta, podan los manzanos, contemplan las hojas caer al llegar el otoño gozan con la lluvia regando los montes y cuando brota la primavera, se recrean en el juego de las orquídeas y el viento. Alguno de estos días, Azahara está triste. Por momentos presiente la llegada de algo nuevo pero no sabe qué es.

Cada mañana al levantarse se asoma a la puerta de su casa. Durante mucho rato se queda mirando a los árboles de la vega y al bosque de las laderas a ambos

lados de la vega. Se recree en la blancura de la nieve sobre las cumbres y en el vuelo de los buitres recortados en las nubes. Desde la llanura donde está su casa, resulta emocionante contemplar las puestas de sol al otro lado de la cumbre del Gililllo. Para Azahara no hay mayor placer que contemplar el campo, respirar su perfume y sentir su silencio. Ella cree que a través de él puede quizá descubrir lo que su alma presiente.

Se acerca la navidad. Cinco días antes, una noche nieva copiosamente. Al amanecer el Valle de la Paz las laderas y las colinas, están cubiertas de blanco. De un extremo a otro, desde las cumbres del Chillo, Cabañas, Calarillas Y Blanquillo con todo el valle, los barrancos, los bosques y las llanuras, relucen vestidos de copos inmaculados. El silencio es profundo. Azahara se despierta a las doce de la mañana, se incorpora en su cama y mira por la ventana de su habitación. El campo está blanco. Todos los robles y pinos están cubiertos por la nieve. A través del vapor de los cristales de su ventana observa la limpia capa reluciendo sobre las laderas. Un poco más arriba, de las grandes peñas, cuelgan los carámbanos de cristal. En la llanura, las ramas de los

viejos pinos, están dobladas por el peso de la nieve. Sobre la cruz de los árboles de la huerta también hay grandes puñados de nieve esponjosa como nata. En los mismos troncos de los pinos se apiñan cerrillos de copos blancos. El suelo es todo un reluciente manto de armiño. Azahara contempla todo esto muda sentada en su cama. Tiene los ojos cargados de sueño y sus sentidos entumecidos. Es un despertar muy hermoso y aunque ella conoce muchas nevadas sobre estas sierras, la de hoy es nueva, distinta, bella. Fuera hace frío y en las tinás se rebullen, nerviosas, las ovejas y las vacas. Ladra Juba y Cartujana, sus dos perros mastines y corren por la llanura quitándose el frío. Una garza real atraviesa el cielo siguiendo el curso de las aguas del Guadalquivir.

Hoy es domingo. Sergio está en la casa. No trabaja. Azahara, desde su habitación, mientras se levanta, lo siente trajinando en la sala. Reaviva las ascuas de la cocina. Junto a las llamas, Azahara se sienta y en compañía de su amigo y sus padres charla a lo largo de la mañana. Le ocurre algo y no sabe qué. Al mirar la nieve, cree encontrar en ella un signo, un mensaje. Por la tarde, después de comer, le pide a Sergio que la acompañe.

Salen de la casa. Aunque el campo está lleno de nieve, el sol luce como un día de primavera. Por la sendilla que va hasta el río, la nieve casi se ha derretido. Mientras la recorren Azahara comenta con su amigo algunos de sus sentimientos.
Llegan a la corriente. Jube y Cartujana los acompañan. Juegan con la nieve. Hoy han venido a una de las curvas más bellas del Guadalquivir a su paso por esta zona.

Es una curva rodeada de un pequeño cerrillo. En el lado izquierdo, frente al poniente hay una ladera; es la torrontera del cerrillo. El agua la horadado poco a poco y abajo, cerca del cauce, ha formado una vega ahora toda ella poblada de tarayes, juncias, juncos, tamujos y verdes fresnos. A un lado y otro del río, pegada a la linde de la huerta, crece un espeso bosque de álamos y zarzas. La corriente del agua, en esta curva, se camufla, atraviesa llanura de la vega, entre zarzas-parrilla, majoletos y algún que otro rosal silvestre. Se paran en el lado izquierdo del río, en mitad de la ladera frente al sol de la tarde. El sol, a pesar de la nieve, calienta bastante. El cielo está todo despejado, el viento en calma, aunque del lado norte, a ratos, soplan rachas frías. Para defenderse de ellas se

parapetan en unos peñascos llenos de retamas y aulagas. Sentados frente al poniente y la hermosa llanura por donde el río se aleja; hablan durante rato de mil cosas. Comentan su ilusión, comentan de los amigos que cada día vienen a verles desde los pueblos cercanos, del ambiente y las cosas que ocurren por estos pueblos. Son felices y en estos momentos la satisfacción les llena el alma. Les coima la belleza de los paisajes que les rodean, sienten en sus corazones la dulce caricia del viento y en sus almas el beso de la honda pureza de la nieve, la corriente del río y los álamos que en él se miran. Hoy los paisajes para ellos, son puro gozo. Destilan ríos de hermosura que con suavidad se les clavan en el corazón con la fuerza del fuego que quema y no da muerte. Sin embargo están intranquilos; más Azahara que Sergio. Ninguno habla de ello. Algo se les acerca y aunque lo intuyen no saben qué es.

Durante rato guardan silencio. Escuchan cerca el uno del otro el respirar del campo, saborean los sentimientos de sus corazones. La tarde se va. De pronto oyen un ruido, es extenso y ronco como el bramar de muchos motores, miran en silencio y creen descubrir que

este ruido tiene algo que ver con el miedo oculto que les corre por el alma. Su temor crece. Algo les dice que este ruido anuncia cosas diferentes de lo que hasta hoy han leído en el campo y sus corazones. El ruido aumenta, se acerca y al descubrirlo Azahara exclama:
- ¡Mira!
Señala al cielo dirección poniente. Por entre las nubes, majestuosos y titánicos, avanzan varias cuadrillas de aviones. Apenas les da tiempo observarlos cuando ya los aparatos han pasado, se van hacia el norte. El ruido es tan intenso que el cielo parece hundirse; tiemblan las ramas de los árboles, asustados revolotean los pájaros y ladran los perros allá por la llanura. También ellos tienen miedo.

Pero en unos segundos el ruido desaparece y ahora son Cartujana y Jube los que saltan por la nieve ladrando. Han levantado un ciervo y éste emprende la huída buscando la espesura del bosque dando grandes saltos por la nieve. Los mastines lo persiguen hasta que cansados paran en la loma del cerrillo. Tampoco ahora ellos hacen comentario alguno. Pasado un rato Sergio se

levanta, respira el aire que viene del río, mira a Azahara y dice:
- Te invito a dar un paseo siguiendo la corriente antes de que el sol se vaya.
- Lo acepto.
Tiende la mano, Sergio tira de ella, la levanta y caminan buscando la corriente; bajan por la ladera, saltan por encima de las rocas. La nieve aún no se ha derretido a pesar del día soleado. Sólo por algunos sitios se ve la tierra y las rocas. Hace mucho frío, según el sol cae, el frío aumenta. Llegan a la corriente. El agua juega limpia hacia la luz de la tarde. Mientras se aleja, sobre el viento va dejando su canto. Observan despacio el ir y venir de las truchas, las hojas de los árboles en los pequeños remolinos flotando, el color casi azul del líquido en los charcos más profundos, las arrugas que éste forma al pasar por entre la grava y la arena.

- Es como un niño, como una gota de vida temblando en un hilo que ni se le puede rozar.
Comenta Sergio. Azahara lo mira.
- Tienes razón; es tanta su belleza que nunca nadie podrá descifrarla. Además de un niño es un sueño como

nosotros, abrazado siempre a la tarde y al viento y en silencio manando dulzura a la par que nos vamos. Tiembla como tiemblan nuestras almas entre las manos, asustada un poco y asombrada el resto.

- Este Río, nuestro Río, cuando uno lo contempla y lo ama despacio, parece como si ya no tuviera necesidad de nada más.

- Siempre lo pensé así y sin embargo ¿por cuánto tiempo más aún seguirá limpio? Tú sabes por qué lo pregunto.

Suben un poco por la sendilla. De nuevo oyen el ruido y de pronto, de entre el monte, salen tres personas, dos hombres y una mujer. Lleno de paz Sergio los saluda.

- ¿Qué hacéis aquí?

Pregunta en tono de prepotente el hombre más bajo. Es uno de los nuevos guardas de este recién declarado Parque Natural.

- Estamos dando un paseo. Responde Sergio.

- ¿Tenéis permiso?

- Permiso ¿Para qué?

- Sin permiso especial no se puede andar por caminos. Está ordenado así y escrito lo tenéis en todos los folletos que se dan a la entrada de este Parque.

Sergio y Azahara se miran. Por sus corazones, durante unos segundos, pasan mil recuerdos y preguntas. Toda su vida en el valle, yendo y viniendo por estos campos sin más limitación que la impuesta por la naturaleza: nieve, frío, lluvia o sol. Toda su vida dueño del viento, el perfume del monte y la canción de los ríos. Entre la lluvia nacieron, crecieron y soñaron y tan fundidos están con ella que son parte de su propia alma. No hay nadie en el mundo que ame a estos montes más que ellos. ¿Quién es este hombre, de dónde sale y en nombre de quién o qué les impone tan absurda norma?

- Ningún daño estamos haciendo; sólo paseamos por el monte dejando que nuestras almas se fundan con él para hacernos misterio con sus misterios y así elevarnos hacia lo inmortal.

Argumenta Sergio.

- Eres tonto, ya te he dicho que no se puede andar fuera de los caminos señalados. Por vuestra culpa, estas dos personas que me acompañan han echado a perder el día. Ayer pagaron medio millón de pesetas para cazar en estos montes. Vuestra presencia y el ladrido de vuestros perros han espantado todos los animales de por aquí; no han podido cazar ni una sola pieza. Ya os lo he dicho, a

partir de hoy, si queréis moveros por estos campos tendréis que sacar un permiso especial.

Justo en estos momentos Jube y Cartujana aparecen por la llanura ladrando detrás de un gran jabalí. El hombre que acompaña al guarda se echa el rifle a la cara, dispara dos veces y sobre la nieve cae el mastín herido de muerte. El otro perro da un gran aullido, salta por entre las matas y se pierde ladera arriba hacia las cumbres lanzando trágicos alaridos.

- ¡Malditos perros, por su culpa he perdido medio millón y el día sin cazar ni una sola pieza!

Comenta el del rifle tan satisfecho.

Al oír el disparo y ver la muerte en forma de sangre manchando la nieve, ni Sergio ni Azahara hacen más comentarios. Corren hacia su amigo, lo abrazan, lo llaman y algo después se van hacia su vieja y hermosa casa construida entre el monte. Pisan el agua de la orilla, atraviesan los tarayes, toman el camino y cuando la noche empieza a caer regresan. Suben la cuestecilla; a lo lejos, al fondo, se ven algunas casas del pueblo. El camino, para salvar el accidente del terreno que el arroyo provoca, traza una curva, bajan y luego suben. Antes de

llegar a la casa de nuevo oyen los ruidos de los aviones. Enseguida asoman por el cielo. En estos momentos imponen más. Al ruido de sus motores se suma el destello de luces que se apagan y encienden. Ya de noche, llegan a la casa. Nada más entrar Azahara abraza a su padre llorando. No pronuncia palabra porque ni le salen ni sabe qué decir. Ha sido todo tan de repente, tan incomprensible y tan duro, que no entiende.

- Ya lo sé, hija mía. Exclama el padre

-Yo tampoco lo entiendo. Nos prohíben la vida en estas sierras a pesar de que son nuestras. Nos culpan de la destrucción del monte, de la matanza de los lobos, de los incendios y de mil fechorías y delitos, cosa que no es cierto porque nunca podremos ni atacar, ni romper lo que nos ha dado la vida y llevamos en el alma. Mas los que pagan para segar la existencia de los animales de estos bosques, que ni sienten suyos ni aman, esos sí pueden ir por donde les apetezca y sólo porque han sacado un permiso y han dando medio millón de pesetas. Luego, se llevarán nuestros ciervos, nuestros jabalíes, nuestras cabras monteses para mostrarlas, allá en las ciudades, a sus amigos y presumir de trofeos cazados en Las Sierras

de Cazorla. Es absurdo pero es así. Ellos tienen dinero y la pobreza está en nosotros aunque hayamos nacido aquí y el viento, la nieve y el rocío, sean el alma de nuestras vidas.

La noche se ha despejado. Sobre las cumbres luce la luna. Y allá por las cumbres se oyen los aullidos de Cartujana. Azahara los conoce porque los ha oído durante toda su infancia a lo largo de las frías noches de invierno. Alarmada en su alma, sale de la casita, escruta la ladera con sus miradas y llama a su amiga.

- Está herida de muerte, papá.

Comenta como si de este modo pudiera detener el temor que corre por su alma. Los aullidos brotan de la espesura del bosque. No es un sólo animal, sino varios. Los descubre. Empiezan a salir del arroyo y suben hacia el nacimiento del Guadalquivir. Primero aparece un animal grande y viejo, camina lento encabezando una manada. Se para, mira hacia el Valle, alza su cabeza, estira su cuello y emite un trágico sonido. El aullido retumba por el barranco. Al oírlo Azahara tiembla de miedo, hasta la sangre parece congelársele. Es un graznido amargo, como la soledad de los barrancos. Antes de que el primer

llanto se apague suena otro, surge de la manada que sigue al primer animal. El tembloroso eco se ensancha por el barranco. La noche se vuelve tenebrosa, gris y fría.
- ¿Qué sucede papá?
Pregunta Azahara aterrada.
- No lo sé. Nunca en mi vida he oído nada semejante; nunca vi tantos animales juntos y jamás los he sentido llorar de este modo. ¿De dónde han salido y qué anuncian?

Nadie contesta a estas preguntas. Por momentos la naturaleza se va cargando de un extraño presagio. La manada va desparramándose subiendo hacia las cumbres. Llegan a lo alto de la colina. Poco a poco se pierden tras ella. Ahora retumba en los otros barrancos. Poco después se oculta la luna, el campo se llena de sombras al tiempo que los aullidos se apagan.

Azahara, en estos momentos, se siente mal. La tristeza le asfixia, en la garganta tiene un nudo. Le duele la cabeza. Contra toda realidad se resiste creer en la muerte de sus amigos y con ellos, la pérdida de estos campos. Toda su infancia ha sido tan sueño, tan

excepcional y bello que no cree sea cierto lo ocurrido. ¿Por qué la van a echar de estos lugares y por qué la van a considerar extraña o enemiga de estos bosques? Su padre la coge del brazo y se la lleva dentro de la casa. Entran a su habitación y tumbada sobre la cama abre su diario. Repasa las páginas y en una de ellas lee:

“El agua del Guadalquivir está limpia como el cristal, el charco sereno manchado sólo por las sombras de las zarzas y las ramas de los robles. Cada día me gusta más ver este fresco chorrillo. Baja de la cueva y viene oculto entre la hierba, los juncos y las adelfas. Es una pincelada de auténtica pureza. Atraviesa cuatros piedras gordas y se extiende, nítida, por los lados de multitud de piedrecitas, llega a la arena y desde aquí cae al charco. ¡Cuánto me gusta contemplar este chorrillo! Mil veces me he sentado cerca, me he olvidado de mis juegos y de mí y quieta me he pasado las horas observando este charco. Si acaso, tras un rato largo, me he levantado, he metido mi pie en el agua y me ido de un lado para otro pisándola gustando sus cosquillas. ¡Cuántas veces me ha hecho feliz este juego y cuánto me gusta sentirla bajo mis pies y ver como siempre se

escapa! Siempre el agua me burla pero mi gozo está en comprobar cómo la corriente disfruta conmigo. Hoy, mil veces he impregnado mi cuerpo de este líquido fresquito; y qué delicioso resulta avanzar extensión adelante gozando tanto placer. He Llegado a la orilla y he vuelto para atrás; luego otra vez y otra, hasta que agotada me he ido fuera y me he tumbado en la arena, frente al sol. Me ha acariciado el viento, me han entretenido los pájaros que cantando saltaban de un lado a otro, he escrito mi nombre en la arena, he trazado castillos y tumbada

sobre la dorada playa he visto pasar el tiempo dejándome llenar del campo y la tarde. Hoy he soñado que cuando sea mayor llenaré estos campos de amigos, me bañaré con ellos en este río, recorreré las verdes llanuras de sus praderas, cogeremos moras de las zarzas, del líquido fresco de los arroyos y fuentes, beberemos; cortaremos flores en primavera, sestearemos al calor del verano, en las sombras de las encinas y estudiaremos mucho; todas las cosas que hay en los libros me las aprenderé para luego, de mayor, saber mucho y de entre todo, elegiré hasta quedarme sólo con lo que me guste. Ya lo tengo decidido: Me voy a quedar siempre aquí en estos campos. Nada me gusta ni me llena más que vivir

siempre en mis campos, junto a mi cielo azul, mi Guadalquivir, mi primavera, mi nieve y mis lluvias limpias

La noche ha avanzado. Mientras ha leído las páginas de su diario, en el corazón de la muchacha, se ha amontonado la tristeza. Sergio se le acerca. Ella tiene necesidad de desahogar su alma. Casi llorando le pregunta:

- ¿Qué pasará a partir de ahora?

- Quizás nos tengamos que ir de estos campos para siempre. Por aquí montarán campings, campamentos, bares, discotecas. Por aquí vendrá mucha gente; turismo lo llamaran ellos, y se apiñarán junto a las aguas de nuestro río. Lo ensuciarán, romperán los campos, tirarán mil papeles y bolsas de plástico, ensuciarán el silencio, llenaran de coches todos estos valles, traerán mil cazadores con bellos rifles para que maten a nuestros amigos y quién sabe cuántas cosas más planificarán y legislarán sobre estos rincones nuestros.

- Pero tú sabes que todo eso es lo que destruirán la riqueza y belleza de estos montes.

- Será lo que tú dices pero ellos siempre lo harán en nombre del progreso y con el lema de UN PARQUE PARA QUE TODOS LO DISFRUTEN.

- Aunque sea así, no lo entiendo, nunca lo entenderé. Ninguna de las personas que pisen estos campos llegarán jamás a sentirlos tan suyos como lo sentimos nosotros, nunca lo respetarán más que nosotros, nunca lo mimarán más que lo hemos mimado nosotros. ¿Por qué quieren echarnos fuera prohibiéndonos que surquemos las veredas del monte? ¿Por qué nos tratan como si fuéramos forasteros si somos de la misma tierra, casi llevamos el mismo apellido y hemos nacido en el mismo pueblo? Es absurdo que nos hieran, nos desprecien y nos ataquen para quitarnos las tierras y dárselas a los que son de ciudades lejanas. Dime tú, amigo mío ¿Por qué hacen esto?

- No lo sé ni tampoco lo entiendo. Ahora debes dormir; ya veremos mañana lo que pasa.

Y poco después Azahara se queda dormida mientras fuera aún se oyen los aullidos de su perro mastín convertido, de repente, en lobo herido y salvaje por la brutalidad de los hombres civilizados. Son los AULLIDOS DEL ÚLTIMO LOBO DE LAS SIERRAS DE ESTE SINGULAR PARQUE NATURAL.

SUEÑO DE JUVENTUD

Fragmento



La persona a la cual pertenece este escrito es real; vive en uno de los rincones más bellos de este Parque. Tiene escrito un libro, un gordísimo libro encuadernado en dos tomos titulado; SUEÑO DE JUVENTUD. Y que yo he leído muchas veces. En estos tomos recoge la historia de su vida, una hermosa pero triste vida. Después de rogarle mucho, me dejó que trascribiera el fragmento que pongo a continuación pero con la promesa, de mi parte, de no mencionar nombre alguno ni de lugares ni de personas. El ya no tiene ninguna otra ilusión que la de terminar sus días en paz

abrazado por el beso amigo de los paisajes que le rodean donde su alma ya es viento limpio para toda la eternidad.

“El veinte y ocho de noviembre, a primera hora, salgo de mi casa. En la tienda de la plaza, compro cuatro cuadernos varios bolígrafos, busco mi mochila, dentro pongo pan, queso, frutas; cargo con ella. Al pasar por la plaza me encuentro con varios conocidos; me saludan, los saludo y sigo. Salgo del pueblo, camino por la carretera; dos horas después me voy por la derecha, busco el camino que va a la casa del Valle, por él avanzo

Al caer la tarde descubro la llanura; está al este de la Casa de Piedra. Conforme me aproximo siento la emoción. Recuerdo este rincón, es mi tierra, mi patria, el paraíso de la más hermosa de cuantas criaturas he conocido, la que me enseñó la vida y cultivó mi alma para gozar de la belleza. Ella es mi pequeña hermana Grisel, la que arde perenne en lo hondo de mi alma. Según me acerco crece en mí la emoción. La llanura es la misma, verde, hermosa como en aquellas tardes. El monte ha crecido en ella, la senda está borrada, los árboles de la huerta son más grandes y más salvajes. Alrededor de los

troncos crece la hierba, los arropan los brotes. Se nota que no los han podado desde hace mucho tiempo. El arroyo sigue corriendo, también las zarzas crecen más espesas en sus orillas. En la puerta ya no está la represa, la corriente la ha cegado, ha arrasado el muro, la ha llenado de piedras, de arena. Sin embargo, la casa sigue aquí. La misteriosa casa de piedra, sigue en su sitio. Me aproximo. A cada paso hacia ella, el corazón me tiembla. No ha muerto ni la casa ni la misteriosa criatura que en ella vivió ni las horas que compartimos juntos ni mis padres. Todo está vivo, con la misma fuerza y frescura de aquellos días. Las paredes son más negras porque la lluvia ha erosionado sus piedras, la hierba crece a su alrededor y el musgo la cubre desde el tejado hasta el suelo. También la arropan los árboles, la envuelven las zarzas y la abraza la hiedra. Veo la ventana del cuarto de Grisel; está cerrada. La madera de la hoja ha perdido el color, hay un trozo roto. En un rincón las golondrinas han hecho sus nidos y en el otro la hiedra se amontona. La puerta está cerrada. Empujo, al tercer intento se abre; la cerradura está oxidada. Salta.

Al entrar percibo el olor a humedad; la oscuridad y el silencio llega hasta lo hondo de mi alma. No hay muebles, sólo sillas viejas y rotas. En la chimenea, un montón de cenizas. No hace mucho, alguien ha vivido aquí una temporada. Subo la escalera del segundo piso, busco su habitación, la puerta está abierta, entro, no hay nada. Sólo la tela de araña humedad en las paredes y silencio. La descubro despacio. Me siento triste, tengo frío, no tengo ganas de pensar en nada. Todo está aquí ante mis ojos: claro, desnudo, solitario, espantosamente real. Me gustaría haber traído conmigo otra clase de persona, con otros ánimos e ilusiones y así habría sido mejor, todo tendría otro color. Mas lo he intentado, no dejó de soñar y buscarlo en cada momento. Ahora voy a intentarlo otra vez pero por caminos nuevos. Recorro la habitación, abro la ventana, veo el cortijo allá lejos, la loma, la huerta de los granados, el arroyo, el pinar, los montes. Todo es como en aquellos días. Sigue con su silencio, exhala su perfume al viento. Lo recorreré en cuanto pueda, quizá esta misma tarde o mañana la llanura, visitaré cada rincón, cada árbol, cada arroyuelo. Ella está aquí; late en el campo, respira en el viento, juega en la corriente, sonríe en la tarde, se viste de gala en las

hojas de los árboles, duerme en el rocío, llora en la lluvia, canta con el ruiseñor Mi pequeña Grisel no ha muerto. Vive hermosa, será eterna en esta llanura, en el verde del bosque, en la soledad de la umbría, en el gris del espliego, en los arrullos de las tórtolas, en el azul del cielo. Mientras este campo viva, la lluvia caiga, haya nubes en el cielo, sombra en los barrancos, pájaros entre los pinos, ella estará aquí. La contemplará mi alma, la gozará mi corazón, la rozarán mis manos. No ha muerto, la tengo aquí conmigo, junto a mí, jugando, besando, envolviéndome con su limpia aroma, deleitándome, eterna para siempre.

Vuelvo mi cabeza. Frente a mí, la ladera de los guíscanos. Espesa, verde, húmeda, fría, oscura. No ha cambiado en nada; sólo su bosque es más alto y denso. Los árboles se apiñan fuertes. Desde mi ventana descubro las setas. Están por el suelo entre las hojas secas. Nadie los ha recogido. Bajo las escaleras, salgo fuera, encuentro una cesta vieja, la cojo, me voy a la ladera, busco los guíscanos. Hay algunos podridos por la humedad, otros comidos por los gusanos y otros bajo las hojas de los pinos. Los voy recogiendo. Dos horas más

tarde tengo la cesta casi llena. Cargo con ella, recojo le en la estancia de la casa, enciendo fuego. Cuando llega la noche me siento junto a las llamas. Me acuerdo cuando ella y mis padres estaban; las horas en esta estancia junto al calor, eran deliciosas con su cara transformada por el brillo de las llamas, su blanca sonrisa, su juego de nieve, su mirada de luz, mis padres con su cariño, el silencio del campo, la noche abrazándonos. Todo y ella era fabulosamente hermoso. Saco de mi bolsillo un trozo dé papel que de tan viejo, ya está roto, descolorido, manchado. Aquí tengo escrito el llanto con el que aquél día desahogué mi corazón:

"La persona que más quería a mí se me murió ayer tarde. A las cuatro en punto. Cuando a uno se le muere un amigo, con él se le mueren muchas cosas que antes eran bellas; cuando a uno se le muere un amigo, qué mal lo pasa. Ayer tarde el cielo estaba limpio de nubes y el sol caía suave y algo caliente sobre el jardín de estos montes. Paseaba yo por entre ellos esperando su llegada. Ya en este momento mi corazón temblaba. Mi amiga, mi hermana querida, podía morirse a las cuatro en punto. Y así fue; de una manera sencilla, nadie lo notó bajo el

cielo; creo que ni siquiera ella se dio cuenta de su muerte. No pude verla; estábamos separados en sitios distintos pero al caer la tarde toqué su mano y su mano estaba fría. Cuando la mano de un amigo ya no está caliente, cuando su sonrisa ya no es luz, cuando ya un amigo está muerto, qué extraña es la sensación que uno siente al tocar su mano.

Ahora esta mañana todo lo que me rodea llora conmigo su muerte. Todo ha cambiado así de pronto: el sol, los campos, los pinos, los arroyos, el canto de los pájaros. Todo ha muerto un poco con la muerte de mi amiga. Quizá pase mucho tiempo hasta que mi alma vuelva a tener alegría. Por eso me miro, me miro bajo el dosel dorado del cielo y levanto mis ojos ansiosos hacia Dios. Sé que en El no se pierde nada; ninguna esperanza, ninguna felicidad, ninguna lágrima. Sé que a partir de hoy van a ser muy pocas las cosas que me den alegría. Y por eso me vengo a su lado; a llorarla en sus brazos; a buscar en su presencia la alegría que ayer tarde se me murió; a buscar la vida que ya no tengo.

Y aquí, destrozado como estoy hasta lo más hondo, no la he abandonado; la he cogido y la he depositado a los pies mismos de Dios diciéndole: AQUI TIENES EL TESORO DE MI CORAZON; DEJAME QUE LA ADORE JUNTO A TI Y QUE HAGA UNA CADENA DE PERLAS PARA SU GARGANTA CON LAS LAGRIMAS DE MI DOLOR; DEJA QUE ESTE AQUI JUNTO A TI Y NO PERMITAS QUE LA OLVIDE NI UN SOLO MOMENTO. NO ME QUITES DE MIS SUEÑOS LAS PUNZADAS DE ESTA PENA, ES LO UNICO QUE ME QUEDA.

Y esto es todo. La persona que más quería, ayer tarde se me murió; pero es curioso, aunque su muerte me ha dejado roto y triste, no estoy sin esperanzas. Este dolor me ha unido más a Dios y creo que a partir de ahora ya siempre estaré abrazado a El para que nunca más se me muera nada. Mi cuerpo entero ha vibrado al contacto de lo que es intangible. Si aquí debe ser el fin, sea".

En la brasa aso las setas. Mientras se doran me acuerdo del convento. En mis estudios del evangelio descubrí un pasaje que ahora recuerdo. Es el trozo donde

Jesús dice que para orar no hace falta ni templos ni altares. En estos momentos tengo conciencia de que está junto a mí. Murmuro una oración y digo: “Ayúdame Se para que la obra que ahora sueño salga y que sea sencilla, bella, sincera. Que llegue a sus corazones y comprendan. Es el último camino que me queda, la última esperanza. Tú sabes que lo necesito. Luego, que para siempre mi cuerpo descanse en estos bosques fundido con la nieve, el silencio, las lluvias y el fino viento de las cumbres. Que nunca los humanos me arranque de este paraíso que Tú me diste. Que sea así, Señor.” Después, me duermo. Al día siguiente recorro los campos, visito a los que aún viven en el cortijo, charlo con ellos. Los campos, el monte, su hierba, sus pájaros, son los mismos pero la melodía, el lenguaje que de ellos ahora brota, no tiene acento, está quebrado, desafinado, sin color o más bien de color opaco. Sin embargo, sé que en ellos no ha cambiado nada; es dentro de mí donde se han roto las cosas. Ya no oigo con el mismo gusto, no tengo la misma sensibilidad, no hay en mí ni la misma paz ni ilusión de antes. En mi alma las heridas han encallecido, mi espíritu ya es viejo. Está mutilado.

Hay momentos en los cuales odio a todas las personas que me han rozado por el daño que me han hecho. Me gustaría castigarlas de algún modo, despreciarlas eternamente, quitarles sus riquezas, en fin, hacerles da de alguna manera por lo destrozado y roto que ellos me han dejado. No hay derecho, no hay ningún derecho hacer sufrir a las personas del modo que sufro yo. Nada en el mundo puede justificar este dolor. Mi alma está ahora rota; ya no sabe ni gustar ni ilusionarse ni soñar. Cuando una persona llega a esto, ¿en qué medida sigue viviendo?

En lo alto del monte vuelvo a rezar mi oración; también al caer la tarde, por la noche, al amanecer del día siguiente. Pasa una semana; ya tengo la idea, ya sé cómo empezar, qué decir. Sólo contaré la verdad tal como ha sido: con sencillez, claridad, ternura. Su título será: SUEÑO DE JUVENTUD. Cuando lo tenga escrito se lo daré a las personas que conozco para que lo lean y sepan quién soy, por dónde he pasado y lo que llevo dentro. Para que sepan cual es mi ilusión. Deseo que la gente conozca mi alma para que vean que no soy malo. Quizá así alguien algún día me lleve a su lado y me haga su

amigo. Es lo único que busco. No apetezco que mi libro sea un éxito, tampoco quiero ganar dinero. Sólo me mueve escribir el deseo de encontrar a alguien que me quiera, que tenga necesidad de mi cariño que ansíe mi ternura. Cuando me lean, me conocerán mejor, sabrán cual es mi necesidad, me tratarán tal como soy y merezco, comprenderán que quiero, tengo ansia de ayuda. Sabrán que soy dócil, humano que aspiro a la libertad y que busco la verdad por encima de todo. Sabrán que si me siguen arrinconando puedo suicidarme cualquier día porque soy insignificante pero llevo en mí transparencia de nieves y pureza de vientos.

Pasan diez días. Al caer la tarde me siento en la puerta de mi casa. Contemplo el arroyo, observo el sol que se oculta al otro lado del río. Vuelvo a rezar. En estos momentos deseo tener junto a mí a todos los que he conocido. Por en cima de todo, me gustaría vivir en familia con ellos en este rincón. Ahora el mundo me parece más bello, siento ganas de vivir. Quizá el libro lo consiga. Trazo el título, en una hoja aparte, para ponerlo al final, escribo:

ESTE LIBRO ES MI TESTANENTO, POR FAVOR, LEELO. VERAS QUE ES UN GRITO DE SOCORRO. TIENDEME TU MANO, TE NECESITO AMO A ESTE MUNDO, QUIERO VIVIR, DESEO CONSTRUIR ALGO BELLO, NO ME CENSURES MAS. TE JURO QUE NO SOY MALO. NO ME SIGAS IGNORANDO NI ME DEJES POR MAS TIEMPO SOLO. DAME UNA OPORTUNIDAD. ACERCATE A MI. DEJA QUE TE AME PARA QUE CONOZCAS MI ALMA. TU TANBIEN ME NECESITAS. DEJAME POR FAVOR ACERCARME A TI. Sufro, estoy solo."

FUEGO EN EL BOSQUE

¡Trozos de vida!



El camino es blanco casi como un sueño el sol cae quemándolo. Por él avanza Juan, barranco adelante. A lo lejos, por entre pinares y sombras alargadas, se ve el pueblo blanco y el Guadalquivir, algo más cerca, se desliza silencioso con su majestad de rey.

El anciano sube por el camino en dirección contraria. A sus espaldas trae un haz de leña. Se encuentran en la curva. Al ver al joven el anciano se para, suelta su leña, se sienta en el suelo y mira al muchacho.

- Ya vez qué cansado vengo.

Juan lo observa; su cara está vieja y arrugada; pero en ella se ve mucha bondad.
- ¿Para quién es la leña?
-Vivo en la casa pequeña del arroyo. Estoy solo. Recojo leña para cuando llegue el invierno. Ya estoy viejo y andan cansado, ha sido mi destino. Sin embargo, de Dios no me alejé nunca; los hombres y esta tierra, sólo me dieron desprecio, abandono e incomprensión. Si no hubiera llenado mi alma de Dios, todo habría sido un gran vacío; y la vida de cualquier humano realizada sobre el vacío ¿Qué sentido tiene?
El joven lo escucha. No entra en la conversación. Al rato se levanta, carga con su haz de ramas secas y sigue por el camino del barranco. La casita se ve entre las zarzas, junto al arroyo, cien metros más arriba. Lo mira mientras se aleja. Es hermosa su figura yéndose por el camino blanco bordado de madroñeras verdes. Desprende paz aunque su apariencia es de pequeñez, casi de algo que no existe, como pavesa apagada que el viento mueve suave y vuela ajena a todo y a todos.

Juan se sienta; no tiene prisa y como el día cae tiene menos prisa. Ayer tarde cuando, con su mochila

acuestas, comenzó a subir por el camino, sintió miedo al ver los tres hombres que le seguían. Cree que los ha despistado y por eso ahora está más tranquilo. Va a quedarse por aquí para dormir en cualquier rincón. No va a ningún sitio ni en ningún sitio le espera nadie. Recorre los montes de estas sierras llevado por una fuerza interna que le hace sentirse feliz gozando la paz, el silencio y la belleza del campo. Oye un ruido cerca. Es como el chisporrotear de lumbres. Mira a su derecha; en el suelo hay un hormiguero. Las hormigas avanzan por la sendilla trazada a través del pasto cargadas con semillas. En la puerta del hormiguero, otras retiran la paja que estorba.

De nuevo oye el ruido. Se da cuenta que viene de algo más abajo. De entre el monte, de la curva que hay más adelante. Mira despacio. Descubre humo; del otro lado del cerrillo, sale un gran chorro de humo negro. Se alza en zigzag y sube hacia el cielo azul. Se levanta y corre buscando el arroyo. Ve las llamas. Desde el arroyo cerro arriba avanzan veloces destruyendo robles, pinos y matorrales. No lo duda, corre hasta las madroñeras de la ladera. Aprisa corta dos ramas grandes, busca el fuego y con las ramas golpea sobre las llamas. Consigue apagar

un trozo pero por el otro lado las llamas se extienden por la ladera y suben. No lo advierte y en unos de los momentos en que se vuelve para atrás descubre que está rodeado. Con los golpes de las ramas las chispas han saltado y el fuego ha prendido a sus espaldas y a ambos lados. Corre y al saltar para escapar del círculo, tropieza, cae y siente enseguida que el fuego le quema su cara. Se cubre con las manos, rueda y cae hacia el arroyo. Sus ojos y su cara se han quemado y sus manos también. Siente un gran dolor. Quiere llorar, gritar, correr pero es ahora cuando se da cuenta que el fuego rodea la casita del anciano. Enseguida adivina la tragedia.

Se levanta, sube veloz arroyo arriba y grita. Las llamas vienen también del lado Sur y del poniente. Todo el arroyo ya está ardiendo con las zarzas, los pinos y los viejos robles. También arden los dos cerros que hay a los lados de la casita donde el bosque es aún más espeso. El humo, en una densa cortina que se arremolinea desde el barranco del Guadalquivir y se extiende por las oscuras laderas, se espesa al tiempo que se ensancha amenazante.

Llega a la casita y llama al anciano.

- ¡Sal fuera y corre; arderás si te quedas ahí!
Le anuncia. El anciano está escondido dentro en lo más hondo y oscuro de la estancia. Juan empuja, rompe la puerta, entra, lo busca. Al verlo acobardado le dice:
- Date prisa, el fuego ya nos rodea por completo; arderemos si tardamos en huir.
- Yo no tengo fuerzas; estoy torpe; si salgo las llamas me alcanzarán.
- Aún podemos escapar por el barranco del lado Norte. Es cuesta abajo y el fuego todavía está lejos.
- Será imposible; huye tú y sálvate. No te preocupe dejarme aquí.
- Es absurdo. Tienes que salvarte conmigo; amenos vamos a intentarlo. Una vida, tu vida no puede terminar así. Si has luchado y has resistido hasta ahora ya tienes que llegar al final y acabar dignamente; si hoy te dejas quemar, morirás sin honor y tu muerte no tendrá ningún sentido. Morir por nada no tiene valor alguno y tú sabes mejor que yo que el final importa más incluso que todo lo anterior. Ven conmigo.

Y Juan lo coge del brazo, tira de él, lo levanta, lo empuja hacia la puerta y luego sigue tirando. Las llamas

han prendido en el montón de le que hay en la puerta. También en las zarzas que rodean la casita. El viento ahora sopla fuerte y las llamas se alargan como gigantescas lenguas rojas. Del campo surge un aterrador ruido seco y monótono. El anciano cae, Juan lo levanta, ve que no puede sostenerse, se duele de la pierna derecha; comprueba que se la ha roto; se agacha junto a él, lo carga sobre sus hombros, rodea las llamas, entra en el charco y baja. Treinta metros más adelante abandona el cauce; sube por la parte de atrás, por donde ya la ladera ha ardido. Se tambalea; va sin fuerzas; al pisar la tierra ésta cede; el anciano pesa y él no tiene muchas energías. La tierra aún está caliente y sobre su superficie ha quedado una capa de pavesas negras. En lo más alto del cerro, junto a una roca achatada, se para y con cuidado lo va soltando.

- ¿Por qué lo haces?

- Eres un hermano mío.

- Pero tú no me conoces de nada.

- Estás solo y en peligro; me basta esto. Cuanto más despreciadas, dejadas y olvida des estén las personas, más necesidad tienen de cari y apoyo. Te he tendido mi

mano para que sepas que conmigo sí puedes contar. Sólo esto tengo y esto te doy.
- Y te aseguro que ello vale más que cualquier otra cosa.
En estos momentos el fuego se ha extendido a lo ancho de más de diez kilómetros. Arden los barrancos, los espesos pinares, los robledales, los arroyos y las grandes torronteras del Guadalquivir; también la casita blanca y la pequeña huerta que hay junto a ella. Las llamas, cada vez más gigantes, rugen heridas.
Por el camino empiezan a subir camiones, tractores, coches, gente.
- Tenemos que seguir huyendo. Le dice el ancianito.
- ¿Por qué?
- Si ahora llegan los guardas, la policía y demás y nos encuentran aquí, cerca de donde ha comenzado el fuego, nos culparán de ello.
- Pero los dos somos inocentes. Yo luché por apagarlo y hasta me he quemado ¿Cómo van a culparme?
- Eso es verdad pero sólo tú y yo lo sabemos. Tengo miedo y yo sé que has dado la vida por salvarme; te ha faltado poco para morir pero ahora estás vivo; no quiero verte en sus manos para que te maltraten. Tengo miedo.

Si nos quedamos, eso será lo que pasará. Tenemos que huir.

LA MONTERIA



Por la noche, cuando estoy sentado junto al fuego dando compañía a los que hacían las veces de padres de Eva, la Señora Esperanza me dice:

- Si ahora te sientes a gusto yéndote del cortijo, hazlo; por nosotros no te quedes.

Comprendo que sus palabras intentan consolarme; saben que estoy apenando; saben que al haber muerto la niña, el cortijo, la finca y la huerta, los bosques y la sierra entera dejan de ser para mí lo que han sido hasta hoy. Sin

embargo, pienso en ellos. Dejarlos solos en estos momentos es casi inhumano.
-Mas tú, necesariamente debes correr, conocer mundo; aún eres joven, tienes padres, hermanos y sueños. Debes seguir luchando hasta conseguir tus anhelos; no te quedes aquí; vete si lo deseas y no te preocupes dejarnos solos a nosotros.

Realmente estoy preocupado, confuso. Me duele que los dueños de estas fincas y sierras se hayan quedado tan indiferentes ante la muerte de Eva.
A primera hora del día siguiente, al cortijo empiezan a llegar coches. El dueño sus amigos, sus hijos.
- ¿Qué sucede hoy?
Le pregunto al padre de Eva.
- Hay una cacería.

Al saberlo me desagrada. No veo bien que al segundo día de haber muerto la niña, en estas sierras y en el cortijo donde vivía, organicen una cacería. Aunque para el dueño Eva no signifique nada, creo que debería respetar el dolor que hoy hay en sus padres. No es justo que porque sea una niña de campo y pobre, ni se le ame

ni se le respete ni se le tenga un poco de cariño. De la cacería se puede prescindir y ahora en estas sierras hay motivo para ello.

Estoy en estos pensamientos mientras veo que no dejan de llegar coches. Aparcan en la puerta y en la misma llanura de los pinos. De uno de ellos se baja un señor que enseguida reconozco; Es don Feliciano, el mandamás de todas estas sierras y el que hace y deshace según le viene en ganas sin más principios que saciar sus propios caprichos. Se me acerca y me dice:
- Hoy te voy a pagar sueldo doble.
- ¿Por qué?
- Es por la cacería. Quiero que guíes a mis amigos. Tú conoces bien estos terrenos.
No me gusta el tono en que me lo dice y tampoco me gustan sus amigos. Se cree dueño de mi libertad y ya he observado que ni siquiera respeta nuestro dolor. Y como además tampoco estoy de acuerdo con la cacería porque sé que todos ellos son ricos y montan este tinglado sólo para divertirse, le digo;
- Hoy no cuentes conmigo para este trabajo.
- ¡Hombre!

- Estoy en desacuerdo con vosotros y el espectáculo.
- Nadie te ha pedio tu opinión en el asunto; trabajas para mí; te pago; tu deber es obedecer; el resto no es asunto tuyo.
- ¡Tanto cuanto! Soy libre; nadie puede obligarme a que actué en contra de mis principios.
- Cursilerías. Te pagaré cinco mil, diez mil por sólo un día de trabajo.
- Hay cosas que no se compran con dinero.
- Déjate de filosofías baratas. Tú no estás en condiciones de exigir. Piensa bien en lo que dices y haces. Te doy mucho dinero y eso no lo puedes despreciar.
- Ese es un aspecto de la cuestión puramente material. El otro es que no quiero serviros de juguete para vuestros caprichos. Perdona si crees que te falto al respeto pareciendo un mal educado pero no lo pretendo; no quiero herir tu dignidad. Es sólo que por principios, no deseo unirme a vosotros en la cacería.

- Te puedo despedir por esto.
- Sé que puedes y te digo que si lo quieres, hazlo. Tienes el poder porque eres el dueño y posees dinero pero eso no quiere decir que tu proceder sea honesto.

- Eres un grosero. Ahora me enjuicias y esto ya no te lo permito. Estás despedido. A partir de hoy debes abandonar esta finca y no aparecer más por aquí.
Guardo silencio. Doy media vuelta; entro al cortijo, preparo mi macuto, los cuadernos, algún libro, dos piedras del río que un día encontré y cargo con todo. Salgo fuera, me abrazo a los padres de la niña.
- Nosotros sí participaremos en el trabajo de la cacería. ¡Qué remedio nos queda! Ya somos viejos y estamos cansados. ¿Si nos despide, a dónde iremos?
- No te preocupes, lo comprendo.
- Si fuera joven como lo eres tú haría exactamente lo mismo que estás haciendo. Vete en paz, no te apenes por nosotros.

Me seco las lágrimas; doy media vuelta y comienzo a caminar subiendo por la senda que va por entre el monte. Antes de alejarme, la señora Esperanza me dice:
- Si algún día tienes tiempo y te acuerdas escríbeme una carta. Como respuesta alzo mi brazo para decirle adiós. Paso por medio de los coches aparcados en la llanura, por entre los que se preparan con sus rifles y cananas. Al pasar junto al él, oigo que dice:

- Es un pobre campesino mal educado, sin cultura y además orgulloso. Estas palabras me duelen mucho. No he pretendido faltarle al respeto ni humillarlo; no he pretendido ser grosero, no soy esto, no quiero serlo. Sólo deseo ser libre y para ello no quiero identificarme con sus cosas porque no las creo justas.
Mientras subo por el arroyo, al atravesar el monte, recuerdo las mil veces que por aquí pasé y los mil juegos que la niña en estos montes tiene desparramados. Una de aquellas tardes, me decía:

- ¿Te das cuenta? Es posible gozar la vida y las cosas de una forma totalmente particular, local, regional y darle al mismo tiempo un sentido universal, elevado y eterno.
- Lo veo; me lo acabas de enseñar.
- Ojalá fueran muchos los que practicaran esta forma de gozar la vida.
- Creo como tú, que a los hombres se les llenaría el corazón de buenos sentimientos.
- Sin embargo, fíjate cómo es este mundo. Ahora que estamos vivos, nadie sabe de nuestra existencia; luego, el día que muramos, seguro que nos levantarán

monumentos, nos dedicarán poemas y nos llevarán flores a la tumba; pero ahora que vivimos somos para ellos...

Voy a responder a estas palabras cuando un pequeño pajarillo blanco, me llama la atención. Se ha parado en la rama de la adelfa del arroyo.

Lo mira y me dice:

- ¡Qué bonito es!

-Hermoso como una puesta de sol.

- Parece un gorrión.

- Sí pero los gorriones no son blancos.

- Vamos a cogerlo.

-¿Crees que le pasa algo?

- No lo sé.

Nos acercamos al espeso bosque.

Se ha camuflado por entre las ramas y no lo vemos.

- Estaba aquí.

- Sí, también yo lo he visto, estaba aquí ¿Dónde se habrá ido?

- Quizá voló.

- No lo hemos visto; además parecía como si no pudiera volar.

- ¿Estás segura?

- Sólo saltaba por la tierra.

Y en estos momentos lo vemos otra vez. Está pegado al tronco del roble tres metros más abajo.
- Voy a por él.
Le digo.
- ¡Espera!
- ¿Qué pasa?
- Mirémoslo despacio mientras está ahí ¿Viste algo tan hermoso alguna vez?
- Te aseguro que no.
-Y no es un gorrión ni tampoco un canario ni un ruiseñor es un pájaro nuevo que nunca vi por estos campos.
- Pero hermoso ¿Verdad?
- Bonito como un sueño.
- Me gustaría tenerlo en mis manos.
- ¿De dónde vendrá?
- Ni idea.

Lo miramos fijo sin movernos por miedo a que se asuste. Pía de una manera que tampoco conocemos.
- Voy a acercarme despacio a ver si me deja tocarlo.
Se mueve lentamente; enseguida el pájaro salta a otra rama y luego se pierde en la espesura del bosque. Lo buscamos rápido pero ya no lo vemos más. De pronto,

sentimos como si con la pérdida del pajarillo se nos hubiera muerto una peque ilusión.

Unos días después, volvimos al rincón. Miramos por entre las ramas con la esperanza de volver a ver tan bello y extraño pajarillo. Y lo que descubrimos es un nido de palomas torcaces en el mismo roble donde el pájaro se refugió. Cogemos los pichones, nos los llevamos al cortijo y los criamos. Crecen y por la casa, en todo momento andan sueltos; van y vienen de un lado para otro. Aunque puede volar y marcharse a los campos con las otras palomas, no lo hacen. Siempre andan sueltos de acá para allá sin irse. Evarina les coge mucho canijo. Van con ella por todos los sitios y si camina a prisa, ellos también lo hacen, si se para, ellos se paran, si los llama para que se vengan a su lado, llenas de mansedumbre, las palomas se acercan y se quedan con ella. Además, la niña de vez en cuando les pide que vuelen hasta el cerro de enfrente o la llanura del río. Las aves, como si comprendieran y quisiera hacer feliz a la niña, trazan sus vuelos y luego vuelven siempre a las manos de Eva.

Nos alegramos de la mansedumbre de estas palomas y un día y otro jugamos con ellas por todos los rincones de nuestra querida sierra. Somos felices y hasta creemos que no hay nada más bello en todo el mundo. Las palomas están con nosotros pero son libres y esto nos da mucho gozo. Un día, estamos sentados en el cerrillo que hay por detrás del cortijo. Contemplamos la llanura por donde se aleja el Gran Guadalquivir y somos felices viendo a las palomas por el río de un cerro a otro. De pronto, en uno de sus vuelos, suben hasta lo más alto de la cordillera. Se nos pierden por entre los árboles y en un buen rato no las vemos. La niña las llamas y mira hacia la loma esperando verlas asomar. Pero en estos momentos oímos disparos de escopetas y entonces ella se asusta. Las llama desesperada una vez y otra y las palomas no aparecen. En estos momentos, me acuerdo que el dueño Feliciano con sus amigos, hoy está de caza por la finca y anda por la dirección en que las palomas han desaparecido. Se lo digo a la niña y al caer en la cuanta de la tragedia, su alma se llena de amarga tristeza. Llora apenada y a lo largo de muchos días, recuerda una vez y otra, el desagradable final de sus palomas.

Ahora esta tarde, cuando ya me alejo de este rincón, al cruzar el arroyo, me doy cuanta que el monte ha crecido mucho por aquí. La pequeña senda que sube por el río, está casi tapada por las sabinas, los pinos y el romero. Cuanto más me adentro hacia el arroyo más la vegetación se espesa. Años atrás, por aquí se podía caminar cómodamente. Ahora la hierba y el monte ha crecido y ha cerrado el camino hasta cubrirlo y hacerlo intransitable.

Pero hoy al pasar, veo el roble donde encontramos el nido con los dos pichones de torcaces y el pajarillo se escondía. No se ha secado, sino que sigue tan joven y verde como aquél día. ¡Qué curioso es este roble! A pesar de estar tronchado y caído desde hace mucho tiempo, permanece verde un día y otro y no parece dar seriales de marchitarse jamás. Lo de este árbol realmente es extraño. Hasta parece un misterio. Unos así después de lo del pajarillo y los pichones, antes de empezar la primavera, atravesamos estos campos y fuimos hasta donde construían el camino para que los coches llegaran al cortijo. Era al poniente al otro lado del río junto al arroyo grande. Allí nos quedamos con los que trabajaban en el camino, viendo empujar las rocas. Y aquella tarde

intentaron arrastrar una gran roca desde la ladera del cerro hasta lo hondo del barranco. Cogieron unas cadenas gruesas, amarraron la piedra y tiraban de ella con un tractor.

Viendo esta operación estábamos aquella tarde cuando empezó a tronar El cielo se había cubierto de nubes todas negras y los truenos empezaron a zumbar. Enseguida comenzó a llover reciamente y sin pensarlo mucho, nos refugiamos en lo primero que vimos y lo primero fue una espesa encina algo baja y redonda. Varios de los hombres hicieron igual; abandonaron la roca y corrieron acurrucándose junto a nosotros. Las ramas de la encina eran espesas como para aguantar aquel raro chaparrón pero desde luego fue al principio. A los diez minutos de la lluvia, la encina dejaba pasar tanta agua que daba igual estar bajo ella o al intemperie. Sin embargo, allí nos quedamos todo el rato arropados con una lona y a los quince minutos contemplamos, llenos de curiosidad, la gran tromba de agua que empezó a bajar por el arroyo. Era espectacular. Como la lluvia había caído con tantos ímpetus el agua se deslizó rápidamente por la ladera y llenó a tope todos los regajos.

- No sé cómo podremos irnos de aquí. Comenté a los hombres al observar que el arroyo crecía y crecía por momentos.

- Esto se pasa enseguida.

Nos dijeron ellos y así fue; ni siquiera media hora más duró el cielo nublado. Cesaron los truenos y también unos minutos más tarde empezó a desinflarse la corriente del arroyo.

Sin embargo, los hombres suspendieron la tarea de la roca. Todo el campo se había convertido en barrizal y ahora el tractor patinaba. Y como precisamente el interés para nuestra presencia allí, estaba en la aventura de la roca, en cuento esto se quedó parado, nos despedimos de ellos y nos fuimos. Cruzamos el río por el puente y luego atravesamos la llanura en busca del cortijo. Íbamos recorriendo los últimos tramos de la llanura y nos acercábamos a los robles del arroyo donde, entre todos, destacaba por su majestuosidad, el de los pichones. Antes de llegar a él, nos azotó una fuerte ráfaga de viento que subía desde el río arroyo arriba hacia la cumbre. Eran

las últimas cenizas de la tormenta que acababa de pasar. Pero aquella ráfaga de viento nos dio un susto de órdago:

Justo cuando llegaba a la altura de los robles, el nuestro, el de los pichones y el pajarillo, crujió, se retorció y lo vimos partirse por la mitad. La parte seccionada, el viento la empujó y fue a caer al barranco del arroyo. El tronco se quedó metido dentro de la corriente en un charco redondo y las copas apuntando hacia la colina que hay al otro lado del río. Al principio, contemplamos el fenómeno un poco asombrados. Había sido un espectáculo salvaje que no esperábamos y esto nos sorprendió; pero al rato empezamos a sentir pena. Ya le teníamos un gran cariño al pequeño bosque de robles junto al arroyo. En verano daban una sombra fresquísima y en invierno, ver la lluvia caer sobre ellos, era extraordinariamente bello.

Cruzamos cerca del roble roto; lo miramos y seguimos hasta la casa. Los dos hicimos gran cantidad de comentarios y no dejamos de estar extra por el cambio que se había producido en el rincón. Pasó el tiempo, un mes, tres meses, un a y más y el trozo de árbol de unos

doce metros de largo, no perdía lozanía ni se marchitaba. Todo lo contrario: Cada día que pasaba estaba más verde y joven a pesar de estar totalmente separado de sus raíces. En cambio, el tronco que tenía las raíces, sí se secó y poco a poco se iba pudriendo. Pero además de esto, en aquél pequeño bosque de robles, sucedió algo que nos desconcertó por completo: Aquella misma primavera se marchité totalmente el mejor de los robles del bosque; el que estaba cerca del que fue roto por la racha de viento. Era un roble alto, verde, recio y frondoso y sin embargo, se marchitó.

Dos semanas más tarde del día de la tormenta, sus hojas, empezaron a ponerse amarillas y veinte días después estaba totalmente seco. A Eva, este fenómeno le llamó mucho la intención y desde aquel día, siempre que pasábamos por allí, nos parábamos a observar tanto un árbol como otro. Nos parecía imposible que el roble tronchado siguiera teniendo tanta vida sin ningunas raíces y en cambio el otro, el lozano y de raíces gordas estuviera tan seco. Aquello nos llamó tanto la atención que ahora ya, pasado el tiempo, hasta teníamos miedo que por fin un día se secara. Después de tantos días tronchado no

queríamos que se marchitara. Tenía que seguir verde para siempre; era como una necesidad; como la demostración de algo y por eso nos preocupaba que cualquier día de aquellos amaneciera lacio y seco.

Sin embargo, pasó el tiempo y el trozo de roble no se pudría. Y de esta imagen hasta habíamos sacado conclusiones morales:
- Es como si nos dijera que las personas más sanas, las que tienen muchas raíces por donde les puede llegar la vida a raudales y por lo tanto, muchos medios para vivir y poseer todo, pueden ser, sin embargo, las más prontas a morir y perderse para siempre. En cambio, esas otras sin nada; sin amor, sin casa, sin dinero, sin amigos, sin influencia ni raíces, parecen como si fueran capaces de permanecer en la vida para siempre. Lo que ha ocurrido en estos robles es algo así de raro. Me decía Eva.

Y era cierto. Aquél roble, el que permanecía con sus raíces clavado en la tierra y sin embargo se secaba y se moría, no tenía para nosotros, ningún motivo ni explicación aparente para que se marchitara de aquella manera. Con ser el más fuerte y el más robusto, se moría

como el más pobre; era el menos atractivo y por donde la vida al pasar, ya no creaba ni belleza ni esperanza ni expectación. Y en cambio el otro; el que estaba tronchado junto a las aguas del arroyo, sí rebosaba de misterio y encanto. Con estar separado de sus raíces y de la tierra, era el que poseía la vida con toda su riqueza y esplendor y como estaba apuntando hacia las cumbres, casi quería decir que por allí amanecería un nuevo mundo.

Ahora esta tarde, al pasar por el rincón de los robles, una vez más lo he visto verde, lozano y lleno de paz como en aquellos días. Sigo subiendo por la senda en dirección al pueblo de Cazorla. En lo alto de la loma, al final de la curva me paro un rato. Echo una mirada a las tierras que voy a dejar atrás. El cortijo, la llanura, la huerta, el río, la loma; todo se queda aquí. De nuevo me despido y ahora sí es para siempre. Se me caen las lágrimas, me ahoga la tristeza. Quiero más a esta finca que su propio dueño y la explicación es la siguiente: El la ama no por lo que de belleza hay en ella, sino como un objeto que le pertenece porque la ha comprado con dinero y así lo dicen los papeles. Yo la amo porque me he criado aquí, porque desde pequeño he respirado el olor de sus

flores, del monte y de la hierba y ahora mi alma está acostumbrada a esta belleza. Estos campos y sus silencios forman un mismo corazón con mi corazón y en simbiosis perfecta estamos unidos al Creador del mundo. Por esto, estas sierras hoy son mucho más mías que de quien las ha comprado con dinero. Pasado un rato sigo. No puedo hacer nada para cambiar el curso de las cosas.

FRAGIL COMO UN SUEÑO



Fue en el centro del gran Valle; donde el Guadalquivir se remansa antes de morir en su pantano azul. En el ambiente empezó a crece el suspense. Mas bien parecía como si algo bueno y esperado desde mucho tiempo, estuviera a punto de llegar. Una paz dulce y transparente era el estado de ánimo que con fuerza se hacía presente. Poco a poco la luz natural fue disminuyendo y el Valle, corazón de la Sierra de Cazorla y el Parque Natural, fue quedando en penumbra. La tonalidad iba de marrón a gris celeste.

Sobre las dos de la tarde, a unos doscientos metros de la multitud, un haz de rayos luminosos, comenzó a surgir. Entre la multitud y los rayos había un

cerrillo y de la hondonada de éste y la colina, surgía la luz. Algo así como si el monte ardiera alrededor de ellos, en forma de media luna. Todos se fijaron en el fenómeno y observaron como el haz luminoso se orientaba hacia la izquierda. Y en estos momentos otro fenómeno captó la atención de todos los allí presentes. Los rayos se proyectaban sobre la misma penumbra del vacío y aquí comenzaron a verse maravillosas imágenes llenas de vida y color. Como si fuera en cine pero con dimensiones más grandes. Las imágenes eran gigantescas y aparecía con la misma exactitud que en la realidad. Sus relieves, sus colores, su frío, su calor y su belleza, empezaron a sobrecoger a la multitud. Ellos, cada uno de los que formaban el grupo, empezaron a convencerse de que allí se les estaba mostrando la herencia que al final de los tiempos, les había tocado en suerte. El murmullo entre ellos era grande; las imágenes cada vez más aparecían cargadas de vida. Pasó un rato y poco a poco la iluminación fue disminuyendo. Las imágenes seguían apareciendo pero ya, lo central del mensaje, había sido revelado. Los cachorros humanos empezaron a irse hacia el cerro de donde manaban las imágenes. Los otros los

cachorrillos humanos, se fueron hacia el río; Nerea o la Naturaleza amiga, iba mezclados entre ellos.

Llegaron a una pequeña llanura y ahora vieron que las figuras surgían alrededor de ellos; como en un corral encerrándolos en el centro. Todavía, durante un rato más, los Cachorrillos siguieron poseídos por la convicción de respetar lo que estaban viendo. Hasta que de pronto uno dijo:

- Nos están engañando. Esto que nos rodea sólo son tablas pintadas. Por lo tanto, no pueden darnos lo que esperamos.

- Sí, es cierto.

- Arremetamos contra ellas y ya veréis.

Y todos se agacharon; cogieron piedras, palos, arena y formando gran escándalo, se lanzaron contra lo que veían. Y cierto: Ellos creyeron que eran tablas y esto resultó. Las piedras que lanzaron contra las tablas rebotaron y el ruido retumbó en todo el valle. Las imágenes se fueron rompiendo y entonces los Cachorrillos humanos se animaron y siguieron gritando:

- ¡Veis como eran pinturas!

- Nos han estado engañando desde siempre.
- Es una mentira.

Nerea, o la Naturaleza amiga, había permanecido muda y cuando los vio rebelarse decidió irse de ellos. Anduvo hacia el cerro buscando el río y pronto se liberó del círculo. Desde lo alto del monte les habló y les dijo:

- No debéis rebelaros, el error que estáis cometiendo es grave y puede caer sobre vosotros.
- Es una tontería.
- ¿De quién aprendisteis semejante comportamientos?
- De nuestros padres y también de nuestros mayores. Nunca ellos nos engañan
- Pues yo os digo que sí estáis destruyendo vuestro propio bien.

Los Cachorrillos les escucharon pero no le hicieron caso. Nerea se agachó y cogió del suelo una piña. Desmenuzó su cáscara y vio que su corazón era de un metal brillante. Alzó sus ojos hacia el horizonte, con voz que los Cachorrillos no habían oído nunca ni entendían, llamó a Sel, el alma de los ríos, los bosques y las nubes. Sopló un gran viento; desde el lado Sur, un hombre alto, joven y muy hermoso, se acerca a Nerea. En cuanto lo vio

lo reconoció. Era él, el que tenía que venir. La multitud de Cachorros, Cachorrillos y los padres de estos, lo rodean como si de un dios se tratara. Sel, comienza a hablar y, a uno por uno, les va indicando la propiedad que les ha correspondido.

- ¿Debido a qué, nos da esta porción? Le preguntan los Cachorrillos, los Cachorros y los Padres.

- Es lo que vosotros os habéis ganado para la eternidad. Es vuestra riqueza sin límites de tiempo.

La multitud guarda silencio y uno a uno va tomando posesión de lo suyo. Sel mira a Nerea, se acerca a ella, le pone la mano sobre el hombro y extendiendo la vista al horizonte, le dice:

- Lo tuyo es todo lo que ves ahí.

La multitud mira y al ver sólo una extensión de terreno y por detrás un resplandor como si amareciera, a coro todos dicen:

- Pues no es tanto; los que en su vida por la tierra fueron buenos y practicaron la bondad, decían que en el futuro serían poseedores de grandes riquezas.

- Y así es; cuando se acerque y entre dentro, descubrirá lo que a vosotros se os está prohibido ver.

Nerea se retira de Sel. Empieza a caminar río arriba hacia las tierras que ahora le corresponden. Saca una flauta de su bolsillo y comienza a soplar en ella. Surge la misteriosa melodía y Azor, el Hombre Adulto, Padre de los Cachorros humanos, al oír las notas se estremece de emoción. Desde lo más hondo de su alma pide a Sel que le deje venir a este lugar. Se va caminando por la orilla del río y al verlo Sel, le sale a su encuentro. Lo recibe con el mismo cariño que siempre le había profesado. En cuanto está a su lado, Azor le pregunta:

- ¿Por qué ahora Nerea se va sin mí?
- Tú eres el que te quedas; ella quiere llevarte consigo.
- ¿Por qué soy yo el que me quedo?
- No estás en la verdad.
- ¿Qué me pasa?
- Tienes miedo, eres egoísta, estás encerrado en ti.

Al oír esto Azor coge a Sel del brazo y lleno de confianza le pregunta:

- ¿Tú sabes entonces por qué se me desvaneció Tony, por qué te fuiste Tú y por qué ahora me abandona Nerea de este modo? Siento que la vida se me escapa de las manos sin dejarme la felicidad que le pedí.

- Pues la causa está en ti; en tu alma; en tu mundo interno. Recuerda que te lo explicó un día Nerea. Ahora mismo estás lleno de confusión y miedo. Sin darte cuenta casi has querido ser dios y esto te ha ido disminuyendo y empobreciendo hasta ponerte en contra tuya, gran parte del universo. Ahora tienes miedo y es lo peor de todo. El miedo paraliza, acorvada, aleja la luz de la mente. En ti está la causa de tu mal y tú solo puedes ayudarte.

Al oír esto Azor se aparta de Sel. Busca la orilla del río, se sienta en la hierba y refugiando su cabeza entre las manos comienza a llorar. Sel al verlo, se va hacia él, acaricia sus cabellos y le dice:

- No te entristezcas Azor, aún hay esperanzas para el futuro; tú no te entristezcas. Dime qué deseas.

- Quiero seguir a Nerea; quiero irme a su lado y ser amigo de ella para siempre.

- ¿Lo deseas en serio? ¿Quieres atravesar la Puerta y entrar al futuro soñado?

- Con toda mi alma; ahora sé que si me quedo y ella se va, una vez más volveré a sentirme fracasado para toda la eternidad; ya no tendré ninguna probabilidad jamás de vida.

- Y si la sigues, si te haces amiga de ella, ¿No temes lo que puedan decir tus amigos, tus Cachorros y todos los que de tu especie, llenan las ciudades? ¿Te sientes capaz de vencer las cosas que te amarran?
- Por una vez, quiero imponerme sobre todo. Ahora ya no me importa lo que ellos digan o piensen. Deseo irme tras lo que mi corazón apetece; deseo arrancar de raíz el miedo de mi alma. ¿Dónde está la felicidad sino en ser yo mismo y seguir en libertad, los dictados de mi corazón? No me cierres más las puertas del futuro, deja que alcance mi sueño.

- Ahora razonas con fundamento y por esto te digo que sí empiezas a ser tú mismo. Te concedo lo que me pides. Ve tras Nerea y abrázala; une tu corazón al suyo y seguid vuestro destino. Entrad en la libertad y el gozo de ser vosotros mismos.
Cuando oye estas palabras Azor, se llena de gozo. Mira hacia las Tierras por donde Nerea se aleja. Alza su mano y la llama. Nerea se vuelve y al verlo correr hacia ella deja de tocar la flauta. Camina a su encuentro y se junta bajo los bosques de robles; le da la mano y los dos siguen

caminando atravesando el campo con sus corazones llenos de gozo.

El silencio llena los paisajes. Cantan los pajarillos y el viento mueve el oscuro bosque del río.

- ¿Hacia dónde me llevas?

Pregunta Azor, el Hombre Adulto.

- Hacia la vida.

Contesta Nerea, la Naturaleza Amiga.

- ¿Me respondes a una pregunta?

- Formúlala.

- ¿Por qué hasta hoy no he podido encontrar la felicidad que desde siglos vengo soñando?

- Porque siempre has vivido según los deseos de tu egoísmo, el placer y la materia. Esto no es bueno. Te voy a decir que la vida de los Humanos, el bien y el mal, es frágil como un sueño. Fácilmente se quiebra para siempre y es lo que a ti te ha pasado muchas veces. Por ir a prisa, no supiste escoger bien y ahora ya muchas cosas se te han ido de las manos para siempre.

- Aunque sea así, yo he amado sinceramente.

- No es suficiente. Tras esto que acabas de decirme, muchos se refugian y te digo que no es suficiente para entrar en la felicidad.

LA ANCIANITA DE LOS OJOS AZULES



La ancianita comprendió que era el final y que todos ahora esperaban unas palabras de ella. Sin titubear, se levantó y directamente comenzó a hablar diciendo:

- ¿Cómo expresaros, cómo deciros, cómo encerrar en palabras breves y bellas, todo lo que ahora siente mi corazón? Nada sería más sencillo y bello, en este momento, que poder abrir i alma ante vuestros ojos para que vierais lo que ahí dentro tengo. Esto es lo que ahora anhelo con todas mis fuerzas y lo que me produciría la mayor satisfacción. Porque. Aunque llenara de libros este mundo, con ello sólo habría dicho una peque parte de todo lo que siento y veo ahora. Por eso acepto, una vez más, que todo se hunda y muera en

el silencio de los siglos y nadie sepa nunca una palabra de ese fuego que, en vida, ha quemado mi alma. Mas hay algo que sí puedo sacar a la luz, aunque torpemente, y meterlo en palabras para que lo conozcáis por si acaso os sirve de consuelo algún día.

Detrás del cortijo de Monte Claro, mirando al sur, hay una ladera toda tupida de árboles. Árboles con ramas recias en forma de un cielo de nubes pequeñas y grandes. En invierno crecía el musgo en sus troncos con tanta abundancia y tan largo que las ramas se fundían con él dando la impresión de que el mismo tronco era tan frondoso o más que las copas redondas. Cuando pequeña, cuando todavía no había llegado la guerra y apenas conocía este suelo, cuando todo lo que para mí existía eran aquellos campos con su sol, sus nubes, sus ríos y sus montañas en aquella ladera pasaba largos ratos, en los días de lluvia oscuros, viendo temblar en las hojas, las gotas transparentes del rocío. Me divertían los pequeños arroyuelos bajando, primero por los troncos de los árboles y saltando después por las piedras, las lastras y la hierba. Nunca allí había otro ruido sino el de la lluvia y el viento y en ocasiones, ni siquiera éste. Nada más que

el cielo azul y la ladera con su asombrosa visión verde y tranquila.
Todo los días al llegar la primavera, ocurría un fenómeno que me llenaba de alegría y me divertía hermosamente. Primero aparecían en el cielo cuatro o cinco palomas torcaces y luego se llenaban los montes y los cerros junto al río, los robles de las umbrías, los pinos de la llanura y las espesuras verdes y frondosas de la hermosa ladera. En mis largos paseos llenos de paz, juegos y sueño ponerse el sol en las tardes de primavera, subía hasta la ladera verde, en busca de las palomas. Y ellas al yerme nunca se espantaban. Siempre me las encontraba paradas en las ramas con las alas huecas o la cabeza, a veces, entre las plumas. Algunas dormían en las ramas del mismo tronco y con mis manos podía cogerlas. Se estaban quietas que las acariciara, que las pusiera en mis manos o simplemente que las cambiara de un sitio a otro.

Aquél juego era delicioso y nunca me pareció ni extraño ni raro. Mi alma de niña contemplaba aquello como lo más normal. Igual de sencillo y simple que la hierba creciendo, el rocío sobre el campo y las flores titilando en los montes al rayar el día. Mis pequeñas olas

llenos de placer, se embelesaban, se dormían y se derramaban dulces contemplando la belleza de aquellas aves. Pasaron los días y me hice mayor y las palomas cada primavera acudían al bosque llenándome de gozo horas y horas con sus vuelos y sus arrullos. Después de casarme y cuando ya Andrés andaba, una y otra vez subía al vergel de aquella ladera para jugar con ellas al caer las tardes y en medio del imponente silencio.

Al estallar la guerra, me vine de aquellos campos y años después volví a ellos en varias ocasiones. Entre otras muchas cosas, de lo que más me acordaba era del bosque verde y las bandadas de palomas; y en mi alma siempre que me acercaba a aquel rincón, no deseaba otra cosa sino volver de nuevo a tener en mis manos y acariciar con mis dedos aquellas palomas. Y ocurrió que ni una tarde más pude gozar del espectáculo que tanto me había divertido cuando niña.

Ahora ya de mayor, antes de llegar al rincón verde, me descubrían y asustadas, remontaban vuelo cielo adelante hasta las nubes y luego se iban a lo más alto de la colina. Ni que decir tengo la pena que aquello me daba.

Yo siempre las había amado; siempre las recordaba en mi corazón como a mis mejores amigas; mas ellas, al yerme ahora, me huían, se asustaban de mí, no me reconocían ni se fiaban de mis intenciones ¿Qué era lo que se había roto y por qué se habían tornado tan ariscas?

La explicación era sencilla: En la guerra y después de ella, en más de una ocasión, muchos hombres recorrieron aquellos campos con escopetas y lazos cazando todo lo que encontraban y allí mismo, junto al río, encendían lumbres y en sus brasas asaban las carnes de aquellas palomas. Ahora, cuando yo quise volver a aquel rincón, deseaba que las palomas, al yerme, se estuvieran quietas y se dejaran acariciar por mí como en los tiempos pasados. Pero ahora parecía como si este rincón se riera de mí. Cada vez que me acercaba a él, antes de llegar, las palomas se iban y hasta los árboles estaban menos verdes, tenían los troncos más pelados y las ramas más lejos del suelo".

La ancianita interrumpió aquí su relato y como nosotros queríamos saber cuál fue el final de aquellas palomas, le preguntamos:

- ¿llegaste a comprender por qué te huían a ti siendo como habías sido su amiga?
- La única explicación seria que he encontrado es que yo también había perdido mi inocencia primitiva. Hasta la naturaleza ahora lo sabía y de alguna manera me lo echaba en cara negándome lo mejor, lo más dulce, lo más elevado de ella misma.
- ¿Y cuál crees tú que es el camino de retorno para volver otra ver a la limpieza del alma y a la amistad con nosotros mismos?
- Hoy estoy convencida que todas las guerras, todos los odios, todos los temores y los amores, dolores y gozos del mundo, no están en ningún otro lugar sino dentro de nosotros. Por aquí tendríamos que empezar a poner las cosas en paz.
Ahora esta tarde, siento que me voy y siento que ya no puedo hacer nada para arreglar ninguna cosa. Lo único que puedo es lo que hice otras veces: Pediros que vosotros sí penséis en ellos, en los niños que ahora habitan nuestro mundo. Lo único importante, lo único que realmente les hará mucho bien, es que procuréis que sus almas se mantengan siempre en la inocencia primitivas de las cosas; que se mantengan siempre en armonía con la

naturaleza y en sintonía con el universo. Si lográis esto, veréis como son felices y saben sonreír y amar; veréis como son capaces, al fin, de vivir juntas razas y naciones.

Ya conocéis el camino y sabéis que es muy fácil; sólo basta con que vosotros respetéis, al menos si no podéis amar, a la naturaleza y todo cuanto de hermosura y belleza ha plantado Dios en ella. Respetarla y amarla un poquito y veréis como ella os devuelve su sonrisa y os hace personas más limpias, bondadosas y amables. De aquí aprenderán vuestros hijos y es muy probable que dentro de un tiempo, ellos sí sepan amar en serio y sean felices con auténtica felicidad.

Esto es todo. Cuando el hombre vuelva sus ojos hacia el campo y amen las flores, la música de sus arroyos y el perfume de las tardes de primavera, las palomas volverán a posarse en las manos de los niños y éstos, las contemplarán con sus ojos limpios y jugaran con ellas y todo volverá a la paz y armonía primitiva de aquellos tiempos.

La ancianita cerró sus ojos. Notamos que poco a poco se apagaba.

Nos pusimos junto a ella, como si con nuestro calor la quisiéramos retener un rato más y fue en estos momentos cuando recordamos el gran relato de su vida. Nos lo había contado tantas y tantas veces, que casi nos lo sabíamos de memoria: "Estaba nublado, las sombras de la tarde y de las nubes cubrían los montes y el cortijo. Un poco antes había llovido. Ahora la niebla llenaba los barrancos y las cumbres. Era navidad o por lo menos el viento y la nieve que por él iba, eso era lo que parecía anunciar. El, antes de llegar, ve la puerta. Nuestro cortijo siempre ha estado abierto. Sin llamar, entra. Estoy sentada junto al fuego y al verlo exclamo:

- ¡Tú!

Corro y lo abrazo. Mutuamente nos llenamos de dulzura y cosas extrañas.

- ¿A qué estas carreras con tu abrazo y tu gozo?

Me dice.

- ¡No sabes el deseo que tengo de ti! Está nublado el cielo; la tarde es triste y hace frío.

Le digo y él me responde:

- Sí, es todo tan bonito y a la vez tan misterioso. ¿Estás sola?
- ¿Sabes lo de nuestro hijo Andrés?
- ¿Qué ha pasado?
- En el incendio del otro, día le alcanzaron las llamas; se lo llevaron a la ciudad; está en el hospital.
Al oírlo me abraza y durante un rato llora; luego dice:
- ¿Y mamá?
- En la cama.
- ¿Duerme la siesta?
- No; parece enferma.
- ¿Qué le pasa?
- No lo sé.
- ¿Puedo verla?
- Sí, entra.
Anda hacia la puerta y la abraza. Al hacerlo noto que el barro y el agua del campo también están dentro.
- ¡Qué triste es todo hoy, qué triste aunque por momentos da gusto sentir esta tristeza!
Por la rendija que la puerta de la habitación ha dejado al abrirse, se ve la cama. En ella está mamá. Sus ojos nos miran. Buscan sol y cariño.

- Mamá, ¿puedo pasar?

- Sí.

Dice blancamente con su cabeza.

Amándola desde el otro lado del tiempo, se acerca. La mira, lo mira.

Tiene sus manos entre las sábanas; no las mueve; no le dice nada. Guarda silencio. Por su cara parece pasar la lluvia, la nieve, el viento.

- Mamá ¿Qué tienes hoy?

- No lo sé, quizá es un catarro; puede que no sea nada.

- ¿Has visto qué día hace?

- ¡Ella es tan pequeña! ¿Vamos a dejarla sola?

- Eso digo yo, mamá.

- ¿Hace viento fuera?

- Mucho.

- ¡Quién me diría a mí que esta vida es eso: Nada!

- Tengo que decirte que este cortijo es extraño hoy ¿Eres feliz en él?

- ¡Qué más da la casa!

- Quizá todo es un sueño el día que llueve o el campo mojado.

- Hasta por mi ventana entra el olor de los pinos.

- Son mis pinos mamá, nuestros pinos, la nieve blanca. Pero dime ¿Qué te pasa hoy?
- ¡Quién pudiera decirlo! Puede ser el deseo de ser toda alma.
- Tú eres tan buena, tan hermosa, tan callada...
- Algún día tenía que acabar lo que nunca es nada.
-Y ojalá, mamá, que nos amemos siempre
y que siempre seamos nieve blanca.
- Acércate; soy tan buena como tú dices.
- ¿Me dejas que te dé un beso?
-Sí y además debes saber que también te quiero.
- Hoy estás más guapa que nunca.
Y ella se levanta sobre la cama
y lo abraza. Sobre su pecho llora.
Los dos tienen mucho que decirse pero lo esencial, lo más hermoso, se lo dicen así, durmiendo en el pecho el uno sobre el otro.

- ¡Qué pavesa somos en el universo!
- No te entiendo, mamá.
- Es igual porque es hermoso pasar por el, sólo sembrado flores; cantando alegre; mirando el azul del cielo; haciendo puro lo que no lo es y amándonos a raudales.

- ¡Oh mamá! ¿Quién te ha dicho a ti eso?
- ¡Qué más da ahora! Sólo ya es importante contemplar la tarde y sentir el arroyo correr.
- Porque todo es breve ¿verdad mamá?
- Y nada queda después de todo.
- ¡Oh, quiero llorar pero en tus brazos mamá, mientras se va la tarde!
¿La dejas que venga conmigo?
- ¿Dónde vas?
- Sólo a dar un paseo; está casi nevando.
- Llévala. Tú eres bueno; tú la quieres.
Se agacha hacia ella y besa su mano. Arropa su brazo y entonces dice:
- ¡Animo mamá, todo pasa; quedarnos en las cosas no podemos; hay que seguir porque el tiempo avanza! Todo se pudre menos eso: Tú alma, su alma y mi alma.
- Espera un momento.
Le digo y entro para mi habitación.
Avanza por la cocina.
- Ya no volveré más.
Le dice.
- Es igual; adiós.

Responde mamá. En el campo sigue lloviendo; todo es semi oscuro, perfumado de eterno.
Salgo del cuarto, me mira y dice:
- ¿A dónde vas tan guapa?
- Contigo.
Me ofrece su brazo y me agarro a él. Salimos al campo. El viento frío y la niebla blanca me acercan a él. Nos baña a los dos de lluvia invisible y prados de luz.
- ¡Qué frío hace!
- Hoy sí es verdad. ¿A dónde vamos?
-Sólo a hacer real lo que es sueño y por su belleza quedará eterno.
Avanzamos por el campo hacia la colina. A cien pasos está el arroyo.
Todo son pinos, niebla, monte, viento.
- Mira lo que sale por mi boca.
Le digo; me mira, expulso mi aliento y al mezclarse con el frío se hace nube de incienso.
- Parecen ríos de nieve que volando van al cielo. Es bonito, muy bonito.
- Yo diría que son ríos de humo, en mi alma llevo fuego.
- Todo es eso y algo más; el día y tú lo hace.
-Pero ¿oyes pasar el tiempo?

- Yo sí lo siento; parece como si sólo faltara un hililllo. . 3amás me sentí tan feliz ni más lleno.
Pequeños caños de cristal gotean por las rocas. Al caer a los arroyos cantan dulcemente.
- Para que te hagas nota en este silencio, para eso te traigo por estos cerros.
- Ya comprendo; no importa no ir a ningún sitio.
- Nada.

- Sólo caminar por la tarde dando un paseo, sentirnos blancos entre la niebla y sentirnos uno casi en el cielo; sólo esto importa, porque todo ello nos hace buenos. ¿Quién a su paso por esta tierra se tropezó en este suelo, con algo que le dirá tanto, en tan poco y tan perfecto?
- No lo sé.
- Quizá somos únicos; por eso hoy te llevo por entre la lluvia blanca.
- Pero todo es sueño.
- Aunque así fuera, no puede serlo. ¡Todo es tanto y tan bello! Cae la lluvia, es invierno, está llegando la navidad. Los montes son arroyuelos que llevan perfume y luz por los mares de mi pecho.

Formando ángulo recto, torcemos en el arroyo. Frente a nosotros está la fuente de los caños de viento. Sólo hay barro, lluvia y algo inmenso.
- Es como en aquellos días llenos. ¿Te acuerdas?
- Sí, como en aquellos días cuando éramos pequeños. Cuánto hemos corrido por estas praderas, cuánto y qué bello.
De nuevo torcemos a la izquierda. El agua del arroyo corre en la misma dirección que nosotros; por entre las piedras y la sombra.
- ¡Qué frío tengo; ahora sí tengo frío!
- Ya no llegó a casa.
- ¿Por qué?
- Sólo quería verte y abrazarla a ella. Me esperan en la guerra.
- Pues dame un beso pero antes dime ¿Es cierto que no se puede hacer nada?
- Nada. Ha llegado el momento. Aunque nos duela, hay que aceptarlo y quererlo.
- ¿Qué serán, cuando hayan pasado veinte siglos, estos cerros?
- Quizá sólo sean olas esmaltadas de nieve y fuego; aunque eso no nos toca a nosotros.

- Es verdad; pero dime ¿No es todo pureza y aunque da miedo, sabe a eterno y además es bello? Casi parece un sueño que va sobre la aurora besando al viento.
- Y qué bien volar sobre las nubes y rozar el cielo; qué gozo sentir el frío cuando la tarde cae y todo es inmenso. Estamos abrazados ¿No oyes su aliento? Parecen campanillas blancas y aunque es misterio no es nada de eso. A partir de ahora, de este momento, ya la materia empieza a pudrir a la humanidad y sólo queda lo bello: Tu amor, mi amor, tu sueño y mi sueño Es el fin y el comienzo. Adiós; volveré si puedo.
Acerca su cara a mí; al hacerlo, tropieza con la bufanda. Saco mi mano del bolsillo y tiro de ella hasta la mitad del pecho.

- Adiós y no hablemos más; te espero. Le digo con otro beso sobre su mano que tiembla. Lo sigo con mis ojos. Se pierde en el monte. La lluvia sigue cayendo. Es tarde. Poco después, se tiñe de negro el cielo. Ya lejos, se vuelve y me dice:
- Mas la aurora será blanca y allí, con ella, los dos estaremos abrazados para siempre y dueños del tiempo. ¡FELIZ NAVIDAD Y AHORA, DESDE DENTRO!
Fueron sus últimas palabras; después, no he vuelto a verlo."

PEDRO, EL AGUILA SIN PAIS

Pedro era un águila muy bonita. Vivía con sus hermanos en un hermoso nido. Un día, una tormenta derribó árboles, monte y rocas. Ellos, con su nido, cayeron a la corriente. Los hermanos de Pedro murieron ahogados pero él, como era más fuerte, saltando sobre los maderos que flotaban, nadó y llegó muy lejos. Unas selvas que nunca había visto. En realidad, Pedro había visto pocas cosas porque a él aún no le habían nacido las plumas. Su cuerpo sólo estaba cubierto de pelusillas blancas.



Con muchas fatigas se movió por aquellos campos de acá para allá. Comió semillas y algún bicho. Tras varios días sumergido en su soledad llegó a un rincón

donde había muchos animales de todas clases. Justo en este momento ellos celebraban una reunión. Así es que se los encontró a todos sentados escribiendo y dando discursos en el centro de una verde llanura donde un bosque de árboles proyectaba sus sombras. Se acercó. Iba sediento de compañía, necesitaba hablar. Tenía todo el cuerpo roto.

- Un visitante extraño se acerca. Dijo el lagarto que hacía guardia allá en lo alto del peñasco.

- ¿Quién es?

Pregunta el que se erguía rey en aquella reunión.

- No sé; creo que es de otro país. Entonces todos dejaron su reunión y se pusieron a mirar hacia el camino. Por él se acercaba Pedro. Lo reciben con solemnidad pero todos guardan silencio. Ya rodeado de ellos dijo:

- Busco a mis padres y hermanos ¿Los habéis visto?

- No sabemos quién eres ni de dónde vienes.

Esperaba una acogida cari y hasta llegó a pensar que su dolor iba a desaparecer bajo las atenciones de ellos. Comprobó con asombro lo contrario. El era pegue y aquellas cosas las desconocía. No sabía qué hacer. Pasó un rato y todos los de la reunión se fueron yendo si más

palabras. Pedro se sintió tan triste que hasta lágrimas cayeron de sus ojos.

- ¿Quién me ha robado mi nido y mis padres?

Poco después se hizo de noche. Estaba cansado. Allí mismo, tras unas matas, se quedó dormido. Cuando despertó ya el sol lucía iluminando el verdor de aquellos campos. No tenia fuerzas para ir a ningún sitio. Renqueando se movió un poco y comió berros de los arroyos. Luego solitario caminó todo el día. Al caer la tarde vio a unas ranas que tomaban el sol encima de unas piedras.

- Por favor, ¿Podéis ayudarme?

Ellas se rieron y zambulléndose en el agua se alejaron mucho. Descansó un rato y luego siguió. "¿Les que no hay nadie que quiera ayudarme?" Se decía y de verdad se encontraba muy solo. Todos aquellos animales vivían su vida sin preocuparse de él en absoluto. Lo más que hacían, cuando lo veían pasar, era reírse de él y despreciarlo. Le decían que era feo, raro y torpe.

- ¿Qué culpa tengo yo? Contestaba Pedro. Pasaron muchos días. Una tarde, andaba solitario hacia otro de los rincones de aquellos campos, cuando, de

pronto, cayó a un hoyo. Era una especie como de trampa difícil de escapar de ella. Al verse preso en aquel lugar, gritó pidiendo auxilio. Nadie acudió. Pasó mucho rato y tras intentar desesperadamente salir de allí, quedó agotado. Se preguntaba una y otra vez a qué mundo pertenecía y qué clases de seres le rodeaban. ¿Por qué tienen que ocurrirme todas estas cosas a mí?”

Pasó la noche en el fondo del barranco. Al día siguiente de nuevo siguió gritando. Por suerte, sus voces llegaron a oídos de unos patos que por allí pasaban.

- Vayamos a ver qué es.

Y en una bandada graciosa volaron hasta el lugar. Al borde del barranco se pararon y dijeron:

- ¡Ah, mirad nuestra pelona águila!

- Misericordia amigos, sacadme de aquí.

- ¡Bah! Eres fea y pobre: no mereces que te ayudemos: lo mejor será que te alejes de nosotros cuanto más mejor.

- Pero ¿Cómo y a dónde?

- Eso no nos toca a nosotros, fea águila. Recibe lo que mereces.

Y entonces comenzaron a arrojarle piedras, tierra y monte.

- ¡Piedad de mí, no lo hagáis; nada malo os hice!

Pero no hicieron caso a las súplicas de Pedro. Para ellos, aquello era divertido. Mas sucedió que alguien vino en su ayuda. En el cielo apareció un águila gigante. Su sombra llenó los campos y todos se murieron de susto.
- ¡Mirad, huyamos!
Arrancaron en vuelo veloces y en poco rato se perdieron lejos. Pedro estaba perplejo; miraba al cielo y en él, majestuosa, su compañera se mecía tranzando bellos círculos. Sintió enormes deseos de ser como ella. Y precisamente este sentimiento le dio fuerzas para salir del agujero. Con mucho cuidado fue poniendo sus pies sobre la torrontera y poco a poco lo conseguía. Rato después por fin había salido. Su misteriosa amiga ya no estaba.
- ¡Oh qué feliz me siento ahora; cuánto daría por se igual a ese pájaro que he vistos!
Decía esto porque no sabía lo que dentro de si él. Mismo guardaba. Eh su desgraciada pequeñez la única cosa que había aprendido era a sufrir. y como todos lo despreciaban, jamás se le había ocurrido compararse a ellos y menos aún sentirse superior.

Siguió andando. Se tropezó con muchos animales. A todos pidió ayuda pero ellos o se reían de él o no le hacían caso. Un día, después de mucho caminar, llegó a un lugar donde los animales formaban un gran poblado. Al igual que otras veces les pidió que le ayudaran. Lo que hicieron fue cogerlo preso y lo encerraron en un corral. Lloró mucho su triste suerte. ¿De qué modo escaparía de allí? Y de lograrlo, si toda su vida seguía tal como hasta aquel día. ¿Merecía la pena seguir luchando? Desgraciada desdicha la que sobre él estaba germinando.

Unos días más tarde, en aquél lugar se celebraba una fiesta. Este día había un atractivo distinto. Por votación de todo el pueblo, se acordó que Pedro fuera el personaje central de aquella fiesta. Pero el caso es que el personaje que debía encarnar era cruel y salvaje.

Con grandes ilusiones se preparó la fiesta. A las cinco de la tarde fue la inauguración oficial. Se le puso en escena. En el corral grande se soltó un carnero. Este animal tenía unos enormes cuernos y era fiero como un león hambriento. Para que luchara con él se soltó a Pedro. Las paredes eran tan altas que ninguno podía

escapar. Muchísimos animales salvajes animaban el combate. Con furia el carnero embistió y Pedro saltó a un lado, luego a otro. De pronto resbaló, cayó al suelo y al ir a levantarse fue atropellado, alzado por los aires y luego sobre la tierra dio un gran golpe. Cejó el carnero para atrás y embistió nuevamente. A Pedro se le abrieron dos ojazos enormes. El dolor que sufrió en la primera derrota le despertó con un miedo grande. Al ver a su enemigo de nuevo corriendo en su busca, se le congelaba el aliento. Se levantó y dando un gran Balto se quedó enganchado en el cuello del carnero. Rabioso clavó sus garras y pico en las carnes del fiero animal. El carnero berreaba, saltaba y loco buscaba escapar. No lo conseguía. Los espectadores aplaudieron felices aunque algo disgustado. Deseaban la derrota de Pedro.

Poco después el carnero cayó al suelo sangrando, completamente sin fuerzas. Pedro estaba loco. Era la primera vez que en su vida había luchado con animales a los cuales él desde siempre sentía amigos suyos. Había derramado sangre, había matado. Claro que a él le habían obligado pero aún así, el remordimiento, la angustia o no sabía qué, le quemaba en el pecho. ¿Por

qué, naturaleza amiga, soy tan desgraciado sin haber hecho daño a nadie?” Se le nubló la vista y le pareció que a vengar la muerte de aquel animal, venían mil monstruos surgiendo desde todos los rincones del espacio que le rodeaba. Corrió, corrió fuera de sí y -luego cayó al suelo. Cuando despertó habían pasado varios días.

Creyó que aun estaba rodeado de animales en aquel corral. Pero no; dos o tres gaviotas lo miraban dulcemente.

- ¿Qué ha sucedido?

- Después de lo que pasó aquella tarde te trajimos a nuestro nido y aquí te cuidamos.

Agradeció aquellas atenciones. Pasaron más días e iba creciendo lleno de paz y fuerza. Una mañana en un paseo, se alejó mucho. Sin saberlo, se acercó hasta el pueblo y de pronto, varios le reconocieron.

- Mirad quién es.

Pensó que ahora ya sí le iban a tomar como a un amigo. Pero ocurrió que fueron juntándose muchos. Lo rodearon y comenzaron a gritar:

- Matémosle, está estorbando entre nosotros.

Sobre la cabeza de Pedro cayeron varios palos y entonces no tuvo más remedio que correr. Corrió mucho y por todos los sitios le perseguían. Fueron rodeándole en una roca. Hasta lo más alto subió. Lo perseguían y ya casi le echaban mano cuando saltó. Y ocurrió algo que nunca jamás había esperado. Para sostenerse en el aire abrió las alas; como las plumas le habían crecido no sólo les sujetaron por encima de ellos sino que les remontaba y remontaba por entre las nubes hacia el cielo azul.

- ¡Oh, mirad, es un milagro!

Decían asombrados. El águila también asombrada se alejaba planeando sobre el valle. Contempló la belleza de la Tierra y la pequeñez de aquellos que la poblaban.

- ¡Qué grande es todo, y pensar que se creían más que yo sólo porque tienen un agujerito para dormir y un trozo de tierra para jugar!

- VUELVE, SOMOS TUS AMIGOS.

Pero ahora era otro. Estaba loco de contento. Volaba libre de cadenas y dueño de su propia libertad. Una felicidad inmensa le asfixiaba.

LA ARDILLA SOLITARIA

Al caer la tarde, la abuelita se sentó junto a la cama de la niña y le dijo:

- En la Sierra de las Cuatro Villas, vivía un niño que todos conocían con el nombre de Moisés. A nadie en este mundo le gustará tanto la naturaleza como a él. Era amigo de una ardilla que fue protagonista de una bella historia. ¿Quieres oírla?

-Sí abuelita; he oído tantas cosas de Moisés, que aun sin conocerlo, ya lo quiero. Dime ¿Qué pasó?

- Me gusta que digas eso; ahora escucha lo que ocurrió. Estaba un día Moisés junto al pantano y sintió algunos ruidos entre las ramas de los pinos.

- ¿Quién anda por ahí?

- Soy yo.

Contesta una voz aguda y débil.

- ¿Quién eres tú?

- Pino Verde, la ardilla más vieja del bosque.

- ¿Y qué te pasa a ti, Pino Verde?

- Me he roto una patita cuando intentaba saltar a ese otro pino que hay sobre las rocas. No puedo andar porque me duele mucho, y además, hace varios días que no como,

me duele la barriga. Tengo hambre, por favor, ¿Puedes ayudarme?

- Sí, voy ahora mismo.

Le responde Moisés. Y sin pensarlo dos veces comienza a subir por el tronco del pino. Llega a lo más alto de la copa que es donde está la ardilla. Aparta unas ramas y la coge con su mano.

- Ya está. Ahora bajaré hasta el suelo y lo primero que haré será buscar piñas verdes para que comas.

En el pequeño agujero de las mismas rocas donde crecen los pinos, pone la ardilla. Con hojas secas de pino y retama le hace un nido bien abrigado; la acuesta en él y luego le trae muchas piñas verdes.

- Gracias Moisés.

Le dice la ardilla.

- De nada; para mí es un placer ayudarte y estar contigo.

- Ya estoy tan vieja que casi no puedo hacer nada.

- Pero curarás pronto; ya verás. La primavera está a punto de estallar y con las flores y el calorcito del sol, la sangre de tu cuerpo se llenará de fuerza. De nuevo volverás a subir por los pinos y corretearás este bosque de un extremo a otro.

- Dios te oiga, porque ¿si tú supieras lo que yo he sido de joven? No había ardilla que me ganara a saltar por los pinos ni a correr por las rocas. Nadie me ganó a ser la mejor mamá del mundo; he tenido por lo menos quinientos hijos y a todos los he criado felices y llenos de amor.

- Eso está muy bien, hermana Pino Verde pero ahora debes descansar. Duerme tranquila aquí en tu nido que yo vendré todos los días a visitarte y te traeré piñas verdes. Desde hoy tienes a un nuevo amigo. Me esperan en la escuela, hasta mañana.

Pero todo el mundo sabe en la sierra que Moisés no volvió a ver más a la vieja ardilla. Aquella noche cuando el niño dormía, se declaró un gran incendio en el bosque. Acudieron los de Icona y apagaron el fuego; sin embargo, el cerro y los pinos donde Moisés había dejado a Pino Verde, ardió totalmente. La vieja ardilla la encontraron en el cerro, junto a la roca pero toda quemada. A su lado había otras ardillas amigas de la primera; eran sus hijos que acudieron a verla y a todos les cogió el fuego allí juntos. Todos murieron y Moisés, lo único que pudo hacer, fue enterrarlas al día siguiente, allí

mismo, bajo el tronco quemado del pino de la roca. Aquí cesó el relato de la abuelita. La niña le había escuchado atenta. Al final sólo dijo:

- En cuanto esté bien, hablaré con todos los alcaldes de los pueblos. No quiero que haya más incendios en estos bosques.

EL MONSTRUO



Algo después de salir el sol Mary Carmen deja su casa; baja por la calle, llega a la carretera y camina por ella dirección al Pueblo Segura de la Sierra. En la misma dirección va mucha gente. Todos salen de La Puerta de Segura y van al mismo lugar: Al barranco junto al puente cinco kilómetros más arriba. Aquí hoy se celebra una gran fiesta. Los habitantes de varios pueblos de este valle, se van ajuntar por fin para crear un lazo de unión entre ellos a fin de ser, a partir de hoy, siempre amigos entre sí.

Mary-Carmen tiene nueve a y también va a celebrar este día; la acompaña su hermano mayor. Ambos llevan una pequeña bolsa y en ella alimentos para comer luego junto a las aguas del Río Trujala, entre los

pinos, con los demás. Es rubia, bajita, de cara redonda y rosada y aunque es todavía muy joven, su inteligencia ya está muy desarrollada. Sin embargo, desde hace mucho tiempo, ella está enfadada con un vecino suyo que es algo mayor. Siempre que la ve quiere hacer las paces, quiere jugar con t y quiere por fin ya, no sentirse más rechazado Pero Mary-Carmen, a pesar de ser una criatura buena, sigue sin querer ser amiga de su vecino.

Tengo que decir que el Pueblo de la Puerta de Segura, está enclavado en la misma entrada del gran Valle también con el mismo nombre. La Sierra de Segura se encuentra al comienzo de otra gran sierra que se llama Cazorla. Entre ambas sierras está el Pantano del Tranco. El hernioso Valle de Segura se encuentra en el centro de la sierras rodeado de cerros sembrados de pinos ríos, arroyos, rocas gigantes y muchos pueblos. Para mí, este rincón es uno de los más bellos de España aunque son pocas las personas que aún lo conoce. También son pocas las personas que conocen las leyendas e historias de estos lugares cuajados de bosques verdes y éstos repletos de ciervos, cabras monteses, ardillas y jabalíes.

En esta mañana de primavera la gente avanza por los caminos hacia el centro del Valle. Otros como Mary Carmen y su hermano, suben Río Guadalimar arriba. Todos van al mismo sitio. Al puente de la carretera en el Río Trujala donde se celebra la fiesta. Unos y otros, mientras avanzan por los senderos, hablan del gran monstruo. El misterioso y gigantesco monstruo que vive en estos bosques desde hace ya mucho tiempo.

- Como aparezca hoy, seguro que estropeará la fiesta.

Comentan dos hombres que caminan delante de los niños. Mary-Carmen no está preocupada por lo del monstruo. Mientras camina va charlando con su hermano; le cuenta la aventura de la nieve hace unos días:

- Subimos hasta el Pueblo de Hornos; allí nos quedamos un rato jugando, bebimos agua en el río y algo después llegamos a lo más alto del monte, donde ya cerca nace el Río

Madera. Por aquí nos paramos y como había mucha nieve por entre la espesura de los pinos, corrimos por ella, hicimos bolas, trazamos pequeñas pistas de esquí y al final construimos un muí de nieve. Nos tumbamos junto a él y luego saltamos por los peñascos todos cubiertos de

nieve. Buscamos níscalos, descubrimos un refugio de ramas secas y al caer la tarde, emprendimos el camino de regreso. Fue un día lleno de alegría y repleto de encanto. Era una tarde llena de sol, sin nubes en el cielo y el viento ni siquiera estaba frío. Daba gusto pasear por el bosque respirar el olor de los pinos, tocar sus ramas y teniendo como fondo el ruido de las corrientes de los arroyuelos al saltar por las rocas.

- Otro día cuando vayáis tengo que ir con Vosotros.
- Sí, puedes venir; ya verás qué bien te lo vas a pasar y seguro que iremos muchas veces.
Mientras comenta la aventura de esta pequeña excursión llegan al lugar donde se va a celebrar la fiesta. Al dar una curva la carretera ven el puente sobre el río. Junto a al cauce, la gente ya está acampando. Sobre la hierba se sientan. Cerca de los árboles, pegados a sus troncos, ponen la comida y todos se preparan para ver el comienzo de la gran fiesta.

Bajando de Segura de la Sierra, aparece un muchacho joven. Corre por la carretera y da voces diciendo:

- ¡El Monstruo está por aquí cerca pero la fiesta tiene que celebrarse! Estad todos tranquilos que yo vigilaré; en cuanto lo vea os avisaré con grandes voces.
La gente lo escucha y acepta lo que les propone. Por detrás del joven se alza un gran monte llamado Sombrero con 733m. Más arriba, entre el Pueblo de Orcera y Segura de la Sierra, se alza otro monte aún más alto. Es Peña con 1412m. Sobre sus cumbres hay nubes blancas. Todas las laderas están llenas de hermosos y espesos bosques de pinos de la especie llamada laricio, que es la que más abunda en la zona de Segura de la Sierra. De aquí de este monte y de los otros cercanos: Vicable y Picarzo bajan los ciervos hasta los valles cercanos a pastar y a beber en los ríos. .Justo ahora cuando Mary-Carmen y su hermano pasan por el puente ven una manada de estos animales.
- ¡Mira qué bonito!
Exclama ella.
- Sí pero no grites para que no se espanten.
Ambos se paran un poco más arriba del puente y mudos y quietos contemplan. la manada. Los animales han bajado del monte, se acercan al río y beben en la corriente. Algunos chapotean por el agua; despacio y sin estar

asustados salen luego del río, se van hacia la espesura de los pinos y poco a poco se pierden ladera arriba.

- De estos animales lo que más me gusta es su gran nobleza y paz. Ya han llegado a cogernos confianza y no se asustan. Ojalá siempre todas las personas de estos pueblos los respeten tanto como hasta hoy los hemos respetado y querido.

Sobre el tronco de un pino, pegado a la carretera, un hombre canta tocando su guitarra. Es joven y también ha venido a la fiesta. Ya lo está celebrando con sus cantos. El mismo se ha nombrado recibidor oficial de las personas que van llegando. Canta canciones preciosas que nadie conoce y las cuerdas de su guitarra desgranan dulces notas. La niña y su hermano se han parado y escuchan atentos al que canta cuando hasta ellos se acerca un vecino con el cual ella no quiere hablarse. No hay ningún motivo para que Mary-Carmen tenga que estar enfadada con este muchacho pero el caso es que no quiere ser su amiga. Ni le habla y además, en cuanto puede se aparta de él y lo deja sin su aprecio. Pedro, que así se llama, se le acerca, los saluda y dirigiéndose a la niña le dice:

- Te propongo una cosa.
- ¿Qué me propones?
- Ir a la casa vieja que hay junto al río, en la curva de la carretera. Aún la fiesta va a tardar; tenemos tiempo de ir hasta la casa, verla, jugar por allí y luego volver.

- ¿Qué hay allí en la casa para que tengamos que ir a verla?
- La están derribando. Dicen que desde hace algún tiempo, por las noches ocurren cosas raras y dicen que esto es debido a esos oscuros, viejos y antiguos muros de piedra con los que estaba construida. Han venido unos extranjeros y la han comprado pero antes de habitarla, la van a derribar y construirla toda de nuevo. Podemos ir para verla por última vez. Cuando pase algún tiempo ya la vieja casa no será la misma. ¿Qué te parece?
- Que yo no voy.
- ¿Por qué?
- No tengo ganas de andar. Vete tú solo o en todo caso si mi hermano quiere que te acompañe.
- ¿Vas a quedarte sola?
- No pasa nada.
- Si viene el monstruo ¿Quién te defiende?

- Yo sé correr.
- Pero es que yo quiero estar a tu lado para cuidarte. No deseo que te pase nada.
- No me pasará nada.
- De todos modos, si tú te quedas yo también me quedo.
- Pues ya sabes que no te necesito.
Justo en este momento oyen voces. Es el muchacho encargado de avisar en caso de que el extraño monstruo se presente.

- ¡Viene, que viene! Grita fuerte desde el montes más alto. La gente, al oírlo, huye confusa. Algunos trepan por los troncos de los árboles, otros se suben en los peñascos y otros se aplastan junto a los muros del puente. Pedro, en cuanto oye las voces, coge a Mary Carmen del brazo, tira de ella y se la lleva a unas rocas que hay entre los pinos. Aquí, en una pequeña cueva, le pide que se esconda y le recomienda que no se mueva. Su amigo se aplasta y a los dos minutos como siente que Pedro se ha quedado a su lado para protegerla, le dice:
- Si tú quieres puedes irte; no me hace falta tu ayuda para defenderme del monstruo.
-Ya te he dicho que no te dejaré sin mi protección.

- Eres un tonto y un pesado. Quiero que te vayas de mi lado.

Y al decirle esto le empuja hacia fuera de la cueva. Pedro pierde el equilibrio, pisa en la tierra de la pequeña torrontera y como ésta se resbala, rueda por el suelo y después de varios tumbos, cae en un charco. No dice nada; no se enfada contra la niña no pierde la paz. Despacio se levanta, sacude el agua y el barro que se ha quedado pegado en sus ropas; la mira; no le recrimina nada ni la desprecia. Anda un poco hacia la carretera, se sienta sobre la hierba mirando frente a la curva donde su pequeña amiga está.

Pasa un rato; el sol ya está a media altura en el cielo; no hace viento ninguno. Sobre los campos se mueven suaves las florecillas de la hierba. Todo el campo, junto al río, por las laderas de los cerros y por las llanuras, anda tapizado de multitud de florecillas en todos los colores. Sobre ellas vuelan las mariposas y en las zarzas de los arroyos trinan los ruiseñores. La corriente del agua deja su música de fondo al saltar por las rocas y bajar limpia cauce abajo.

El monstruo que el joven ha anunciado no se ha presentado. Ha pasado un largo rato y como la gente se ha cansado de esperar, se olvidan de él y comienzan a salir de sus refugios. También Mary-Carmen y su hermano; dejan la cueva y por una sendilla que se alarga pegada a la corriente del río, caminan hacia el puente para unirse a la gente que por aquí hay. Pedro la mira y en su alma siente el deseo de estar junto a su amiga para jugar con ella y verla feliz. Ahora su corazón se ha puesto triste. Sigue sentado sobre la hierba al sol de la mañana. El sol comienza a oscurecerse. De pronto y sin más, la luz del sol comienza a desaparecer. La oscuridad desciende desde el Sur, baja por la ladera del Yelmo, el gran monte con más de 1809 m. Los que esperan, comienzan a sorprenderse.

- ¿Qué sucede?

Preguntan inquietos unos y otros.

- Es un eclipse.

- No, son nubes de lluvia; es una tormenta. Va a comenzar a llover.

- pero si el cielo está limpio de nubes ¿Cómo puede ser una tormenta?

- ¿Pues qué será?
Y asustados, unos y otros, se mueven por la carretera en todas las direcciones. Pedro se ha ido hacia la niña la coge de la mano y le dice:
- Ven, refugiémonos tras las rocas.
- ¡Déjame!
Da un gran tirón y se escapa de las manos del niño. En estos momentos se oye un estruendoso ruido. La tierra comienza a temblar; la gente se asusta; corren por la carretera y se alejan buscando el pueblo. De la ladera del Monte Sombrero y también del Yelmo, ruedan grandes bloques de rocas; bajan formando un ruido espantoso. Tronchan árboles, arrollan montes y despeña rocas. Cuando caen al barranco, sus golpes suenan como explosiones. La gente está cada vez más aterrada; no sabe ni lo que sucede ni en qué va acabar.
De pronto, se oye un gran grito.
- ¡Socorro!
Es Mary-Carmen. Grita fuerte pidiendo ayuda. Pedro la oye y corre a su encuentro. No se ve nada; no sabe dónde está; se guía sólo por los gritos. Salta por la torrontera, atraviesa varios charcos, aparta las ramas del monte y la busca.

- ¡Mary-Carmen!

Grita llamándola.

- ¡Socorro, sálvame Pedro!

En una peque curva del río, junto a los árboles de la ladera, por la sendilla, la ve.

- ¡Es el monstruo!

Exclama aterrado y en efecto: subiendo río arriba, desde el puente hacia el monte, por la sendilla, avanza una figura rara, grande y fuerte. Parece un hombre pero desnudo cubierto de espesos pelos por todo el cuerpo, los brazos, los pies y la cabeza. Sube lento cuesta adelante y lleva en sus brazos a la niña.

- No temas que te salvaré.

Le dice Pedro para darle ánimo al tiempo que corre. Alcanza al monstruo se le pone delante cortándole el paso por la senda y con una voz fuerte y valiente le grita:

- ¡Suéltala ahora mismo!

El monstruo detiene su paso, pone a la niña delante, mira lentamente a Pedro y abriendo, la boca con voz, grave y fuerte, pregunta:

- ¿Tú quién eres?

- Soy su amigo.

- ¿Por qué me pides que la deje?
- Porque a ella no debes hacerle día ninguno; es pequeña; es la más buena de todas y yo la quiero mucho.
- ¿De verdad la quieres?
- Sí, ya te lo he dicho; suéltala ahora mismo.
Y a estas órdenes el monstruo abre sus brazos y deja en liberta a la pequeña. Corre hacia Pedro, lo abraza y le pide que se la lleve de allí. Pero justo ahora el monstruo vuelve a hablar y dirigiéndose a Pedro le dice:
- La he dejado libre porque tú me lo has pedido; yo no quería hacerle ningún daño; la he cogido sólo con el deseo de tener compañía. Ya estoy muy viejo; quizá cualquier día de estos me muera solo allá entre la espesura del monte. Quisiera tener el cariño de alguien pero nunca lo he conseguido. Siempre los humanos me buscan para matarme o para cogerme y encerrarme en jaulas. Hoy tenía más necesidad que nunca de compañía si embargo, dejo en libertad a esta niña para que tú te la lleves. Si eres su amigo no quiero quitártela; te quedarías tan solo como yo; tú la has salvado.

Y diciendo estas palabras el monstruo comienza a andar; avanza por la sendilla, cruza los árboles, atraviesa

el río y luego se adentra en los pinares buscando las laderas del Yelmo. Los niños lo miran durante un rato; ya no están asustados. Quisieran seguir hablando con este monstruo y preguntarle quién es, por qué está solo y por qué vive en este lugar; no les da tiempo. El monstruo se ha ido antes que le puedan preguntar más cosas.

Comienza a salir el sol; el campo se llena de luz y la gente empieza a moverse preguntándose por lo ocurrido. Todos rodean a los niños los miran, le preguntan, los tocan. Ellos no quieren decir nada. Mary-Carmen coge la mano de Pedro y le dice:

- Llevarme a mi casa ¿Quieres?

- Si; yo también quiero irme al pueblo. Vámonos.

Y los tres comienzan a andar cruzando por entre la multitud. Toman la carretera, olvidándose de la fiesta y mientras se van hacia el pueblo, hablan de lo ocurrido:

- Debimos preguntarle quién era.

- Volveremos otro día y subiremos al Yelmo en su busca.

- Sí, será estupendo volverlo a ver, saber dónde vive y hacernos amigo de él.

- Los hombres de estos pueblos le tienen miedo pero nosotros hemos visto que no es malo.

- Tenemos que volver.

Y así, mientras hablan de todo esto, llegan al pueblo. Ahora ya son amigos; se sienten unidos de verdad y lo curiosos que ni se acuerdan de la enemistad que existía entre ellos antes. En cuento llegan a sus casas, cuentan lo ocurrido. Al día siguiente y al otro, en el Pueblo de la Puerta de Segura, sólo se habla de esto.

EL SUEÑO DEL NIÑO



El chiquillo se puso a subir por la estrecha sendilla. Deseaba descubrir lo más alto del monte. Desde que estaba aquí, dos semanas, le había intrigado la espesura gris en lo lato de la gigantesca cordillera y las rocas clavadas en ella. Hoy hacía frío, mucho frío. La cuadrilla de aceituneros estaba en la ladera junto al arroyo grande. En silencio cada uno se afanaba en su trabajo; los hombres vareaban y sobre los fardos iban cayendo las aceitunas. Las mujeres, en su mayoría jóvenes, la recogían del suelo y otro grupo de hombres las transportaban a las cribas. El suelo estaba mojado y el barro se pegaba en los zapatos, manos y rodillas. La noche anterior había llovido mucho.

El grupo de chiquillos, hermanos e hijos de los que recogen las aceitunas, juegan por el arroyo. Han saltado la corriente y siguiendo el curso del agua, se van hacia el arroyo más grande que viene de la gran cordillera; el que baja del cerro redondo y parte la finca en dos.

Del grupo se ha separado uno, el más peque. Sube por la sendilla que van entre los olivos y se adentra en el monte. Salta unas cuantas rocas, las raíces de unos gruesos pinos y agarrándose a las ramas sube. Se agacha para pasar por entre las matas y busca el peñasco. Se agarra a los salientes y escala hasta lo más alto. Ya arriba sus ojos se llenan de emoción. Bajo sus pies tiene la inmensa vega por donde corre el Guadalquivir toda llena de olivos. Laderas a un lado y otro, lomas, cerros, barrancos y por todos sitios olivos. Al fondo, a lo lejos, las torres de los pueblos de Baeza y a la izquierda está Úbeda; por detrás, las Sierras de Cazorla con sus bosques, sus montañas y sus ríos. La cuadrilla está más cerca de él y los ve a todos yendo y viniendo con sus tareas. A su derecha corre un gran arroyo; su corriente es clara y abundante. Durante un rato se queda

fijo contemplando el agua saltando por entre las rocas; es limpia y fresca como el viento que le acaricia.

Su ruido, que suena a mil músicas lejanas y bellas, le llena el alma de gozo. No sabe explicarse ni entiende pero la sensación que recorre su alma es honda y bella. En lo alto del cerro que hay en lo hondo del valle, se alza el cortijo donde viven los aceituneros. Durante la temporada de la recogida, algunos años han venido a vivir a este cortijo. Y desde las ventanas y la llanura que hay en la puerta del cortijo, mil veces y mil horas, a lo largo de las mañanas frías y llenas de niebla del invierno, el niño ha observado las robustas figuras de las sierras que ahora escala. Y desde siempre, una de las cosas que más le ha intrigado, ha sido la gran cordillera con la niebla volando sobre ella o la nieve durmiendo en sus laderas; también el sol con sus rayos de oro, al amanecer o al atardecer refulgiendo sobre las crestas rocosas y los bosques de pinos. Y una de las cosas más bellas que tiene en su alma grabado, y que jamás puede olvidar, es precisamente el recuerdo perenne de las nubes volando por encima de estas extrañas cordilleras.

Cada año, mientras sus mayores se han afanado en la recogida de la aceituna, él ha consumido sus horas en observar despacio la misteriosa silueta de la cordillera poblada de bosques. Y precisamente, al acabar la aceituna y marcharse de estas tierras, lo que más siempre ha recordado y soñado, ha sido el cortijo, las sierras al otro lado del gran valle, las nieblas sobre los montes, la nieve y el misterio que esta imponente visión encierra. Tanto y tanto lo ha recordado que en más de una ocasión ha soñado con ellas; y en su sueño, casi siempre ve que ya no volverá más al blanco cortijo sobre el cerro. Al volver, al a siguiente para la recogida de las aceitunas, ya no le dan más el cortijo de siempre para que vivan. Ahora, lo ponen en otro que hay por detrás de un gran cerro, en lo hondo de una vaguada desde donde apenas se ve horizonte y por supuesto que tampoco se ve la misteriosa niebla de las cordilleras. Y para el niño, esta privación, es un dolor terrible. Aunque sólo ocurra en sueño, cada vez que por su alma ha pasado esta visión, ha sido una tortura para él al despertar al día siguiente.

Y así, en su sueño ve que cada día va a un cortijo distinto. Cada día se aleja más de la meta que tanto ama;

y como la distancia es cada vez mayor y al mismo tiempo hay más montes y cerros entre las sierras y su cortijo, su tortura aumenta. Siente en su alma que va perdiendo poco a poco las oscuras cordilleras que tanto le han gustado desde pequeño. Pero si su dolor es grande por la lejanía que las circunstancias van trazando entre los deseos de su alma y la realidad de su vida, aun es más grande la otra tortura que día y noche lleva en el corazón: la de no tener un hogar fijo bajo las estrellas.

Su sueño su gran sueño, desde siempre ha sido vivir perenne en un cortijo blanco como este que hay sobre el monte de los olivos. Vivir siempre aquí; en primavera, en verano, en invierno y en otoño Jugar siempre aquí, crecer aquí y hasta envejecer en la misma casa, en la misma tierra y en el mismo río que le sirvió de juego en su niño ¿Por qué tiene que andar cambiando de cortijo, de finca y de casa sin parar? Se pregunta un día y otro.

Cuando se hace amigo de los demás niños de su edad, al poco tiempo se va y ya no los vuelve a ver más. Cuando se acostumbra a la corriente de un arroyo y ya conoce un poco sus secretos y sus silencios también al poco tiempo

se marcha y ya nunca más vuelve por aquí. Cuando también ya se siente a gusto con los pajarillos, los bosques o los olivares por donde tanto corretea y juega, unos días más tarde los tiene que despedir otra vez más para siempre y así a tras año sin parar ¿Por qué tienen que ser las cosas así? Se pregunta mil veces tanto despierto en su vida real como dormido en la fantasía de sus sueños. Por el arroyo sube un hombre vestido con un traje casi negro y envuelto en una capa ancha. Nota que todo es extraño en él. Espera que se acerque; no teme nada. Cuando ya está a su lado lo saluda y el hombre le corresponde amablemente.

- ¿Quién eres?

Le pregunta el chiquillo.

- Da igual quién soy. Voy por esto campos y ahora paso por este arroyo. ¡Me gusta tanto esta corriente y su cascabeleo dulce! Al verte me he alegrado y me he acercado porque tengo algo que decirte.

- ¿Qué es lo que tienes que decirme?

- Yo ya sé mejor que tú quién eres y sé también lo que te gustaría ser cuando llegues a mayor. Tú ya, como tantos otros en estas tierras andaluzas, estás marcado y llevas

en tu alma un sueño. Ahora eres pequeño y comienzas a observar los paisajes que te rodean, lo que hacen y cómo viven las personas mayores y otras cosas. Esto es bueno porque ello te servirá para hacerte un hombre diferente a los otros. Me alegro de ello y te felicito.

Pero yo quería darte un consejo que te servirá de mucho para avanzar por la vida y llegar hasta el fin de la meta que ya tienes en tus sueños. El consejo es este: Es necesario que siempre tengas de tu lado a las personas mayores que en cualquier momento manden sobre ti. La fórmula para conseguirlo es esta: Alábalos siempre y hazle ver que necesitas de ellos. También es necesario que tengas de tu lado a los jóvenes que te rodean. La fórmula para conseguirlo es esta: No los oprimas nunca. Y por último también es necesario que tengas de tu lado y que seas amigo de todos los niños que vivan junto a ti. La fórmula es esta: dale amor puro y juega siempre con ellos los juegos que ellos juegan.

- ¿Acaso tú sabes también cuál es el gran sueño que llevo conmigo?
- Lo sé.
- ¿Y sabes cuál es la fórmula para hacerlo real?

- No existe. Si acaso te puedo ayudar diciéndote que nunca en tu vida te sometas a los caprichos de aquellos a los que sirvas y manden sobre ti.
- Eso es tanto como decirme que sea un inconformista, un rebelde, un inadaptado.
- Algo así; pero con sueños en tu alma y metas claras hacia las que debes ir sin mirar atrás.
Acabadas estas palabras el hombre se despide. Baja por el monte, avanza por el arroyo arriba y siguiendo el cauce, se aleja. El chiquillo lo mira durante un rato.

Luego baja del monte y se para en el charco azul del arroyo. Sobre él, el cielo aparece completamente limpio, un poco más abajo algo rojo, luego morado y después brillante como oro encendido. Al otro lado de la corriente, con suavidad, se mecen las hojas de los robles. No hay más ruido en todo el rincón que el latido de su corazón y el suave aleteo de los viejos robles. La corriente pasa casi imperceptible. Se desliza serena y majestuosa dejando asomar, por entre el latido invisible de su alma, el gran secreto.

El niño no se da cuenta y poco a poco va sintiendo el sonar de muchas melodías, Son como notas de muchos instrumentos y voces humanas entonando un himno. Presta atención. Comprueba que mana de la misma corriente; de las entrañas del agua que pasa suave. Todo suena a la vez y en tonos distintos sin que se mezclen. Oye las voces al mismo tiempo y con la misma intensidad. Y el niño tiene la impresión de que le son voces conocidas y a la vez nuevas por completo; surgen de lo hondo del mismo silencio; casi puede verlas más que oírlas. Es el agua y no; algo escondido dentro de ella y tampoco; la vida misma del agua sin que tampoco sea esto. Le comunican mil millones de secretos y los puede entender hasta lo más hondo.

No percibe el paso del tiempo. Relaja su cuerpo, cierra sus ojos y está recostado en la torrontera frente al cielo. Con los ojos de su alma va viendo que las notas de la música va transformándose en estrellas celestes. Sobre el cielo, por completo puro, aparecen dos grandes y brillantes; entre ellas, muchas pequeñas que apenas brillan. Están casi apagadas y por eso se fija más en ellas. Parecen perlas que se transforman según la música

suena. Se pone a contarlas, no puede. Cuando lleva contadas unas cincuenta descubre que las pequeñas perlas describen un nombre en el cielo. Es el suyo; es su nombre. Internamente se pregunta: “¿Qué y qué significa?” Una honda nostalgia se apodera de su alma. Las mil voces de coros siguen sonando. Ahora se siente como una nota dentro de la sinfonía.

Pasa el tiempo. Poco a poco las melodías van retirándose hacia su mundo de la misma forma que la noche se borra cuando llega el alba. Abre sus ojos. Al mirar el sol lo ve cayendo por entre los olivares de las lejanías. Se levanta, cruza la corriente busca a la cuadrilla que hoy se mueve por las laderas del río cerca del arroyo. Sus amigos andan por el cerro verde que no tiene olivos. Buscan las apetitosas trufas de tierra que por aquí crecen. Se va con ellos y enseguida descubre una. La criadilla ha rasgado la tierra y casi asoma a la superficie. Con alegría, excava, la saca y la muestra a sus compañeros. Es otro de sus gozos; buscar las trufas que crecen en el cerro verde y saborearlas, luego, asadas en la lumbre.

EL BELÉN DE TÍSCAR

Llueve a lo largo de toda la mañana. Las laderas de los montes, a un lado y otro del río, se llenan de pequeñas trombas de agua que bajan precipitadas hacia la cascada donde está la cueva del belén. Muy temprano, Clemente me llama y salgo con él hacia los olivos. Cuando la lluvia comienza a caer nos refugiamos en la cueva que forman las rocas junto a la higuera blanca. Desde este sitio se divisa Belerda, el pequeño pueblo junto al Río Tíscar, mil metros más abajo de la gruta del belén. Aquí en Belerda, no en la alta sino en la baja, que es otro pueblo algo más retirado junto al mismo río, aquí vive nuestra amiga Antonia. Ya hace muchos días que no la hemos visto.

- Si deja de llover esta tarde bajaremos a por ella. Me dice mi amigo Clemente.

Y deja de llover. Ya casi es medio día cuando deja de llover. Salimos de la cueva, nos vamos por el arroyo y algo más abajo nos encontramos con mi padre. Recoge las últimas aceitunas de los tres olivos de la ladera que hay por detrás del pueblo.

- Hay que cogerlas antes de que caigan las nieves. Cualquier día de estos puede nevar y si para entonces todavía están aquí, ya no podremos salvarlas.

Nos explica mi padre. Clemente me mira y me dice:

- Tiene razón. Vamos a quedarnos y le ayudamos.

Y sin más los tres nos ponemos a trabajar. Yo esta mañana estoy algo triste. Hace días que espero carta de Nerea en Córdoba y hoy es ya veinticuatro de diciembre y Nerea no me ha escrito. Ya está aquí la Navidad. Todos los años ella se ha venido aquí con nosotros. Todos los años, en estos días próximos a la Navidad, nos lo hemos pasado muy bien construyendo el belén dentro de la misma gruta donde la Virgen se apareció. Luego, durante la Navidad, todo el mundo ha venido y ha rezado en nuestro belén. Este año, los días ya se han pasado y Nerea no me ha escrito; tampoco Antonia, la amiga que vive un poco más abajo, ha venido. No ha venido Beatriz, la más pequeña del grupo y que vive en Quesada, el pueblo que hay al otro lado de la sierra. No ha venido Jesús, ni su padre. Jesús vive con su padre en el pueblo de Úbeda. Todos los años, cuando dan las vacaciones de Navidad, él y su padre se vienen aquí conmigo al cortijo de mis padres. El padre de Jesús, que trabaja de conserje

en un colegio en Úbeda, viene a traerlo. Se lo lleva luego que pasan las fiestas. Ni siquiera de Bernardo este año aún sé nada. El es el mejor compañero de todos. Tiene dieciocho años, estudia electrónica y está en el pueblo de Cazorla, a unos cuarenta kilómetros de nuestro cortijo que está por detrás del Santuario de Tíscar. Ni de Bernardo ni de ninguno de los otros, todos amigos míos, sé nada aún este año. Y hoy ya es veinticuatro de diciembre; Navidad.

- Sin embargo, el belén lo tenemos que hacer.

Me dice Clemente.

- Sí, que lo tenemos que hacer. Pero si ellos no están aquí no será lo mismo.

-Pero aún será más triste si no hacemos nada y sólo nos quedamos pensando en ellos y recordando lo que hemos vivido otros años. Esto resultará triste y una Navidad nunca, por nada del mundo, tiene que ser triste.

-En esto sí estoy de acuerdo contigo.

-Pues esta misma tarde nos ponemos a trabajar.

Acabamos de pronunciar estas palabras cuando justo, en este momento, oímos voces. Escuchamos atentos. De nuevo oímos voces que enseguida reconocemos. Miramos y la vemos asomar. Viene por el camino que

baja desde el cortijo que hay por detrás del Santuario y va hasta la cueva de la Virgen entre las cascadas del río. Es Antonia. Viene vestida con su habitual traje azul marino y trae puesto un gorro de lana también azul. Antonia tiene dieciocho años. Esperamos que se acerque llenos ya de alegría por sentirla entre nosotros. Cuando aún todavía le falta un trozo para llegar saca de su bolsillo una carta y nos la muestra feliz al tiempo que dice:
- Te escribe Nerea.

Corro hacia ella y cojo la carta. La abro. Desdoblo el papel y leo: “Voy a sentir mucho no poder estar este año entre vosotros para construir nuestro belén. Ya lo estoy recordando y recuerdo también los ratos tan bellos que cada año juntos hemos vivido por estas fechas. No me esperéis este año No puedo venir. Pero el belén tenéis que construirlo. Una Navidad entre nosotros sin nuestro belén no sería Navidad bella. Construirlo, os lo ruego. Abrazos para todos, Nerea”.
Dejo de leer. Miro a Clemente y a Antonia.
- te dice?
-Que no viene.
-Eso no debe preocuparte; yo sí estoy ya aquí.

-Pero ella siempre fue importante.

-Quizá nos guarde una sorpresa. Puede presentarse cuando ya lo tengamos construido.

- Y si es así ella y nosotros nos llenaremos de más gozo que otros años.

Me dice Clemente. No contesto. Guardo la carta. Miro hacia el río. El agua salta limpia por entre las rocas y luego se desliza por el cauce en dirección a Granada.

El Río Tíscar atraviesa los cerros llanos de olivos buscando el pueblo de Hinojares y Pozo Alcón para antes de llegar a estos pueblos unirse al Río Canal y luego al Río Ceal. Después se une al Río Guardiana menor. Pasa rozando la Sierra Mágina por las faldas del Aznaitín y Almadén y se junto al Guadalquivir un poco más arriba del embalse Doña Ardonza en el valle de Úbeda. Qué hermoso es todo esto y qué hermosa es la corriente de este río bajando de la Sierra de Cazorla. Qué feliz me he sentido cada año cuando ella ha estado aquí y todos juntos hemos jugado con estas aguas a saltar por las rocas y llenar con sus espumas nuestro belén. Hoy, durante un rato, aprieto la carta en mis manos y

contemplo el río yéndose suave sierra adelante buscando atravesar Andalucía de un extremo a otro.
Antonia ha subido hasta lo más alto de la roca que tenemos por detrás. Desde aquí habla y nos dice:
-Todo el año he estado ensayando con mi guitarra. Ya me sale la pieza que tanto os gusta a los ‘dos. La he preparado para nuestro belén. Anoche mismo estuve dos horas ensayándola. Será hermosísimo cuando lo tengamos todo construido y en corro nos reunamos junto al portal para entonar la canción. Ya soy feliz soñando tal momento.

Justo ahora sentimos ruidos de camiones. Miramos y los vemos. Por la carretera que viene desde Quesada y atravesando la sierra se pierde por entre los pinos hacia Pozo Alcón, baja una hilera de coches y camiones.
- ¿Qué pasa?
Pregunta Clemente. Ninguno contestamos. Mudos miramos, fijos en la carretera. Por la carretera asoma un vehículo detrás otro. El ruido que emiten retumba en el barranco y las rocas casi tiemblan.
El primer camión se para por detrás del Santuario muy cerca de la Cueva del Agua que es donde construimos

nuestro belén. El segundo, el tercero y todos los demás, también junto a éste. De los coches comienzan a bajar hombres. Todos están bien vestidos.

-Vamos a acercamos y descubrimos quiénes son y para qué vienen por aquí.

Les digo a mis amigos. Descendemos del cerro, cruzamos el río y cuando ya estamos subiendo por entre los naranjos de las huertas oímos la voz de alguien que nos llama.

-Es Bernardo.

Dice Antonia. Clemente se encarga de responderle. Subimos un poco más. Rozamos las ramas de los naranjos cargados de naranjas mandarinas y al subir al montículo lo vemos. Lo abrazamos al llegar.

-¿Os habéis enterado de la noticia?

- ¿Qué noticia?

Preguntamos los tres casi a la par.

- ¿No sabéis lo de estos camiones?

-Los hemos visto llegar pero nada sabemos. Le digo

-Pues en Cazorla, en Quesada y en muchos más sitios lo sabe todo el mundo.

-Pero ¿Qué es?

Pregunta Antonia ya algo nerviosa.

Justa ahora oímos de nuevo a alguien que nos llama. La voz viene desde lo más alto del monte.

-Y ahora ¿Quién podrá ser?

Pregunta de nuevo Antonia. Antes de acabar, la voz vuelve a oírse. Su eco retumba en el barranco. Bernardo decidido dice:

-Voy a descubrirlo.

Se adelanta y corre hasta la carretera. Se sube a la roca que hay junto al canal por donde corre el agua que riega las huertas de los naranjos.

-Aquí estamos.

Grita fuerte. Los ecos de la voz que nos llama se oye otra vez. Están ahora ya mucho más cerca. Bernardo nos llama a nosotros y nos dice:

-Ya sé quién es.

- ¿Qué es?

Pregunta Antonia

-Mirad hacia los pinos de la curva; por ahí aparecerá.

Le obedecemos y efectivamente, por entre la espesura de los pinos y las rocas del cerro aparece. Al vemos corre. Nos abraza feliz y enseguida nos dice.

-Los sabéis ¿verdad?
- ¿Qué te refieres?
- A lo de estos camiones, estos coches y a toda esta gente.
- ¿Qué pasa con ellos?
-Esta mañana al cruzar por Quesada han despertado a todo el mundo. Toda la gente allí ahora mismo no habla de otra cosa que esto. Yo estoy preocupada. En cuanto me he enterado me he venido corriendo para compartirlo con vosotros.
Vemos a los hombres de los camiones que bajan hasta la cueva del belén. Suben luego por la ladera y uno de ellos, bajo y un poco ya con la cara arrugada de viejo grita:
- Vamos a reunirnos para planificar.
Los demás le obedecen. Todos en círculo se sientan sobre las rocas o en la hierba en el rellano que hay cerca de la cueva junto al canal por donde el agua corre. El de cara arrugada se pone en el centro y dice:
-Yo soy el director. Esto debe quedar muy claro desde el prime momento. Muchas cosas van muy mal en todo este tinglado nuestro y es porque aquí no ha habido un buen director desde hace mucho tiempo. Yo lo voy a arreglar; ya lo veréis.

-¿Qué vas a hacer?
Pregunta uno del grupo.
- Lo primero, mandar a su casa a todos los inútiles e incompetentes. Y lo segundo, domesticaros a cada unos de vosotros. El que no se me someta está demás en esta empresa.
Se oye un gran murmullo entre todos los que forman el corro. Ninguno se atreve a hablar en voz alta ni cara a cara.
- ¡Silencio!
Ordena el director. De momento el murmullo se apaga. Nosotros, que estamos cerca, sentimos gran curiosidad por estos hombres y lo que discuten. Nos acercamos más y nos sentamos junto a la roca fuera del círculo.
Ya está comenzando a caer la tarde. Hace mucho frío. Por encima del monte sobre los cerros de la Sierra de Cazorla, hay muchas nubes todas negras. Sabemos que están cargadas de agua. De un momento a otro puede comenzar a llover torrencialmente. Lo sabemos porque lo estamos leyendo en el color de las nubes, en la temperatura del viento y en su dirección y también, en las laderas de las montañas.

El director de nuevo habla y dice:

- Todos sabéis para qué hemos venido a este lugar. Desde hace mucho tiempo, todos los años, un grupo de muchachos al llegar la navidad, construyen un belén en esta cueva. La gente de todos los pueblos de los alrededores lo saben y por eso en estos días aparecen por aquí llenando estos rincones. No los aguanto más. El dueño de estas tierras soy yo. Esta gente es inculta no tienen títulos y por lo tanto no saben ni siquiera hacer las cosas bien hechas. Este año yo voy construir un belén como Dios manda. Con grandes focos que vamos a instalar desde estos camiones. Con grandes figuras de escayola que voy a traer desde Madrid. Con grandes cartelones llenos de colores. Con grandes cuadros pintados por los mejores pintores. Con grandes altavoces que llenen de música estos barrancos y en fin, con todos los adelantos de la ciencia y de la técnica. Luego, vendrá aun mucha más gente a ver nuestro belén. Pondremos vallas y la gente tendrá que pasar por una única puerta. Les cobraremos entrada. Llamaremos a la televisión España, a todas las televisiones extranjeras. Ganaremos tanto dinero y seremos tan populares que nos llenaremos

de riquezas por todos sitios. Esto es mi proyecto y vamos a comenzar ahora mismo. ¿Alguno de vosotros tiene algo que decir? El director calla.

Todos guardan silencio. Se oye la música del agua que va por el río. El viento silbar entre las hojas de los pinos. Unos mirlos entre los naranjos de las huertas y las ovejas balar en la ladera por detrás del pueblo de Belerda. Nosotros estamos tristes.

-Señor director, yo tengo algo que opinar.

-Habla tú ¿Qué tienes que decir?

-Yo tengo que decir lo siguiente: El grupo de muchachos que desde hace muchos años cada navidad han construido su belén aquí en la cueva ¿Qué va a ser de él?

-A mí no me sirven para nada.

-Pero por lo menos deberíamos dejarlos que trabajaran junto a nosotros.

-A ver ¿Donde están ellos?

Y el hombre que ha hablado se dirige a nosotros, nos mira y señalando con su mano dice:

-Aquí están.

-Que vengan a mi presencia.

El hombre nos llama; nos hace pasar al centro del círculo y ya aquí, el director pregunta:
- ¿Quién de vosotros es el jefe?
-Este es nuestro amigo.
Expone Clemente, Antonia, Beatriz y Bernardo, los cuatro a la vez al tiempo que me señalan: El director me mira y pregunta:
- ¿Qué títulos tienes?
-Ninguno.
- ¿Por qué haces esto?
- Por que es algo que pertenece a nuestras vidas, a nuestros sueños, a nuestros juegos, a nuestro mundo. Lo llevamos dentro y nos sale sin más.
-Esto no me dice nada. ¿Tú sabes una cosa?
-¿Qué tengo que saber yo?

- Pues que careces de ALTURA INTELECTUAL Y MORAL para realizar este trabajo. Sin títulos ¿Qué vas a enseñar? ¿Qué ejemplo puedes dar a los que te rodean? Tú eres un don nadie y por lo tanto, desde este momento ya no vas a seguir trabajando más en lo que trabajabas. Mi consejo es que te dediques a estudiar si quieres llegar a ser algo en la vida. Sin estudios las personas hoy no

van a ningún sitio ni valen para nada. Indudablemente tú no puedes tener gusto artístico, no puedes saber lo que es la fantasía ni la belleza, no te has preparado. No puedes transmitir ni a Dios ni a la bondad ni la sencillez ¿Cómo pues pretender educar a otros? NO TIENES ALTURA NI PROFUNDIDAD. Nosotros, los que tenemos estudios, somos los mejores de la sociedad. Damos ejemplo en todo. Sabemos tratar a las personas con respeto. Sabemos hablar ante mucha gente. Sabemos escuchar como Dios manda. Sabemos ser sencillos y reconocemos con dignidad nuestros errores cuando los cometemos y sabemos valorar las cosas en su justo término.

-Pero es que hay algo que está por encima de todo lo que tú me dices.

-¿Qué es ese algo?

-Lo humano; la persona en sí misma; Dios. Cada vez que hicimos nuestro belén no hemos hecho otra cosa que expresar nuestros sentimientos de paz y de amor tal como somos nosotros y en armonía con la naturaleza, las personas que nos rodean y con Dios. Jamás hemos pretendido enseñar. Sólo hemos buscado vivir, ser. A

nadie ni a nada hicimos daño ni tampoco nadie ni nada nos hizo daño a nosotros. ¿Puede haber algo más hermoso y más grande que esto? Y te aseguro que hemos sido muy felices y los demás también lo han sido con nosotros. En ningún momento hemos necesitado ni echado en falta nada. Por lo tanto, sabemos que lo nuestro tiene un valor que está por encima de todo lo tuyo.

-Eres tonto. Ya vez que ni siquiera tienes capacidad de razonamiento. No interesan tus puntos de vista. Yo soy aquí el director, el que manda ahora y por lo tanto, voy a ser el que decide cómo se hacen las cosas. El belén este año lo vamos a hacer nosotros y a mi modo. LO MANDO YO. Si quieres puedes quedarte de portero para recibir a la gente cuando vengan. No hay nada más que hablar.

Se levanta. Se mueve hacia los camiones. Llama a los hombres y comienza a dar órdenes diciendo:

-Lo primero, a construir un gran camino que lleve a la cueva. Luego, a vallar los terrenos. Hay que instalar los focos para antes de que se nos eche la noche encima. Los letreros ya se pueden poner. También los cables. El despacho donde yo voy a estar. Venga hay que moverse

y aprisa. Todos os habéis sometido a mi voluntad y por lo tanto ahora ya mando sobre vosotros. Tenéis que obedecer.

Los hombres, todos asustados, se mueven aprisa. En estos momentos comienza a llover. Las negras nubes que cubren los picos de la Sierra de Cazorla ruedan por las laderas y se derraman. Nos levantamos de donde estamos. Andamos hacia los pinos y antes de llegar, Bernardo dice:

-Fijaos lo que van a poner.

Miramos para atrás y sorprendido vemos lo que él ya ha descubierto. Cinco hombres clavan un gran letrero junto a la carretera. En letras grandes y bien destacadas leemos:

ESTOS SON LOS PRINCIPIOS QUE YO, EL DIRECTOR, IMPLANTO EN ESTA EMPRESA:

- Me interesa la eficacia y no las personas. Por lo tanto, lo material está por encima de lo humano aquí en este negocio.
- Me interesa enchufados sometidos a mi voluntad aunque sean inútiles.

- Me interesa el grupo de muchachos que otros años han montado este belén. Les daré tres pesetas a cada uno y trabajarán en lo que yo quiera y como quiera.
- Por último, aunque lo religioso es la materia con la que esta empresa trabaja, yo decido que salvar lo material en función de la eficacia, es lo principal.
-No me asusto si alguien me amenaza con llevarme ajuicio...
Cuando terminamos de leer esto, nos miramos. Ninguno decimos nada. Nos sentimos heridos y maltratados.
Uno de los hombres pasa cerca de nosotros. Antonia lo llama y le pregunta:
- ¿Por qué estáis tan sometidos y obedecéis sin rechinar a un hombre de corazón tan raro?
-Porque necesitamos comer. El nos da un sueldo y aunque nos humilla y nos desprecia nos aguantamos por miedo a quedamos sin trabajo.

-Entonces ¿No estáis identificados con él?
-No lo estamos. ¿Quién puede estar identificado con una persona así?
-Al menos ¿reconocerá alguna vez que se equivoca?

-Jamás. Solamente él piensa, tiene razón y sabe hacer las cosas. Los demás estamos equivocados.

En estos momentos el director se da cuenta que el hombre se ha parado con nosotros. Dando una voz fuerte grita diciendo:

-Venga, que no quiero vagos. Esto hay que sacarlo a flote contra viento y marea.

A estas palabras el hombre nos deja. Se aleja de nosotros, coge tablas y sigue trabajando.

Reanudamos nuestro camino hacia los pinos. La lluvia ha arreciado. Cae a torrentes estrellándose contra las rocas, sobre las faldas de los cerros que tenemos a un lado y otro, sobre los bosques de pinos y sobre los barrancos que hay al fondo por donde está Belerda y el río se pierde. Desde aquí, desde Belerda hacia el Santuario de Tíscar para alejarse luego allá por el puerto, sopla el viento. Al estrellarse con las rocas empujando a las nubes y a la lluvia, deja escapar un gemido agudo. Las gotas de agua crujen como cristales rotos y caen a chorros por las paredes de los peñascos. Son limpios casi de color viento y se derraman llenando la tierra de vida. Tienen la fragilidad de los sueños y hasta parecen esto: Sueños dulces que brotan del alma y van lavando amorosamente

la piel húmeda del suelo para dejarla bella. Ellos saben que es Navidad. También lo sabe el viento que en su abrazo de rey dobla a los árboles ladera arriba.

Nosotros también lo sabemos y por esto no nos asusta que la lluvia nos empape. Sí estamos tristes por lo que nos han hecho los hombres de los camiones con el director al frente. Nos han echado del rincón donde cada año hemos vivido la Navidad en forma de juego con el río, la gente amiga nuestra, los campos y la paz silenciosa de las estrellas. Cada año la felicidad nos ha llenado el corazón y esto nos ha bastado. Ahora, este año, nos han echado de nuestro rincón amado y además a lo bruto. Ignorando por completo que para nosotros este juego nuestro es aún más importante y fundamental que para ellos todos sus proyectos. Nos duele y por eso nos hemos llenado de tristeza.

Caminamos hacia la casa donde vivo. Ninguno, entre nosotros, dice nada. Empieza a oscurecer. Los cerros se llenan de tinieblas y el día se va. Ya está la Navidad a dos pasos. Este año la Navidad nos va a coger sin ninguna alegría en nuestras almas. Llegamos.

Entramos dentro. En la chimenea de la sala principal arde un fuego. Mi padre lo ha encendido y ha puesto en él varios troncos de árboles viejos. Las llamas los envuelven y chisporrotean llenando la estancia de olor a resma limpia. Agradecemos este calor. Además de la lluvia que nos ha mojado también el frío se ha metido en nuestras carnes y estamos casi helados. Sin decir palabra rodeamos el fuego. Alargamos las manos hacia las llamas y luego las restregamos. Nos miramos. En nuestros - corazones hay una interrogante; una pregunta que cargada de dolor tiene cogidas entre sus garras a nuestras almas y casi las asfixia.
Es Clemente el que rompe el silencio para decir.

-Y sin embargo, ellos deberían darnos ejemplo. Son mayores que nosotros, tienen más cultura y más títulos y según dicen, sus razonamientos son más reales y sabios que los nuestros.
Ninguno contestamos a sus palabras. Avanza la noche, fuera se oye el viento y la lluvia. Se oye el río allá lejos y entre su música la voz del director que grita:
-Venga; hay que luchar contra viento y marea para sacar a flote esto. Al amanecer todo ha de estar terminado.

Cada vez que a nuestros oídos llegan estas palabras sentimos una extraña sensación. Encontramos que es esperpéntico, que unos hombres con títulos, se pongan a realizar semejante cosa. No lo comprendemos.
Sentimos golpes en la puerta. Es Antonia la que se levanta al tiempo que pregunta:
- ¿Quién será?
-Vete a saber.
Contesta Bernardo. Se dirige a la entrada y abre.
- ¡Hombre!
Exclama enseguida llena de alegría. Miramos y de momento descubrimos quien es. Por la puerta entra Pérez acompañado de Jesús, nuestro amigo más pequeño dentro del grupo.
- ¡Felices navidades a todos!
Exclama al tiempo que avanza por la estancia hacia donde arden los leños. Con poco entusiasmo respondemos a su felicitación. Enseguida se da cuenta.
- ¿Qué os pasa?
Pregunta. Yo le contesto.
-Nos alegramos de verte y también a Jesús. Nos alegramos de que hayáis venido para, como todos' los

años, pasar la Navidad juntos. Pero ya ves la alegría que este año hay en nosotros.
-A ver ¿Qué es lo que pasa?

Y Pérez, sentándose junto al fuego, nos mira esperando que le contemos lo que ocurre. Soy yo el que toma la palabra. Hablo y a lo largo de más de tres cuartos de hora explico con detalle el suceso de los camiones y el director. Escucha atento sin interrumpir. Termino. Sigue fijo en nosotros algo pensativo. Deja que pase un rato y luego comienza a hablar diciendo:
-Lo que acabo de oír me entristece como a vosotros. Pero os digo que en el fondo debéis alegraros. Estar triste en una noche de navidad por una cosa como esta no tiene sentido. Os digo que en el fondo es lo mejor que podía haberos ocurrido. Cuando nuestro Salvador Jesús, nació allá en Belén hace ya tantos años, ocurrió una cosa muy parecida a la que esta noche os ocurre a vosotros. Los que tenían el poder y el dinero lo echaron fuera de sus casas. Se quedó sólo y despreciado por la sociedad. Tuvo que irse a aquel establo y allí, en el silencio e ignorado por los demás, nació. Que a vosotros os pase esta Navidad algo parecido no es malo sino todo lo contrario,

bueno. Esta sí va a ser una Navidad auténtica y llena de sentido. Vais, o mejor dicho, vamos a celebrar la Navidad viviéndola tal como la Navidad es y repitiendo en nosotros aquello que se dio cuando por primera vez se celebró la Navidad en el mundo.

Os sentís maltratados, humillados, despreciados, echados de vuestro rincón y a lo bruto. Os sentís con vuestros sueños rotos, con vuestra dignidad pisada, con vuestra libertad cortada y esto os ha llenado de tristeza el corazón. Creéis que esto es malo, en una noche como ésta y no lo es; yo os digo que no lo es. LA NAVIDAD ES ESTO. De aquí nació la Navidad que esta noche todo el mundo celebra a lo ancho y largo de la Tierra. De una situación muy parecida a la vuestra, en un rincón tan pobre como este vuestro y con tres personas despreciadas, humilladas e ignoradas por el resto de la sociedad. ¿Os vais a entristecer por esto?

No seáis tontos. Estáis a punto de caer en sus mismos errores y convertiros en unos cuantos más de eso muchos que esta noche viven la Navidad como si fuera únicamente una fiesta para beber, comer, reír y pasarlo

bien. No seáis tontos. Tenéis en vuestras manos la posibilidad de vivir la Navidad tal como ésta es. Llenad vuestras almas de gozo. Y felicitaros conmigo. Estáis todos juntos; os sentís despreciados; no habéis montado ningún belén; no habéis preparado ninguna cena especial; no tenéis nada más que este fuego, la lluvia que cae sobre los campos, el ruido del río saltando por la cascada y el ‘cariño y el amor de vosotros entre vosotros mismos. ¿QUE MAS QUEREIS PARA QUE VUESTRA NAVIDAD SEA BELLA? ¿Qué más queréis, amigos míos? ¿Es que acaso puede haber una Navidad más sencilla, limpia y hermosa que la vuestra? ¿Puede haber una Navidad mejor que esta vuestra?

Y pronunciadas estas palabras, Pérez guarda silencio. Justo ahora mismo las campanas del Santuario de Tíscar y también las de la torre de la iglesia de Belerda, llaman a la misa del gallo. Es ya media noche. El viento sigue soplando y la lluvia cae con fuerza. Entre su tintineo dulce se oye también la música del “Adeste fideles”. Lo han puesto por los altavoces del Santuario y resuena a lo ancho del barranco. Nos miramos mudos. Antonia se levanta. Besa a Pérez; Luego a Bernardo, a

Jesús, a mí y así a cada uno de los que estamos reunidos junto al fuego. Conforme deja su cariño en nuestros rostros va pronunciando las que siempre serán las palabras más bellas del mundo:

- ¡FELIZ NAVIDAD!

- Feliz navidad.

La contestamos nosotros y en estos momentos sentimos que nuestros corazones están llenos de amor. De un amor limpio que nos recorre el alma y nos electriza de gozo.

-Feliz Navidad para todo el mundo y para Nerea también y ojalá que esta noche todos vean la luz como la hemos visto nosotros.

Comenta de nuevo Antonia. Otra vez ahora resuenan las campanas y los coros que brotan por los altavoces del Santuario, siembran la noche y los campos de amor.

FIN DE LOS CUENTOS DE LA ABUELA

A lo largo de todo el mes de enero, febreo y parte del mes de marzo la habuela había ido contando a la niña los relatos que atrás han quedado. Con mucho interés ella escuchaba cada día los cuentos que la abuela le iba narrando y en muchas ocasiones la interrumpía para preguntarle cosas que ella no entendía. La abuela casi nunca le dio más explicaciones que las que ya iban en los propios relatos. Por eso Aneluz de vez en cuando decía a su abuela:

- Lo que me cuentas es bonito pero yo no lo entiendo bien.

- Pues yo no sé explicártelo mejor.

Le decía la abuela para luego añadir a continuación:

- De todos modos en la vida real a veces las cosas son como en estos relatos has ido descubriendo.

- ¿Pero ocurrieron de verdad las historias que me has contado ?

- Las fantasías de los cuentos a veces se funden con la realidad de la vida y al revés: la realidad de la vida en muchas ocasiones se funden con las fantasías de los cuentos.

- Un día que tengas tiempo más despacio me tienes que explicar eso abuela.
- Te lo explicaré porque es bueno para ti.

Siguió corriendo el tiempo y llegó el verano. En el mes de agosto un día se presentó en la casa de la niña un amigo de la abuela que venía de uno de los pueblos de la loma. Le acompañaban algunos amigos de la niña mucho más jóvenes y en cuanto estuvo en la casa le propuso a la niña irse unos días de vacaciones. Era verano y como todo el mundo tenían que irse unos días de vacaciones.
- ¿Da dónde me llevarás?
Preguntó la niña.
- Junto al río Guadalquivir.
- ¿A ese sitio del Charco de la Pringue?
- A ese sitio. ¿Te gusta?
- Creo que me lo pasaré bien. Podré bañarme y jugar con la corriente del agua. Podré aprendes algunos de los caminos que por allí hay y también podré subir a las cumbres de algunas montañas. ¿Nos guiarás tú?
- Hasta donde pueda y sepa seguro que sí.
- Ya sabes que necesito conocer todos los rincones y secretos de estas sierras. Estas vacaciones junto al río y

por donde el Charco de la Pringue seguro que van a servir de mucho.

Y se pusieron a preparar las cosas. A media mañana ya rodaban por la carretera que surca el gran valle de olivos rumbo al rincón del río Guadalquivir. La niña y sus amigos iban contentos, muy contentos. El amigo de la abuela de la niña iba mucho más contento. Le parecía que aquella realidad era un puro sueño. En su corazón era feliz, muy feliz. Desde el momento que planearon esta excursión se propuso escribirla a su manera para que ha aventura no se olvidaran nunca. Y lo que resultó de aquel proyecto es lo que sigue a continuación.